

Selección RNR

FABIOLA ARELLANO

Lady  
Christine



E

Romance Histórico

LADY CHRISTINE  
(Una mirada al interior de un corazón roto)

*Fabiola Arellano*



1.ª edición: febrero, 2016

© 2016 by Fabiola Arellano

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-395-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Tú, que en mi cama esperas,  
imperioso éxtasis en azul nocturno.  
Compañero de camino y aventuras.  
Héroe de mi historia.*

*Roberto Orlando, eres mi pilar, te amo.*

## CAPITULO I

*Londres, Inglaterra*

—Christine, hija, ven princesa, quiero que conozcas al duque Pembroke y a su hijo Vincent —la llamó su madre.

Christine, a sus escasos doce años, era una niña encantadora y con modales impecables; una criatura inocente y deliciosamente dulce. Caminó con gracia en dirección al grupo en el cual se encontraban sus padres, se colocó junto a su madre y con cortesía recitó el saludo, que su institutriz se había encargado en dejar bien aprendido. Levantó el rostro y se encontró con la mirada curiosa de un joven que la observaba atento, lo cual la hizo sonrojar.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué la mirada y presencia de ese joven la inquietaba tanto? Era la primera vez en su vida que le pasaba algo así.

Apenas si fue consciente de lo que se desarrollaba en torno a ella, pues quedó enganchada de un par de ojos de un azul tan claro cuál mismo cielo en verano, mismos que la cautivaron desde ese momento.

Nunca había visto unos así de hermosos y expresivos; parecían contener dentro de sí, a través de esa enigmática mirada, todas las preguntas y respuestas del gran cosmos.

Bajó la vista, intimidada, y permaneció en silencio mientras sus padres conversaban con el duque. Después de un momento, el joven Vincent se disculpó y se alejó del grupo; ella también lo hizo, agradecida de tener que dejar las rígidas posturas que implicaba la cortesía social.

Deambuló por el salón sintiéndose invisible; entonces, recordó su lugar especial, ese escondite maravilloso que ofrecía el poder de observar a su antojo, sin riesgo a ser descubierta en el arte del espionaje, a los adultos.

Una vez allí, buscó con la mirada al joven Vincent y lo encontró hablando con la prima de este, lady Elizabeth, la cual, a sus catorce años, era una hermosa señorita que esperaba con ansias el día su presentación en sociedad para poder asistir en regla y forma a los bailes y las fiestas.

Por alguna extraña razón que no comprendía, no podía dejar de mirarlo. Había algo en ese joven caballero que la atraía, era como si una fuerza invisible la mantuviera orbitando alrededor suyo impidiéndole apartarse, por lo que, amparada por la seguridad de su escondite, se permitió observarlo a detalle.

El joven Vincent, a sus veintidós años, era un joven encantador y poseedor de una belleza masculina y perfecta.

Lo miraba embelesada, tratando de guardar en su memoria cada aspecto de él. Le encantó su sonrisa, el tono seductor de su voz, la manera de moverse, como si se tratase de un lobo al acecho de su presa. Desde ese momento supo que había quedado prendada de él.

Coincidieron en un par de reuniones más; después, en una conversación en una cena informal, supo que su padre se había asociado con el duque. A partir de entonces se veían con mayor frecuencia, ya fuese en su casa o en la mansión Pembroke. Cada vez que se encontraban, Vincent se portaba amable con ella, pero la trataba como lo que era: una chiquilla, y eso le molestaba.

A sus catorce años, Christine estaba convencida que él sería el hombre de su vida y soñaba con el día en que Vincent se convertiría en su amadísimo esposo. Meses después, él fue enviado por el duque a ocuparse de sus negocios en el extranjero, y ella dejó de verlo.

Con lágrimas en los ojos, se despidió de su amor secreto. Lo extrañaba mucho y era infeliz al saberlo lejos, no solo por la distancia, pues aquel joven amable, que se había apropiado de una parte de su corazón, no la quería como ella deseaba.

En un principio, se escribían con regularidad, pero después de un par de años, las cartas de él fueron menos frecuentes hasta ser casi nulas, lo cual, a ella, le llenaba el alma de pesar.

Cuando Christine cumplió 16 años, se mudó a París. Su padre era inglés, y su madre, francesa, por lo cual su vida había transcurrido en un ir y venir entre las dos naciones.

Consternada por saberlo lejos de su corazón, Christine, en sus cartas, lo invitaba a visitarla y a pasar un tiempo en París, pero Vincent siempre le respondía con excusas relacionadas al trabajo y los negocios.

*Querido Vincent,*

*¿Cómo está todo? Espero de corazón que te encuentres bien y goces de buena salud.*

*Mis padres me han dado permiso para pasar el verano en el condado de Orange, en la finca de mi tío, el Conde Castelló.*

*Estoy muy emocionada, pues echo de menos la compañía de mi prima Clarissa, ella es como una hermana para mí, siempre me he divertido cuando voy para allá.*

*Entre las locuras de mi prima y ese amigo suyo, Erick Raven, que es muy amable y simpático, junto con los hermanos Sanders, siempre han hecho que los veranos en su compañía sean algo especial y para recordar toda la vida.*

*Estaremos una semana en Londres, he oído que tú estarás allá para las mismas fechas. Ojalá pudiéramos coincidir y vernos al menos una vez antes de partir a nuestros respectivos destinos.*

*Un saludo cordial,*

*Christine Marie Dickens Castelló.*

La semana en Londres pasó en angustiante espera, la visita de Vincent nunca llegó, y Christine supo por los cotilleos que él estaba en la ciudad, pero, al parecer, estaba tan ocupado con su vida de libertino que no tenía tiempo para una chiquilla que rogaba por un poco de su atención.

A partir de ese momento, decidió olvidarse de él, nunca más volvería a buscar un acercamiento. Si él le escribía, contestaría a sus cartas con fría cortesía, nada más.

Regresó a París después de un verano maravilloso. Entre su prima y sus peculiares amigos hicieron que se olvidara de aquel ingrato que se negaba a desocupar su corazón.

Entre tanto, el tiempo pasaba inflexible, estudiaba idiomas, perfeccionaba el tocar piano y el canto bajo la tutela de la señorita Patterson. Un día cualquiera, la institutriz le comentó a su padre que estaba preparada para su debut.

—Mi trabajo está hecho. —había expresado la mujer sin abandonar esa agría expresión que era característica en ella.

La familia Dickens se preparaba para volver a Londres y organizar todo para el gran evento de su única hija, pero el repentino fallecimiento de la querida abuela retrasó el feliz acontecimiento. Fue un golpe duro para Christine, pues su dulce *mamie* era su adoración.

A sus dieciocho años, Christine se había convertido en una hermosa mujer, por lo cual sus padres esperaban que, aunque quizá un poco tardía, su presentación ante la sociedad fuese todo un éxito...

El gran día llegó, Christine se paseaba nerviosa por su alcoba de un lado a otro mientras esperaba el momento para bajar al gran salón en donde se realizaría el baile en su honor.

No sabía lo que esa noche le deparaba, y eso la llenaba de incertidumbre, crispando sus frágiles nervios, los cuales estaban a tope. Ese día, desde que abrió los ojos, tuvo el presentimiento de que su vida nunca más sería la misma.

—Christine, hija, ¿por qué tardaste tanto, tesoro? —Preguntó su madre, contrariada, al pie de la escalera mientras le extendía la mano—. Los invitados esperan tu aparición desde hace algunos minutos.

No pudo admitir ante sus padres que no quería bajar al salón porque tenía miedo; su timidez e inseguridad hacían mella, apaleando la confianza en sí misma. Tomó una bocanada de aire para darse valor, aceptó la mano que su madre le ofrecía y se colocó al lado de su amoroso padre.

—¡Hija, estás hermosa! —expresó el señor Dickens con admiración.

—Eso me dices porque eres mi padre —contestó más animada, su progenitor tenía el don de alegrarla y hacerla sentirse especial.

—Eso te digo porque es la verdad. Mi princesa linda ahora es toda una mujer. —Se le crisparon los ojos y el tono de su voz reveló una gran nostalgia.

—Ahora no, no irán a ponerse sentimentales, ¿verdad? —La señora Dickens interrumpió el mágico momento, pestañeando para contener las lágrimas.

—Tu madre tiene razón, hija, tus invitados esperan. —Atento, le tendió el brazo, y juntos comenzaron el descenso por la escalera hacia el salón principal de la fastuosa mansión Dickens.

Las miradas no se hicieron esperar, y los murmullos tampoco; Christine era muy bella, una irresistible combinación entre dulzura e inocencia. Su rostro angelical, de finísimas facciones, y una expresión tímida, cautivaban sin aun proponérselo.

Hermosa y exquisita cual ángel bajado del cielo; esa era la descripción exacta de esa celestial criatura de cabello castaño, mismo que brillaba sin pudor alguno, como si el sol al amanecer habitara en él. Sus ojos, de un extraño azul metal profundo, de mirada misteriosa, brillaban como si un arrullo de estrellas viviese en su interior.

Su bonito vestido, de un tono marfil poco común, le queda de maravilla; el escote cuadrado era discreto, puesto que su timidez no le permitía usar algo más atrevido, tal como sugería la modista que lo hiciera. Después de un arduo debate, lograron encontrar un punto intermedio, lo que dio como resultado algo sutil que dejaba vislumbrar un poco de la gloria que se guardaba dentro.

Comenzó el primer baile y del brazo de su padre, danzó por todo el salón sintiéndose segura y protegida. Cuando la pieza terminó, había una larga fila de jóvenes ansiosos por bailar con la hermosa debutante, por lo que Christine pasó de unos brazos a otros, de un joven a otro.

Contestaba cortés cuando le preguntaban algo, sonreía tímida y se mostraba animada, aunque en el fondo estaba cansada de tanta cursilería, alabanzas llenas de palabras pomposas y melosas que a ella le parecían huecas, vanas. Se excusó pretextando una tontería y se escabulló hacia una de las terrazas, necesitaba con urgencia un respiro.

—¿Estás así por él?

No necesitó volverse para saber quién le hablaba.

—Yo... no sé de qué hablas —mintió.

Clarissa se colocó a su lado, nadie mejor que ella la comprendía.

—Sabes, ahora que Erick se ha ido, sé lo que es extrañar a alguien y tener que guardártelo para ti misma. Siempre hemos sido amigas, Christine, casi hermanas; conmigo no tienes que fingir, yo sé tú secreto, ¿recuerdas?

—Odio sentirme así —admitió—. No debería importarme el hecho que ni siquiera le intereso, pero, para mí desgracia, no puedo evitarlo, me afecta su maldita indiferencia.

—Yo creo que sí puedes. Observa a tu alrededor —señaló Clarissa con una sonrisa—. Tienes a varios jovencitos más que impacientes por tus atenciones, ¿no crees que merece la pena intentarlo? Quizá te llesves una sorpresa.

—Gracias, Clarissa, no sé qué haría sin ti. —Se abrazaron.

—Por lo pronto, volvamos con tus galanes antes que se impacienten.

Transcurridos unos cuantos bailes, su ánimo había mermado una vez más, ninguno de esos jóvenes lograba el milagro de apartar de su pensamiento a aquel ingrato que no merecía ni un minuto de su tiempo.

Mientras bailaba con el joven Petterson, descubrió que Elizabeth Pembroke había llegado. Según los rumores que había escuchado, Vincent y ella siempre asistían juntos a los bailes y eventos sociales, lo cual indicaba que si Elizabeth estaba sola, era porque el muy bribón no pensaba asistir.

Recordó haber escuchado a la viuda Grimaldi decir que cuando el duque murió, pidió a Vincent hacerse cargo de Elizabeth y, al parecer, él se había tomado muy en serio el papel de hermano protector que le otorgó su difunto tío y que su padre le reiteró antes de morir.

Entonces, ¿por qué Elizabeth había llegado sola? Quizá Vincent estaba por ahí en algún lugar y ella no lo había visto entrar, pero una rápida inspección al salón le confirmó que él no estaba.

Al punto de no soportar más el tener que fingir la sonrisa, se excusó con su pareja de baile y con sigilo se escabulló hacia el jardín. Una vez allí, tomó una gran bocanada de aire y tragó saliva para pasar el nudo de decepción atorado en su garganta.

¡Él muy ingrato no había aparecido! No se había dignado a asistir a su presentación, y eso le caló profundo en el alma. Tantos años extrañándolo, viviendo solo de recuerdos, ansiando como loca el día de volver a verlo y ¿para qué?

«¿Y qué esperabas, tonta? Es obvio que no le importas, nunca le interesaste», se dijo con amargura.

Un hombre tan apuesto como lo era él, y más aun ostentando el título de duque, tendría a todas las mujeres que deseara a sus pies, ¿por qué habría de elegirla a ella?

Analizó con frialdad la situación: hacía varios años que no se veían, la relación se había enfriado y las cartas eran casi nulas. ¿Qué más pruebas necesitaba para evidenciar su desinterés hacia ella?

Haciendo de lado las fantasías románticas y su patético amor por él, reconoció que quizá Vincent ya se había olvidado de ella, de esa chiquilla que tanto lo quería. Sabía que no se había casado aún, pero también estaba al tanto de sus andanzas, para nadie era un secreto que el joven duque Vincent Pembroke era todo un libertino y uno de los solteros más codiciados del momento.

Lo imaginó rodeado de lindas mujeres, y ese pensamiento le dolió en lo más hondo. ¿Por qué tenía que seguir aferrada a Vincent? Para su infortunio, a lo largo de esos seis años, el sentimiento hacía él no la abandonó, al contrario, se fortaleció alimentado por sus recuerdos y, sin poder evitarlo, creció con ella, transformándose en un profundo amor de mujer.

Sacudió la cabeza para deshacerse de los pensamientos negativos, caminó largo rato entre los rosales, se paró un momento frente a uno lleno de hermosas rosas amarillas y de color coral. Se inclinó para aspirar el dulce aroma y disfrutar de ese perfume que tanto le gustaba.

## CAPITULO II

Vincent llegaba tarde al baile de presentación de Lady Christine Dickens, se había entretenido más de la cuenta con una de sus *amiguitas* de turno, y por ese motivo, Elizabeth tuvo que adelantarse y aparecer sola.

«Esa no es la mejor manera de cumplir mi promesa», se dijo apenado, pero ya era tarde para arrepentimientos, Elizabeth había llegado bien y unos momentos a solas no le afectarían en nada.

Mientras se dirigía con paso rápido al salón, vio caminar por el jardín de los rosales a la más hermosa de las criaturas, que, bañada por la luz de la luna, parecía una aparición angelical.

Como si un poderoso hechizo hubiese caído sobre él, se dirigió hacia ella, incrédulo de que tanta belleza y perfección existieran en el plano terrenal.

«Esto es solo privilegio de los dioses», pensó fascinado, no podía dejar de admirarla y no quería ni pestañar por miedo a que esa magnífica visión se desvaneciese sin más.

De pronto, llegaron los recuerdos a su memoria. ¿Acaso sería ella? ¿Christine? Intrigado, la observó a detalle.

«¡Sí, es la dulce Christine!», reconoció, impresionado. Ahora tenía frente a él, convertida en la mujer más bella y deseable que jamás conociera, a la adorable chiquilla que con cariño recordaba.

Ausente al escrutinio visual del cual era objeto, ella caminaba con gracia exquisita por el jardín. La vio colocarse junto a los rosales y deleitarse con el delicioso aroma. Sin poder resistirse, se colocó junto a ella y le habló:

—¿Por qué tan sola?

Una voz ronca y en extremo masculina sobresaltó a Christine, sacándola de sus pensamientos. Pudo sentir el cálido aliento acariciar su oído, y eso la estremeció hasta la médula. Se giró para encarar al intruso y casi le da un infarto al verlo.

¡No podía creerlo! ¡Era él! ¡Era Vincent! Se sorprendió al tenerlo tan cerca. Su corazón palpitaba a gran velocidad, contrario a su cerebro que apenas si funcionaba. Permaneció inmóvil como si se tratase de una estatua más de las que adornaban el jardín.

Él sonrió de medio lado de forma seductora y provocativa.

—No es correcto que una damita escape en medio de su fiesta de presentación —le reprochó, divertido.

Christine lo miraba con los ojos muy abiertos. «¡Cielos! ¡Está más guapo que nunca!». Reconoció que sus recuerdos no le hacían justicia al magnífico ejemplar de Adán que tenía parado frente a ella.

No recordaba que fuera tan alto; ahora, sus hombros eran más anchos, y la cintura, estrecha. Dueño de un cuerpo atlético que denotaba gran fuerza y poderío, el Vincent adulto, con la madurez adquirida, se había vuelto irresistible, deliciosamente viril y masculino. Endiabladamente perfecto para su propio bien.

Saliendo de su ensoñación, se cercioró de no tener la mandíbula abierta hasta el piso. Después de comprobar que su cuerpo había reaccionado de forma correcta al no delatar su turbación, levantó el rostro y, con la dignidad de una reina, dijo:

—No escapé, solo salí un momento por un poco de aire fresco.

La magnífica sonrisa que él le mostró provocó que su estómago se precipitara en caída libre, para después convertirse en un alboroto de mariposas aleteando a pleno sol de primavera.

—¿Solo un momento? —Sonrió divertido—. Llevo bastante tiempo observándote y me dio la impresión de que no tienes prisa alguna por regresar a atender a tus invitados.

El muy sinvergüenza se mofaba abiertamente de ella, y eso le molestó. El abandono en el cual él la había tenido, aunado a la rabia contenida por tantos años, hizo mella en su ánimo. Demasiado tiempo esperando su encuentro, soñando con ese momento mágico, ¡y el muy granuja se reía de ella!

Decidió que no le daría el gusto de divertirse más a sus costillas, así que, rápido, ideó la forma de vengarse de ese arrogante. ¡Ya lo tenía!, fingiría no recordarlo. Con el tono más frío e impersonal del cual fue capaz le dijo:

—¿No le parece de muy mala educación andar espiando? Por si no le han enseñado modales, no es correcto hacerlo. Como tampoco lo es el que esté aquí sola hablando con usted, pues ni siquiera lo conozco...

Las sonoras carcajadas de él la desconcertaron por completo. ¿Ahora de qué se reía? Sin lugar a dudas, el hombre se estaba divirtiendo con ella de lo lindo, eso estaba más que claro—. ¿No veo qué le causa tanta gracia? Debería contarme el chiste y quizá así nos reiríamos los dos —espetó molesta.

—Vaya que has cambiado, Christine, pero solo en apariencia, en el fondo sigues siendo la misma chiquilla insufrible, y no, no logras engañarme. ¿Olvidas que te conozco bien? Por eso sé que tú a mí también —expresó divertido mientras se acercaba a ella. No sabía por qué, pero le fascinó hacerla rabiarse, encontró un dulce placer en ello.

Christine lo miró con fuego en los ojos, estaba que echaba chispas por la rabia y, sin más, le dijo:

—Es usted un majadero y un cretino. Me ha llamado por mi nombre y le recuerdo, señor, que yo no le he dado permiso para tales libertades. Insisto, no sé quién es usted, así que no tengo por qué seguir escuchando sandeces. —Se giró indignada y se alejó de prisa hecha una fiera, pero de unas cuantas zancadas él la atrapó, la volteó hacia sí y la rodeó con sus fuertes brazos.

Se miraron a los ojos, y por un instante el mundo pareció disolverse, como si solo estuviesen ellos dos en total armonía con su más primitiva esencia.

—No me gusta que me dejen hablando solo —advirtió tajante.

Christine permaneció inmóvil, no sabía cómo reaccionar ante todas esas emociones que la atacaron de golpe; por un lado, quería cruzarle el rostro a mano limpia hasta borrarle esa sonrisa burlona, y por otro, deseaba que la besara hasta dejarla sin aliento.

Un escalofrío la recorrió entera al solo pensar en ello. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se sentía así? Tenía que ponerle un alto cuanto antes.

—¡Suélteme! ¡Esto no es correcto! ¿Qué pretende? ¿Acaso quiere que comience a gritar pidiendo ayuda? —Decidida a no claudicar, forcejeó.

—¿Así que no sabes quién soy, Christine? —preguntó irónico—. Eso se arregla fácil.... —Sin más, inclinó el rostro y la besó.

Christine quiso rechazarlo, pero no pudo, Vincent tomaba sus labios con ternura y de manera experta, rompiendo todas sus defensas. Con la humedad salina de su lengua, él no solo despertó sus emociones, sino también lugares en su cuerpo, los cuales desconocía que podían vibrar a así.

Un sutil gemido escapó de la boca femenina, y eso encendió a Vincent, lo llevó a punto de ebullición. Nunca imaginó que besar a esa dulce chiquilla se volvería su vicio y la experiencia más sublime jamás vivida.

Lo que comenzó como un beso de broma, una forma de castigar a la mentirosa dama, se había salido totalmente de su control, convirtiéndose en el más puro, llano y natural deseo jamás sentido por ambos.

Vincent recorría con las manos el cuerpo femenino deleitándose de sus formas, la textura de su piel, su suave aroma... Todo en esa deliciosa Venus lo volvía loco de deseo. Reconoció que jamás sintió algo así por ninguna mujer, y vaya que contaba con experiencia en el tema. Se las arregló para meter la mano dentro del escote en busca del tesoro anhelado, para proclamarse su único explorador y dueño.

Christine, absorbida en su totalidad por las nuevas sensaciones que Vincent le provocaba, sintió como su cuerpo despertaba ante las caricias masculinas y por vez primera se sintió realmente viva.

Nunca fue tan consciente de sus sentidos como lo era en ese momento en que todo su ser vibraba, estaba alerta y a la expectativa de lo que él le daba, pidiendo más de ese algo que desconocía, pero que le hacía hervir la sangre al grado de perder la cordura y el recato.

Vincent no podía controlarse, sus instintos despertaron como si todos los años transcurridos estuviesen dormidos esperando solo por ella. La última vez que la vio era una chiquilla, sin embargo, ahora era toda una mujer. Algo en su interior le dijo que esos níveos senos fueron creados a la medida justa para que sus manos se deleitaran acariciándolos. Agradeció a los dioses por tan sublime regalo.

Trazó un camino de besos en dirección hacia la gloria recién descubierta, la cual lo esperaba con un par de coronas rosadas dispuestas a recibir todo lo que él deseaba darles. Entonces, reemplazó las caricias de sus expertos dedos por los labios; en torturante exploración y reconocimiento, reclamó para sí tan delicioso manjar.

Christine arqueó la espalda de manera instintiva, permitiéndole así actuar con total libertad, por lo que Vincent se tomó su tiempo en saborear a placer ese festín ofrecido solo para él.

Las intrépidas manos masculinas se aventuraron en los dominios de encajes y sedas; en suave y lenta caricia, fue deslizando su tacto por las esbeltas piernas en busca del santuario de Venus.

Christine sintió la invasión a su templo, y eso la estremeció a la par; por el placer culposo que el intruso provocaba en su interior y por la sensación de peligro inminente.

Comprendió que si no ponía un alto, terminaría intimando con él ahí, donde podría verlos cualquiera. A pesar de su falta de experiencia, tenía idea de lo que ocurría entre un hombre y una mujer y lo que eso implicaba: un embarazo.

Esto la sobresaltó, sacándola de golpe del hechizo de seducción al que Vincent la había sometido. Asustada, lo tomó de la muñeca para retirar de su interior al atrevido invasor, pero él no estaba dispuesto a renunciar a tales privilegios, por lo que volvió a envenenar sus labios con besos cargados, intensos, que lograban llevarla a una dimensión nueva y desconocida para ella, en la cual, solo eran un hombre y una mujer en su más primitiva esencia.

Entonces recordó que él era un mujeriego, y ella no era una fulana de prostíbulo; se merecía algo muy superior a una primera vez en el jardín como si fueran animales. Eso sin contar con que todo aquello terminaría desatando una tempestad de proporciones catastróficas.

Ella, la siempre bien portada Christine, ¿envuelta en un escándalo? ¡Jamás! Quería y merecía una relación formal, ser su esposa, su amada duquesa; no se conformaría con menos. Vincent no la tomaría en serio y no le haría jamás una propuesta respetable si sucumbía más de lo que ya había hecho. Tenía que pararlo de inmediato, por lo que tomando fuerza, sabrá Dios de dónde, intentó apartarlo, pero él la abrazaba y besaba con total deleite que no se lo permitió, al contrario, la tomó del redondo trasero y la apretó más contra sí.

—Vince, por favor, para ya, esto no está bien, no es correcto... —pidió suplicante entre besos cargados de intensa locura, los cuales amenazaban con destrozarse la poca cordura que le quedaba.

Vincent estaba poseído por el más grande y ardiente deseo jamás sentido que ignoró lo elemental: ella lo había llamado como solía hacerlo en el pasado: «Vince». Siguió besándola con toda la pasión que brotaba inagotable de lo más profundo de su ser. Una vez más, asaltó con sus dedos el santuario de Venus, saqueando de su interior el néctar agrisado que se obsequia en exclusiva para el amor.

Christine sintió una oleada de placer recorrer todo su cuerpo, la tentación de abandonarse a él era demasiado fuerte, pero no podía, tenía que comportarse como una dama si quería salir victoriosa.

—¡Vincent Pembroke! ¡Dije que ya basta! —su voz sonó fuerte y clara.

Ante la implacable orden, ahora sí que Vincent captó al instante que ella lo había llamado por su nombre. ¿Qué, no se suponía que no lo recordaba? ¿Qué no sabía quién era él? Ese era el motivo de la disputa, ¿no?

Aunque, después de lo que acababa de ocurrir entre ellos, reconoció que para él era un gran alivio el saber que ella tenía la total certeza de quién era el hombre con el cual había compartido esa intimidad.

Ahora que había probado la manzana de la tentación, al igual que Adán, no estaba dispuesto a dejarla para que otro terminara por morderla. ¡No! Christine tenía que ser de él y solo para él.

Complacido por su pequeña victoria, se enderezó de inmediato y, con una sonrisa de satisfacción total, la cuestionó:

—¿No se supone que no me conoces, que no sabes quién soy? Entonces, explícame cómo es que acabas de llamarme por mi nombre, Christine...

Christine se apartó de inmediato. «¡Qué estúpida! ¿Cómo pude cometer semejante error?», se reprendió en silencio sin comprender cómo fue que le había permitido llegar tan lejos. «Ahora, ¿cómo saldría de semejante embrollo?», se cuestionó.

Incrédula de la situación en desventaja en la cual se encontraba, trataba de pensar cómo salir bien librada, pero su cerebro se negaba en ayudar a la causa pues solo podía prestar atención al dulce recuerdo de esas manos recorriendo su piel, acariciándola con suma posesión, y esos labios... ¡Dios! ¡Esos labios! Y para colmo sentía las mejillas encendidas de la vergüenza e indignación.

«¡Madre mía! ¡Él tuvo sus dedos dentro de mí!», se estremeció al recordarlo y, una vez más, se preguntó cómo fue que le permitió llegar tan lejos.

Vincent comenzó a reírse a lo grande...

—Sabía que era bueno con las mujeres, pero jamás imaginé que lograra tales efectos. —La sonrisa burlona y sus ojos mostraban lo divertido que estaba con la incómoda situación.

—Eres un majadero, un cretino, un... un... ¡Te odio, Vincent Pembroke! —fue lo único que atinó a decir mientras se acomodaba el vestido.

—¿Ves como sí me recuerdas? —Sonrió cínico.

«Y después de lo ocurrido entre ellos, ¿cómo podría olvidarlo?», se preguntó Christine, indignada hasta las entrañas. Si antes le era difícil, ahora le sería imposible. Antes de alejarse furiosa, le dedicó una última mirada cargada de rabia y rencor.

—Jamás te perdonaré por esta humillación, espero que estés satisfecho con ello, Vincent. —Dando grandes pasos, se alejó de él. Las piernas aún le temblaban y sentía un bochornoso calor

en medio de sus muslos, lo cual la irritaba aún más. ¿Cómo podría verlo a la cara después de lo ocurrido?

Se escabulló al tocador para arreglar en lo posible el desaguizado en que, el canalla aquel, la había dejado.

Al mirarse al espejo de marco de pan de oro, casi le da un infarto; tenía el cabello revuelto y el vestido descolocado. Después de unos instantes y un esfuerzo colosal, logró tener un aspecto presentable. Se observó con atención antes de regresar al salón de baile. Sus labios estaban ligeramente hinchados y en sus ojos brillaba algo misterioso que no supo cómo describir.

—¡Vaya! ¡Por fin te encuentro! —Clarissa llegó hasta ella—. Por un momento creí que te habías escapado en la primera diligencia con rumbo a los glaciares del norte —bromeó alegre, lo cual era típico en ella.

Clarissa tenía un excelente sentido del humor, el cual la contagió en un instante. ¿Por qué amargarse la noche por un patán como Vincent Pembroke?

Con renovados bríos, se irguió y salió del tocador de señoras acompañada de su prima. Estaba decidida a demostrarle a ese libertino que ella estaba muy por encima de las mujeres con las que él estaba acostumbrado a tratar.

A diferencia de la vez anterior, Vincent no la siguió, dejó que se marchara, pues tenía que tranquilizarse. No podía entrar al salón en ese estado de excitación que Christine le había provocado. Aún conservaba la esencia de ella en sus dedos, y los besos que le robó estaban presentes en sus labios, incendiando su sangre al punto que su cuerpo corría el riesgo de arder en combustión espontánea.

¿Qué le había pasado? Él nunca perdía el control y, sobre todo, la cordura de esa manera; una cosa era besar a una mujer, y otra, casi arrancarle la ropa. Eso sin contar que por poco le hace el amor en un jardín donde cualquiera pudiera verlos. Para su fortuna, no fue así, pues si alguien los hubiera descubierto, el precio a pagar sería demasiado alto: matrimonio.

Era verdad que Christine se había convertido en una mujer hermosa, pero eso no justificaba su proceder con ella; se había comportado como todo un granuja aprovechado, sería muy comprensible y lógico que después de semejante experiencia, ella no quisiera verlo nunca más.

Se lamentó por no contenerse, solo pretendía darle un beso simple para hacerla rabiar y ya, ¿entonces? ¿Qué había pasado? ¿Cómo fue que esa dulce e inexperta mujercita logró sacar toda esa pasión en él? Pasión que, instantes antes, desconocía. ¿Cómo era posible tanto fuego, tanto deseo? Eso era un misterio que le intrigaba.

Minutos más tarde, y ya recompuesto, entró en el salón y lo primero que hizo fue buscarla con la mirada, la encontró bailando con Ernest Harper, y eso lo molestó.

Verla sonreír y bailar encantada con otro, después de la intimidad compartida en el jardín con él, le hizo hervir la sangre. ¿Qué demonios le pasaba con ella? Sentía rabia a la sola idea de que alguno de los caballeros presentes pudiese descubrir y reclamar para sí a esa celestial criatura de extrema feminidad. ¿Acaso eran celos aquel sentimiento que le quemaba como hierro incandescente?

¡Sí! ¡Estaba celoso! Reconoció que lo que sintió al verla con otro eran llanos y puros celos. Tenía años sin verla, no debería importarle tanto y, sin embargo, no soportaba el hecho de que los demás hombres se la comieran con los ojos. Si por él fuera, la secuestraría para alejarla de todos esos buitres hambrientos.

En cuanto la pieza terminó, se dirigió hacia ella, pero Christine, adivinando sus intenciones, aceptó de inmediato la mano del que le pedía el siguiente baile sin importarle quién fuera el solicitante.

Y así estuvo ella, evitándolo toda la noche hasta que en una pieza, en la cual se hacía cambio de pareja, terminó en brazos de él.

—¿Lo ves? De nada te sirvió escabullirte, yo siempre me salgo con la mía, y al final terminaste de nuevo en mis brazos, que es a donde perteneces —dijo mientras mostraba esa sonrisa de medio lado tan seductora.

Ella lo miró con recelo.

—¿Cómo te atreves a darme la cara después de lo que has hecho? Créeme que si no fuera porque estamos en medio de un baile, te cruzaría la cara hasta borrarle esa estúpida sonrisa de los labios.

—¿Y qué se supone que he hecho? —preguntó fingiendo demencia, sabía que estaba mal provocar su ira, pero no podía evitar las ganas de hacerla rabiar; era algo más fuerte que él.

Ella soltó el aire, contrariada, pensó en que era inútil tratar de razonar con ese hombre desvergonzado. Por desgracia, no era lo suficiente valiente como para armar un escándalo al dejarlo solo en medio de un baile. Aunque le pesara, él era un duque, ¡el duque Pembroke!, y eso actuaba en su contra, tendría que soportarlo hasta que terminara la pieza.

Sentía la rabia incendiándole las entrañas, pero ¿por qué contenerse? Él quería estar con ella, pues bien, «que se atenga a las consecuencias», pensó.

—Vincent, yo no soy como las mujeres que sueles frecuentar. —El rubor tiñó sus mejillas—. Reconozco que hice mal en dejarme llevar por... ti. —Levantó el rostro con dignidad—. Debes entender que me tomaste por sorpresa, yo jamás esperé... A mí no...

—Jamás te habían besado, lo sé —dijo serio, el gesto burlón y desenfadado había desaparecido por completo—. A mí también me tomó por sorpresa, Christine, yo jamás pretendí que llegásemos tan lejos. Te doy mi palabra de honor que no suelo andar besando mujeres así porque sí, pero he de alegar en mi defensa que me molestó el que quisieras tomarme el pelo. Reconozco que lo que comencé como un juego, solo como una broma para castigarte, se salió totalmente de mi control.

Era el momento de regresarla con su anterior pareja de baile, pero aún no estaba dispuesto a dejarla partir, por lo que le pidió que abandonaran la pieza de baile pretextando necesitar una bebida para refrescarse. Ella no estaba del todo convencida.

—Por favor, Christine, necesitamos hablar.

El gesto suplicante con el cual él se dirigió a ella, le caló hondo y terminó aceptando.

—Está bien, tenemos unos minutos, la cena está por servirse.

Se dirigieron a la mesa de los refrigerios; después, Vincent la llevó a un rincón del salón en el cual podrían hablar sin ser interrumpidos.

—Créeme, Christine —comenzó—. Lo que pasó en el jardín me tomó desprevenido, no fue premeditado. —La miró de frente—. No pretendí ofenderte, y mentiría si digo que me arrepiento, porque la verdad es que no es así. Sé que mi comportamiento no tiene justificación, pero sería muy hipócrita de mi parte negar que he disfrutado de lo que ha sido la experiencia más excitante y maravillosa que jamás he vivido.

Él hizo una pausa y la observó con tal intensidad, que Christine sintió como si sus piernas parecieran de gelatina. Fue consciente que el rubor teñía sus mejillas, pues las sentía arder.

—Christine, en verdad no soy un patán aprovechado. Te ruego que me des otra oportunidad, empecemos de cero y hagamos de cuenta que nada pasó.

Christine permaneció en silencio, y eso lo desconcertó. Era lógico que dudara de él, su comportamiento hacia ella no había sido caballeroso. Intuyendo lo que ella pensaba, continuó:

—Por favor, solo déjame mostrarme ante ti como soy en realidad. Permíteme demostrarte que soy un caballero, un hombre digno de ti. —Ella lo miraba incrédula, y eso lo exasperó—. ¡Por Dios, Christine! ¡Dime algo, no te quedes callada! —explotó.

Jamás le había importado lo que se pensara de él, pero ahora, con ella, todo era diferente; quería que viera más allá de esa máscara de hombre cínico y despreocupado que mostraba al mundo para proteger su verdadero ser. Necesitaba que supiera que podía confiar en él y que era el hombre indicado para ella.

Se sorprendió ante sus propios pensamientos: «¿En verdad quiero ser ese hombre? ¿Que ella sea mi mujer? ¡Cielos! ¿Qué demonios me pasa con ella?».

Reconoció que no eran completamente desconocidos, aunque tampoco había una relación estrecha entre ellos; ¿entonces? ¿Por qué esa mujercita lo tenía trastornado de esa manera? ¿Qué sentía realmente por ella? Le dolió la cabeza de tanto pensarlo.

—Está bien, te daré el beneficio de la duda —respondió ella después de lo que pareció una eternidad. A fin de cuentas, si era sincera consigo misma, tampoco podía arrepentirse de lo ocurrido entre ellos, aunque su pudor de dama la obligaba a llevarse ese secreto a la tumba—. Pero te advierto que yo no soy una mujer cualquiera, y si vuelves a portarte conmigo como un seductor sin escrúpulos, no habrá una segunda oportunidad, Vincent. —Fue contundente.

—Gracias, no te defraudaré —expresó, sintiendo su corazón rebosar de alegría.

A partir de ese momento, se las arregló para acapararla el resto de la noche y sin que ella se diera cuenta, la apartó de todos aquellos buitres que pretendían acercarse.

Para Margot Riquelme, amiga íntima de Elizabeth, no pasó desapercibido el interés que mostró Vincent por la joven debutante, y eso la molestó, pues no estaba dispuesta a perder lo que consideraba suyo...

Elizabeth, sabiendo del interés de su amiga por su primo, había iniciado labores de Celestina, lo atosigaba con ello todo el tiempo, siempre le hablaba de la buena esposa que sería Margot, por lo que Vincent, con tal de que no lo molestara más con el mismo tema, un día le dijo:

—Querida prima, por el momento no tengo intención de dejar mi soltería, pero si algún día lo hago, quizá lady Margot sería la indicada.

El pobre hombre nunca se imaginó que ambas mujeres se tomarían eso como una promesa...

En los ojos de ambas se reflejaba un profundo desprecio por Christine, que ajena a todo disfrutaba como nunca de la compañía de Vincent, y una vez olvidado el incidente del jardín, el resto de la velada fue magnífica. La conversación era alegre y amena, recordaron viejas vivencias, se pusieron al tanto de sus vidas, de las cartas enviadas, los negocios de él, las actividades de ella...

### CAPITULO III

Al día siguiente, en cuanto Christine abrió los ojos, una sensación de bienestar la invadió. Se estiró en su cama cual gato mimado, se tomó su tiempo para desperezarse mientras recordaba lo maravilloso que fue estar con Vincent.

Una hora después, salió de su habitación con rumbo al comedor para tomar el desayuno, pero su madre la interceptó a medio camino; emocionada, la tomó del brazo para llevarla a la estancia al tiempo que decía:

—No cabe duda que causaste revuelo, hija, ¡jamás había visto tantas flores enviadas a una debutante!

Christine entró en la estancia y por un momento le pareció estar alucinando. No había superficie sin cubrir por algún arreglo floral.

—¡No puede ser! —Recorrió el lugar con la vista, había tantos arreglos de flores en distintos colores, formas y tamaños, pero a ella solo le interesó uno en particular: uno hermoso y sencillo de rosas amarillas y color coral que estaba sobre la mesa de centro.

Sin perder tiempo, se dirigió a dónde este, tomó una rosa y aspiró el dulce aroma; después, cogió el pequeño trozo de papel que lo acompañaba, y este solo decía:

*Gracias, no te defraudaré.*

Apretó la tarjeta junto a su corazón, emocionada. Esta no venía firmada, pero no hacía falta, ella sabía bien quién había enviado esas flores.

Sentía deseos de ponerse a dar saltos de alegría, pero se contuvo, su madre la observaba expectante por su extraña actitud.

Pidió a Mary, su doncella, que le subieran ese arreglo floral a su recámara junto con el desayuno.

—¿Y los demás? ¿Qué hago con ellos, señorita Christine? —preguntó, sorprendida, la doncella.

—No sé; hagan lo que quieran, no me importa —dijo al tiempo que salía de la estancia, dejando a las dos mujeres perplejas.

—Pero, Christine, hija, ni siquiera has leído las tarjetas...

Alcanzó a escuchar que decía su madre, pero ella solo quería llegar a su alcoba, tumbarse en su cama y deleitarse con el perfume de la rosa que llevaba en la mano, para así recordar la inolvidable noche que pasó con Vincent.

Fue inevitable recordar los besos y caricias con las que él recorrió su cuerpo. Cada vez que pensaba en ello, volvía a estremecerse ante las emociones que la embargaban, y un calor intenso se instalaba en medio de sus muslos.

Su madre, preocupada por su actitud, la siguió y sin llamar a su puerta, entró en la habitación.

—Christine, ¿qué es lo que pasa contigo? ¿Quién te envió esas flores? ¿Por qué solo te interesaste en ellas? —La miraba llena de preguntas y sospechas.

Tenía que inventar algo convincente, y rápido.

—Es simple, madre, de los jóvenes que estuvieron aquí ayer, no me interesó nadie, y en cuanto a las rosas, tú sabes que estas, y en estos colores en particular, son de mis favoritas. En cuanto a quién las envió, no lo sé, la tarjeta no venía firmada.

—Pero, hija...

En ese instante, llamaron a su puerta, y Christine, aliviada por la interrupción, respondió con un simple: «Adelante».

El mayordomo entró cargando el arreglo floral, seguido de la doncella, que llevaba el desayuno.

Christine devoró sus alimentos con prisa ante la mirada atónita de su madre, la cual no perdió la oportunidad de reprenderla por su falta de buenos modales.

Unos minutos más tarde, el mayordomo llamó una vez más a su puerta y anunció que tenían visita; el Marqués Lafountane aguardaba en la estancia esperando ser recibido.

Christine pegó un brinco de la cama y gritó emocionada como si se tratara de una niña:

—¡Philip está aquí!

Se encaminó de prisa a la estancia y nada más verlo, se echó en sus brazos. Su madre la reprendió por su comportamiento poco digno de una joven bien educada, por lo que se disculpó mientras el rubor teñía sus mejillas.

Philip era, para ella, lo más parecido a un hermano, y aunque los padres de ambos esperaban que la relación de los jóvenes terminara en matrimonio, no podía ser así, pues ambos se tenían un amor puro y fraternal.

Para Philip, ella era como su hermanita pequeña, incluso él estaba al tanto de lo que Christine sentía por Vincent Pembroke.

Estuvieron conversando, los tres, un buen tiempo hasta que la madre de Christine se disculpó, no sin antes pedirle a Mary que no se apartara de su hija.

Una vez que su madre salió, Christine contó a Philip, en voz muy baja para que Mary no escuchara, lo bien que le había ido con Vincent la noche anterior. Por supuesto que omitió lo sucedido en el jardín.

Después, charlaron sobre los viajes de él y cómo el mal tiempo en alta mar retrasó su llegada a Inglaterra, impidiéndole así estar a tiempo para la presentación en sociedad de Christine.

—Si quieres compensarme, mañana estamos invitados a un baile en casa del conde Kingston —dijo juguetona.

—Será un honor para mí el ir contigo, pequeña. —Le guiño un ojo, coqueto.

—No se diga más, mañana iremos juntos a ese baile. —Sonrió complacida.

Al día siguiente, Philip llegó puntual a su cita en casa de los Dickens para juntos partir al baile en la mansión Kingston.

Vincent esperaba impaciente la llegada de Christine, no había podido dejar de pensar en ella. Esa mujer se había metido en su ser, y hasta la última gota de su sangre clamaba por ella. Necesitaba besarla al menos una vez más, pues se sentía morir en agonizante espera por el dulce sabor de esa boca rojo fresa que lo tenía al borde de la locura.

«Qué irónico», pensó. Él, el conquistador, estaba desesperado y en absoluto perdido por una dulce e inexperta mujer.

Los recuerdos de los besos y los momentos compartidos con ella en el jardín de los rosales no lo habían abandonado ni un momento, torturando a su libido sin piedad. Estaba ansioso por volver a verla.

En ese momento, los señores Dickens hicieron su entrada, y él solo reparó en lo hermosa que se veía Christine. Con su coqueto vestido color palo de rosa estaba espectacular. El corazón pareció detenerse en su pecho, para, un segundo después, latir desbocado.

Christine resplandecía, su sonrisa iluminaba ese rostro angelical. En cuanto sus miradas se entrelazaron, ella lo miró con emoción, haciéndole sentir un hueco en el estómago. Entonces, se percató en que no venía sola, estaba acompañada de un joven y atractivo hombre.

De pronto, la mirada masculina cambió de encantada a una llena de furia y, sobre todo, de reproches. Los celos lo carcomían y la rabia se apoderaba de él.

¿Qué hacía Christine, *su* Christine, colgada del brazo de ese caballero? ¿Qué derechos tendría sobre ella?

Ajeno a los pensamientos asesinos de Vincent, Philip avanzó siguiendo al señor Dickens, llevando con él a Christine y rompiendo así el cruce de miradas entre los enamorados.

El señor Dickens presentaba a Philip con sus conocidos como el hijo de un muy buen amigo y socio. Él respondía haciendo gala de su porte, rango y finísimos modales.

Christine estaba al pendiente de Vincent, lo miraba de reojo y a discreción. No perdía detalle de sus movimientos.

Vincent, impulsado por los celos, se encaminó a donde estaba lady Margot y con su mejor sonrisa, se preparó para interpretar el papel del perfecto caballero galante.

Al cerciorarse a dónde se dirigía su amado, Christine estaba que echaba chispas de rabia. Para nadie era un secreto el interés que Margot Riquelme tenía por el joven duque Vincent Pembroke.

«¿Por qué precisamente ella? ¡Con ella no! ¡Dios, con ella no!» pensaba angustiada.

—Ven, pequeña, vamos a bailar, que a eso hemos venido, ¿o no? —Philip la sacó de sus pensamientos.

Con una fingida sonrisa, aceptó bailar con él. Philip, con su ingenio y buen sentido del humor, pronto la hizo olvidar el mal rato y reír alegre con sus ocurrencias.

Recordó por qué le gustaba tanto estar con Philip, él era único, tenía el don de hacer sentir a las personas cómodas en su presencia, esto, aunado a su acento extranjero y esa manera de ver la vida tan peculiar, lo hacían especial.

A veces, se preguntaba cómo serían las cosas si en lugar de haberse enamorado de Vincent, se hubiera interesado en él, pero eso nunca lo sabría. Philip estaba enamorado de Monique Martell y pronto se casarían, y ella, para su infortunio, estaba enamorada hasta los huesos de un hombre mujeriego e incorregible, que por lo visto nunca la amaría como anhelaba.

Mientras la pareja bailaba, Elizabeth los miraba con recelo. Aborrecía a Christine; desde que la conoció, siempre había sido así. La muy maldita acaparaba la atención de los demás, y ahora que se había convertido en una hermosa mujer, todos los hombres, incluido su primo, la seguían; parecían borregos detrás de su pastor. Por si eso fuera poco, ahora se exhibía con aquel magnífico ejemplar importado de Francia que solo parecía tener ojos para ella.

Observó a Philip y se le antojó irresistible, perfecto. Analizó la situación y llegó a la conclusión que esta beneficiaba a su amiga y sus planes. Cuanto más lejos estuviera Christine de Vincent, mejor.

Cuando la pieza musical terminó, Vincent ya no pudo contenerse más y se acercó a saludar a Christine, llevando con él a Margot de su brazo. Quería ver su reacción y, por qué no, que sintiera un poco de la rabia que él sentía.

Christine los vio acercarse, y su cuerpo, de inmediato, se tensó; Philip lo notó y no tuvo que preguntar para entender qué pasaba.

—Buenas noches, Christine; caballero, soy el duque Vincent Pembroke —saludó con cortesía.

«Así que tú eres el dolor de cabeza de mi querida Christine», pensó Philip. Con modales impecables como siempre, se presentó:

—Un placer, duque Pembroke, soy el marqués Philip Lafountane.

A la memoria de Vincent llegó el recuerdo de ese nombre. ¡Sí! Christine le habló de él en algunas de sus cartas, de eso estaba seguro. Reconoció que como estaba tan ocupado en sus andanzas con las mujeres, no le prestó nunca atención a ese detalle. «Grave error», se dijo.

—Christine, no seas mal educada y preséntame con el caballero —le susurró al oído Elizabeth mostrando una sonrisa encantadora.

«¿Qué? ¿Cuándo se acercó Elizabeth a ellos?». Tuvo que reconocer que estaba tan concentrada en Vincent que se olvidó de todo lo demás, pues él estaba devastador con su frac negro; ningún hombre se podía comparar con ese magnífico ejemplar de Adán. Ruborizada, dijo:

—Philip, la señorita es Elizabeth Pembroke, prima del duque.

—Philip Lafountane a sus pies —respondió atento mientras tomaba la mano de Elizabeth y la besaba en saludo de cortesía.

Una nueva pieza musical comenzó a sonar, y Margot sin perder tiempo solicitó:

—Vamos a bailar, querido Vincent, que a eso hemos venido. Anda, no interrumpamos más a los jóvenes, que seguro desean un poco de espacio para hablar de sus asuntos —lo dijo con intención, por ningún motivo desperdiciaría la oportunidad de restregarle en la cara a Christine que Vincent estaba con ella.

Con una sonrisa burlona, se alejó de ellos llevándose el premio disputado, Vincent, el cual tuvo que aceptar, aunque no de muy buena gana, apartarse.

Mientras caminaba hacia la pista de baile, Vincent se arrepintió de su arrebató con Margot, pues por lo visto ella malinterpretó su acercamiento haciéndose falsas esperanzas, ya aclararía las cosas con ella más tarde.

Christine los vio alejarse con el semblante triste. Para Philip, no pasó desapercibido el cambio de humor en ella y pronto comprendió que el hecho de que estuviera acaparando a su amiga podía prestarse a malos entendidos, y lo que menos quería era causar problemas entre los enamorados.

Estaba por exponer sus pensamientos a Christine, cuando en ese momento Elizabeth comenzó a charlar con él.

Christine se disculpó con ellos y salió a la terraza, necesitaba aire con urgencia. Philip, preocupado por ella, en cuanto pudo, se excusó con Elizabeth y la siguió.

Vincent, que estaba al pendiente de Christine, se percató que ella salió y, por supuesto, que Philip la siguió.

No podía más, tenía que ver con sus propios ojos lo que había entre esos dos, por lo que unos cuantos minutos después de que Philip saliera tras Christine, se pudo escapar de Margot y se dirigió a la terraza donde se encontraban, solo para ver el momento justo en que el marqués sacó de su bolsillo una cajita de terciopelo negro.

Christine tomó con delicadeza la cajita, la abrió y observó el hermoso anillo con ojos brillantes.

—¡Oh Philip! ¡Es hermoso! —exclamó, emocionada, y lo abrazó.

Vincent sintió como su corazón se partía en mil pedazos y un inmenso dolor lo embargaba, pero al momento ese sentimiento se transformó en rabia. Fuera de sí, se marchó de inmediato.

Estuvo a punto de irse a los golpes con Philip, pero reconoció que no tenía derecho alguno sobre Christine, quizá si se hubiera ocupado más de ella en el pasado, cuando lo invitó en innumerables ocasiones a visitar su hogar... pero ahora era tarde, debía aceptar que la había perdido antes de tenerla.

Philip y Christine, ajenos a todo, entraron de nuevo al salón solo para ver a un muy molesto Vincent despedirse de los anfitriones y marcharse con Lady Margot del brazo, la cual, antes de salir, le dedicó a Christine un gesto de triunfo que a ella le dolió en lo más hondo.

«Vincent, *su* Vincent, se iba con ella, con esa mala mujer», pensó con amargura...

Philip comprendió lo que pasaba; él estaba tan feliz por estar con Christine, que nunca reparó en que su cercanía podría ser mal interpretada por Vincent, pues este desconocía que la relación de ellos era de tipo fraternal.

Después de analizar a detalle lo sucedido en los últimos minutos, llegó a la conclusión que quizá Vincent estuvo en la terraza; un sudor frío lo cubrió, ¿y si él vio lo del anillo? ¡Cielos! ¿Cómo es que se habían complicado tanto las cosas?

Trató de ponerse en el lugar de Vincent, ahora entendía su enojo; se sintió fatal porque sin querer, provocó un muy grande malentendido entre ellos.

Ahora no tenía dudas, Vincent estaba celoso de él, y un hombre así, a veces, no reacciona de forma correcta. Rogó al cielo porque el duque no cometiera la estupidez de complicar más la situación enredándose con la tal lady Margot. Un arranque de rabia podía ser desastroso para cualquiera.

—Christine, perdóname —expresó, acongojado ante su descubrimiento.

—¿A ti? ¿Por qué? No entiendo...

—Mi pequeña Christine, eres tan inocente; te falta un poco de malicia —dijo al tiempo que acariciaba con afecto el rizo rubio que escapó del complejo peinado que ella lucía. Entonces, le contó sus sospechas.

Christine lo escuchaba atenta sin poder dar crédito a lo que él le decía. Quizá Philip tenía razón, era tan inocente y falta de malicia que nunca se imaginó que Vincent podría sentir celos de él, y menos aún que las cosas se complicarían tanto.

—¿Quieres que hable con él? Es lo menos que puedo hacer después de lo que ha pasado. Creo que el duque merece una explicación —le propuso, atento.

Christine lo miró pasmada.

—¡No! —fue tajante, se moriría de pena si Vincent admitía frente a Philip no estar interesado en ella. No; no lo soportaría, por eso, angustiada, le rogó:

—No quiero que lo hagas, Philip, eso sería tanto como gritar a los cuatro vientos que lo amo. ¡Qué vergüenza! Por favor, deja las cosas como están, tarde o temprano, la verdad saldrá a flote.

—Pero Christine... —quiso convencerla.

—Por favor, Philip, no insistas, estoy segura que Vincent no está interesado en mí, de ser así, jamás se hubiera marchado con esa mujer —dijo firme en su postura.

Philip comprendió que por el momento no la convencería, así que optó por dejar el tema, pero ya se ocuparía de Vincent antes de irse.

## CAPITULO IV

Al llegar a la mansión Riquelme, tal y como Vincent lo esperaba, Margot no perdió tiempo, lo invitó a pasar.

Después de una hora, en la cual le había dado de beber en abundancia, Margot ya lo tenía justo como quería, relajado y dominado, listo para ella.

Vincent se dejó llevar por la seducción de Margot y cuando estaban a punto de consumir el acto, su conciencia, en un último intento por salvarlo del desastre, le advirtió que si sucumbía a la tentación, lo pagaría muy caro. Si ella resultaba virgen, tendría que casarse y cumplir como todo un caballero de buena cuna.

Aunque Christine se casara con el imbécil del marqués ese, él jamás se casaría con Margot, no señor. Como si un balde de agua fría le hubiese caído encima, se apartó de ella y le dijo:

—Esto no está bien, tu eres una mujer decente, y yo, un caballero; es mejor que me marche antes de que pase algo de lo cual nos tengamos que arrepentir. —Se arregló las ropas y se marchó de prisa, dejando una Margot llena de ira y resentimiento, pues sabía bien por causa de quién había sido rechazada.

—¡Maldita Christine! —gritó Margot al tiempo que aventó un florero de cristal cortado contra la pared.

Los días siguientes, para Vincent, fueron un infierno; estuvo al pendiente de la prensa esperando el anuncio del compromiso de Christine, pero nada, no había nada.

Christine estaba muy triste y deprimida. Cuando Philip la visitaba, ponía buena cara, y él, con sus ocurrencias y sentido del humor, lograba hacerla sentir bien.

«¿Qué será de mí cuando regreses a París?», se preguntó consternada. Philip era su mejor amigo, él y Clarissa eran las únicas personas con las cuales podía hablar de Vincent.

En cuanto Philip se marchara, se quedaría sola, pues Clarissa estaba en el condado de Orange con su padre.

El día de la despedida llegó, Philip le dio un largo abrazo, el cual la reconfortó por un momento. Antes de subir al barco, él le dijo:

—No estés triste dulzura, te espera una gran sorpresa.

Christine lo miró curiosa.

—¿Una sorpresa? ¿Para mí? ¿Qué es? —pidió.

—No te lo diré, ya lo verás a su debido tiempo —fue todo lo que le dijo.

Después de un último abrazo, por fin subió al barco. Christine estuvo en el muelle hasta que la nave se perdió de su vista.

—Es mejor que nos vayamos, señorita, está empezando a refrescar —sugirió Mary, su doncella, al tiempo que le acomodaba un chal en los hombros.

Una vez en su habitación, Christine, sin poder contener más el llanto, se tiró sobre su cama y dejó que las lágrimas, que tanto necesitaba liberar su alma, salieran.

No supo en qué momento se quedó dormida, hasta que Mary le tocó con suavidad el hombro para despertarla.

—Señorita, señorita Christine, tiene visita.

Aunque Christine quiso disimular, Mary sabía bien lo que su patrona sentía por el duque Pembroke.

Por un momento, estuvo tentada a decirle al duque que la señorita estaba indispuesta y no podía recibirlo, pero decidió dejar que la misma señorita Christine decidiera.

—Mmm, ¿quién es? —preguntó, estirándose con pereza, el desahogarse llorando y el tiempo que durmió le sentaron de maravilla.

—El duque Pembroke, señorita Christine. ¿Quiere que le diga que se encuentra indispuesta? —preguntó, expectante, Mary.

Al oír nombrar a Vincent, Christine saltó de la cama. ¿Qué hacía Vincent en su casa?

—Ayúdame a ponerme presentable, seguro que estoy hecha un desastre —atinó a decir, nerviosa.

Mary sonrió, le ayudó a cambiarse el vestido y, con rapidez, le hizo un muy bonito y coqueto peinado.

Christine se miró al espejo por última vez antes de salir de su habitación para ir a reunirse con Vincent.

Cuando entró en la estancia, él estaba de espaldas mirando por la ventana; no pudo evitar admirarlo, su cuerpo alto, fuerte y atlético le parecía perfecto. ¿Cómo podía ser tan endemoniadamente atractivo? «Es injusto para los demás caballeros tanta belleza repartida a un solo hombre», pensó.

Vincent sintió su presencia, y el dulce perfume de ella inundó sus sentidos, se giró para estar frente a ella; quería mirarse en esos ojos azul metal, contemplar su bello rostro y no perder detalle alguno de su expresión mientras hablaran.

Siempre que la veía, su corazón parecía detenerse por un instante para después latir desbocado, ¿qué poder ejercía Christine sobre él? Era como si estuviera hechizado por ella.

Le pareció más hermosa aún, ¿cómo era eso posible? Siempre lograba superarse a sí misma. Estaba espectacular con ese coqueto vestido azul que resaltaba sus ojos.

Se miraron en silencio, deleitándose la vista el uno con el otro sin atreverse a hablar por miedo a romper el encanto.

—¿Cómo estás? —él fue el primero en hablar.

—Bien, ¿y tú? —contestó tímida.

—La verdad es que no muy bien —respondió, mirándola con intensidad.

¡Cielos! Como quería poder tomarla en sus brazos, apretarla contra sí, besarla y... ¡Dios! ¿Qué rayos le sucedía con ella? Estaba desnudándola con la mirada y le había prometido comportarse.

—¿Estás enfermo? —preguntó, afligida.

Al menos se preocupaba por él, ese gesto de ella le dio esperanzas.

—No, no es físico mi malestar. —Se acercó más—. Christine, necesitamos hablar de lo que pasó esa noche en el baile de los condes Kingston. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. Perdóname, por favor, soy un tonto, pero ¿qué querías que pensara al verte del brazo de él? —Meneó la cabeza con fuerza—. Lo del anillo fue demasiado para mí; no tienes idea de lo que sentí al verte tomarlo de sus manos y abrazarlo a él emocionada, yo creí que... no sabía...

—¿Y qué crees que sentí yo al verte marchar con lady Margot Riquelme? —le espetó molesta. Tomó una bocanada de aire para tranquilizarse y continuó—. Entre Philip y yo solo hay una relación fraternal.

—Ahora lo sé —la interrumpió—. Philip pasó a verme esta mañana antes de partir de regreso a Francia y me aclaró todo.

—¿Qué? —preguntó incrédula.

Vincent recordó la sorpresa que le causó la visita de Philip...

Él se encontraba en su despacho tratando inútilmente de concentrarse en sus asuntos pendientes. Solo pensaba en Christine y su inminente boda cuando el mayordomo le informó que el marqués Philip Lafountane pedía hablar con él; se extrañó, pues el marqués era la última persona que esperaba ver. Se preguntó qué querría Philip con él. La curiosidad le pudo y ordenó al mayordomo que lo hiciera pasar.

—¡Buenos días, Vincent! Imagino que te extraña mi visita. —El marqués lo había tuteado y, sin más, se había sentado frente a él.

—La verdad, sí —había respondido, sincero.

Entonces, el marqués lo había mirado directo y sin más, le preguntó:

—¿Qué sientes por Christine? ¿Cuáles son tus intenciones con ella?

Vincent lo miró pasmado; ¡Vaya que tenía carácter el marqués! Jamás esperó una confrontación tan directa.

—Creo que eso es algo que tendría que hablar solo con ella —le había soltado, molesto. ¿Qué pretendía este hombre?

—Vincent, Christine es para mí como una hermana pequeña, y yo soy lo más parecido que tiene a un hermano...

—¡Sí, claro! Pues las hermanas no se piden en matrimonio —lo interrumpió, sarcástico.

Ante su comentario, el marqués había sonreído.

—Con tu actitud, confirmas mi sospecha.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que mal interpretaste la situación; lo que viste, o mejor dicho creíste ver, no es así. —Una sonrisa había curvado sus labios—. Yo no me estaba proponiendo a Christine, el anillo en cuestión no es para ella. En cuanto regrese a París, me prometeré con lady Monique Martell, Christine lo sabe y solo me estaba dando su opinión al respecto, porque yo se la pedí; le comenté de mis intenciones, ella me felicitó y dio su bendición, eso es todo.

En ese momento una inmensa alegría lo había inundado. Christine, su Christine, ¡estaba libre! Aunque eso no sería por mucho tiempo, no señor; él se encargaría de hacerla la duquesa Pembroke cuanto antes, ya no podía ni quería esperar más.

—Ahora entiendes mi preocupación; no puedo irme tranquilo sin saber qué pretendes con ella. Puedes decirme que no me meta en lo que no es de mi incumbencia, pero quiero aclarar bien este malentendido. Es mi deber de caballero decirte que alguien ha estado encargándose de hacerle llegar a Christine rumores no muy gratos de ti y lady Margot Riquelme.

—Mis intenciones hacia ella son totalmente honorables, y en cuanto a lady Margot, no hay nada. Esa noche solo la llevé a su casa y me marché. No quise hacer algo de lo cual me arrepentiría después.

—Pues vas a tener que aclararle eso a Christine. En cuanto a mí, creo que no tengo más que agregar, me voy tranquilo de saber que ella estará bien contigo. Desde que te conocí, me dio la impresión de que eres un buen hombre; ojalá y no me equivoque en mi apreciación. —Se había puesto de pie y extendió la mano para despedirse.

—Agradezco tu voto de confianza, y ten por seguro que no los defraudaré.

—Eso espero —le había respondido el marqués; cuando estaba por cruzar la puerta se volvió y le dijo:

—Una cosa más, Christine no está sola, y si la lastimas, vendré a ajustar cuentas y no tendré piedad de ti. —Sin más, se había marchado.

A Vincent, en ese momento, no le asustó la amenaza y seguía sin importarle ahora, primero, porque él no le tenía miedo al marqués, y segundo, porque jamás lastimaría a Christine, al contrario, daría su vida por ella sin pensarlo...

Regresó de sus recuerdos al presente en el cual Christine lo miraba expectante.

«¿Qué tanto hablaría Philip con él?», se preguntaba Christine intrigada. Solo esperaba que no hubiese hablado más de la cuenta.

—Christine, no pasó nada con lady Margot, la llevé a su casa y me marché, eso es todo — aclaró él, mirándola a los ojos.

Vincent la observaba con tal intensidad que ponía todo su cuerpo a temblar como una gelatina. Enlazó las manos al frente para evitar que él notara su turbación.

—Mis intenciones contigo son serias, Christine. No sé qué hechizo lanzaste sobre mí, pero desde que probé tus labios y mis manos tocaron tu piel, no puedo, ni deseo, estar con otra mujer. Eres como una dulce adicción y me he vuelto adicto a ti. Por favor, Christine, tienes que creerme, confía en mí y no hagas caso a los rumores. —Se acercó más a ella—. Soy consciente que estos últimos años hemos estado alejados, sé que lo correcto sería pedir a tu padre permiso para cortejarte y, un tiempo después, pedir tu mano, pero ya no quiero ni puedo esperar.

Esa era la declaración de amor más extraña, precipitada y poco romántica que Christine esperaba recibir, pero a fin de cuentas era eso, una declaración de amor, reflexionó.

Entonces, el tiempo pareció volverse lento y vio como Vincent se postraba en una rodilla, sacaba una cajita de terciopelo rojo de su chaqueta, la abrió y ante ella aparecía el anillo más hermoso que jamás había visto.

Un hermoso y original diamante rosa rodeado de unos más pequeños en color blanco. Su respiración pareció abandonarla, y su estómago se precipitó en caída libre. ¡Cielos! No podía creerlo, ¿acaso él...?

—Christine Marie Dickens Castelló, ¿aceptas ser mi esposa? —preguntó emocionado.

Christine permanecía en silencio con los ojos muy abiertos, no podía creerlo. «Seguro que todo esto es un sueño y yo todavía estoy durmiendo en mi cama», se dijo al tiempo que un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

El largo silencio de ella le crispó los nervios a Vincent, llenándolo de incertidumbre. ¿Por qué lloraba? ¿Acaso no sentía lo mismo que él y no encontraba cómo decirlo?

Entonces, Christine le tomó el rostro con sus delicadas manos y mirándolo con todo el amor que tenía para darle, expresó:

—¡Sí! ¡Nada me haría más feliz que ser tu esposa, Vincent!

Se puso de pie como un rayo, le acunó el rostro con sus manos y la besó con desesperada urgencia; después, sin perder tiempo, colocó el anillo en el dedo de Christine para sellar el compromiso.

—Tendrás que dar muchas explicaciones por esto, para empezar, a mi padre le parecerá sospechoso lo precipitado de nuestro matrimonio. —No pudo evitar sonreír mientras contemplaba la exquisita pieza de joyería en su dedo.

—Me las arreglaré —respondió él sonriendo de medio lado; después, la rodeó con sus fuertes brazos, le dio un largo y delicioso beso que no le dejó lugar a dudas de sus sentimientos hacia ella.

Estaban ensimismados el uno con el otro, que ninguno había reparado en la presencia silenciosa que observaba todo entre avergonzada y emocionada.

Mary estaba feliz por su patrona; como buena cómplice, se instaló en la puerta para vigilar y evitar que alguien más los sorprendiera en semejante situación.

Pasada un poco la euforia, Christine recobró la compostura, se apartó apenada y comenzó a alisar su vestido, nerviosa. No se atrevía a mirar a su doncella.

—¿Está en casa? Quiero hablar con él de una vez.

Le sonrió con esa sonrisa tan seductora, que Christine sintió derretirse y se olvidó de su turbación. «¡Dios, si esto es un sueño, no me permitas despertar nunca!», pensó.

—Sí, creo que sí está, ¿quieres que te anuncie?

—Sí, ya quiero que el mundo entero sepa que lady Christine Dickens será la duquesa Pembroke. —La rodeó con sus brazos y, aunque su intención era fundirse con ella en un abrazo lleno de besos sensuales, por caballerosidad, tuvo que reprimirse. Lo correcto era que se comportaran con recato a pesar de estar prometidos.

## CAPITULO V

—Padre, Vincent Pembroke está en la estancia y pide hablar contigo. ¿Puedes recibirlo? —preguntó Christine con las mejillas sonrojadas.

Su padre la miró sorprendido; Vincent y él eran socios de negocios y de vez en cuando se reunían para tratar los asuntos, o bien, Vincent mandaba a su administrador. Le extrañó que fuera Christine, y no el mayordomo, quien anunciara su visita. Tuvo el presentimiento que el asunto a tratar estaba parada frente a él, con las mejillas sonrojadas y retorciendo las manos nerviosa.

—Dime, Christine, ¿tiene que ver contigo el motivo de su solicitud? —preguntó sin más, al viejo lobo de mar no se le escapaba nada, menos aún la joya en el dedo de su hija, de la cual, hasta esa tarde, desconocía su existencia. Ese hecho lo puso en alerta.

—Sí —respondió apenada.

—No sabía que llevaran relación. —La miró fijamente y las dudas se reflejaban en su rostro.

—Siempre hemos estado en contacto por cartas, y ahora que nos hemos vuelto a ver... él... yo...

Sonrió al ver lo abochornada que estaba su hija, ya hablaría largo y tendido con ella; por el momento, era Vincent quién contestaría sus preguntas...

—¡Buenas tardes, señor Dickens! —saludó Vincent, cortés, haciendo gala de sus impecables modales—. Gracias por recibirme.

—Siéntate, muchacho. ¿Quieres algo de beber? Presiento que yo sí lo necesitaré —comentó mientras se dirigía a una mesita con una licorera.

«No me lo va a poner fácil, eso está claro», pensó Vincent y aunque él era un hombre con temple, tuvo que reconocer que estaba nervioso. La relación con el señor Dickens siempre fue amena y amistosa, pero ahora estaba Christine de por medio.

—No, gracias, prefiero hablar.

—Muy bien, te escucho. —Se sentó frente a Vincent y lo miró con gesto serio.

—Quiero pedirle la mano de Christine, queremos casarnos en tres meses.

El señor Dickens estaba consternado; se había preparado mentalmente para que Vincent le pidiera permiso para cortejar a su hija, mas no esperaba que la solicitara en matrimonio.

Lo miró con reproche y lleno de dudas. No sabía cómo formular la pregunta, pero reconoció que Vincent tenía carácter, pues no se dejó amedrentar y fue directo, así que él haría lo mismo.

—¿Pasó algo que deba saber? ¿A qué se debe la premura? —preguntó expectante a la respuesta del joven duque Pembroke.

—No, puede estar tranquilo; yo respeto a Christine, y ella es una dama. No sé si me comprenda, señor Dickens, pero hubo un malentendido con el marqués Lafountane y eso me hizo darme cuenta de que no quiero ni puedo esperar, así que he pedido a Christine que sea mi esposa, y ella me aceptó, claro, a reserva de que usted diera su consentimiento —aclaró.

—Me interesa mucho lo que me estás diciendo. ¿Qué pasó con Philip? ¿Qué clase de malentendido fue ese? —preguntó curioso.

Vincent le contó todo, incluyendo lo mal que lo pasó cuando creía que Christine se casaría con el marqués.

—Sé que mi petición le sorprende, señor Dickens, le aseguro que tengo hacia ella las más honorables intenciones. Le juro que amo a Christine y la respeto; puede estar tranquilo, no hemos faltado a los buenos principios —aseguró, tajante.

—Debo confesar que me tomó por sorpresa tu petición, pero me alegro, eres un buen hombre y te conozco de casi toda la vida, así que no me queda más que dar mi bendición. No esperaba que Christine nos dejara tan rápido, pero así es la vida. —Suspiró resignado.

Celebraron el compromiso esa noche con una magnífica cena en casa de los Dickens. Vincent se encargó que la buena nueva saliera publicada en la prensa al día siguiente y, por supuesto, esta corrió como reguero de pólvora...

Margot estaba tomando el desayuno cuando leyó la noticia.

—¡Maldita, mil veces maldita! —gritó al tiempo que aventó los platos y todo cuanto estaba cerca de ella...

Por su parte, Elizabeth recibió la noticia de boca del propio Vincent, tuvo que fingir estar feliz por él, pero ya en la soledad de su habitación, y habiéndose marchado su primo, dio rienda suelta a su rabia.

El tiempo pasaba, y los intentos de Margot y Elizabeth por separarlos no funcionaban; era como si la suerte estuviera en su contra, pues Vincent y Christine estaban más enamorados y unidos que nunca.

La boda estaba cerca; Christine y su madre estaban atareadas con los preparativos. Vincent estaba radiante de felicidad y no le importaban las habladurías por lo precipitado de su matrimonio, una de las ventajas de ser duque era la de no tener que dar explicaciones por sus actos.

Un par de semanas antes de la boda, Vincent invitó a la familia de Christine a pasar unos días en su casa de campo de Greenville; su madre estaría presente y ansiaba la llegada de su futura nuera para preparar todo para la boda. La intención era tomarse un respiro entre el trabajo y el ajetreo de los preparativos de la ceremonia.

Al ser el matrimonio de un duque el evento social del año, implicaba poner especial énfasis en que todo estuviera perfecto y a la altura de las expectativas.

Elizabeth se unió al paseo y estuvo todo el tiempo pendiente de la pareja de enamorados, esperaba la menor oportunidad de atacar, pero nada, todos sus esfuerzos habían sido en vano, y como en una ocasión estuvo a punto de ser descubierta, decidió resignarse y desistir, aceptar su derrota y reconocer que inevitablemente Christine sería la duquesa Pembroke.

La semana pasó casi volando, y el tiempo de retornar a la ciudad estaba cerca; Christine era tan feliz, Vincent era maravilloso, entre más tiempo pasaba con él, más se convencía de que no se había equivocado al elegirlo como el dueño absoluto de su corazón.

Un día antes de volver, Vincent la invitó a pasear a caballo; recorrieron la propiedad, esta era realmente hermosa; el bosque, el lago. Christine estaba extasiada por todo cuanto veía. De repente, el cielo se oscureció y casi de inmediato se desató una tormenta que no les dio oportunidad de regresar a la mansión.

Vincent recordó un pequeño pabellón de caza que tenían a poca distancia de allí. Al menos estaba más cerca que la casa y podrían refugiarse sin problema hasta que pasara la tormenta. Cuando entraron en la edificación, estaban empapados, Christine tiritaba de frío. Vincent se acercó a ella con una manta y le dijo:

—Quítate toda la ropa, no quiero que te enfermes, abrigate con la manta; mientras, yo encenderé el fuego.

Se apresuró a encender la chimenea sin voltear a ver a Christine. «¡Dios! Estas sí que son pruebas de vida», pensó mientras luchaba contra la tentación de volverse y mirar, pero no,

tenía que comportarse como un caballero y no girar la cabeza para verla mientras ella se desnudaba.

—¿Lista? ¿Ya puedo voltear? —preguntó impaciente.

—Sí —respondió ella, que ya estaba envuelta en la manta, y tomó asiento en el sillón más cercano a la chimenea.

Christine no podía dejar de temblar, el frío le había calado hasta los huesos y sus dientes castañeaban sin parar.

—Ahora es mi turno —dijo él y tomó una manta; se quitó la ropa mojada y, junto con la de ella, las acomodó cerca del fuego para que se secaran. Entonces, se sentó en el sillón con Christine, pero no junto a ella, si ya le estaba costando un universo contenerse y no saltarle encima, tenerla cerca sería de lo más peligroso.

Después de unos minutos, Christine seguía temblando y sus labios se habían puesto morados; Vincent comenzó a preocuparse, pues ella ya debería haber entrado en calor, consternado, le dijo:

—No tomes a mal lo que voy hacer, pero esto es por tu bien. —Sin darle tiempo de reaccionar y sin tomárselo él mismo para pensar y arrepentirse, le quitó la manta a Christine, la arrastró junto a él y la abrazó, pegándola a su cuerpo para darle calor.

Christine se estremeció al sentir la piel masculina y cálida dándole la bienvenida. Unos cuantos minutos abrazados bastaron para que el enfriamiento quedara atrás, y ella dejara de temblar. Posó su mano en el pecho de Vincent y comenzó a acariciarlo. Se sentía tan bien tocarlo, pasear sus dedos por ese torso duro y fuerte. En su inocencia, no tenía idea de lo que sus caricias provocaban en él.

—Christine, no deberías hacer eso, amor —le dijo con la respiración agitada.

—¿Por qué no? —preguntó ella, sorprendida y contrariada, pues no quería dejar de hacerlo.

—Porque estas despertando a la bestia... —advirtió con voz ronca y su mirada oscurecida por el deseo, mientras sus manos recorrían la espalda femenina dejando un reguero de fuego a su paso.

Christine sintió el calor en su interior y su cuerpo despertar, solo él tenía el poder de ponerla en ese estado. Encantada por las sensaciones que la embargaban, continuó acariciando el pecho de él, ignorando su advertencia.

Vincent ya no pudo más y capturó sus labios en un beso lleno de pasión contenida. Descargó con urgencia todas esas noches de frustración al pensar en ella y no tenerla. El haberla tocado de manera tan íntima la noche de su presentación había sido un grave error, pues desde ese día vivía en un infierno, deseándola como un demente todo el tiempo, aun dormido.

Christine estaba fuera de control, era como si se tratara de otra mujer, una desconocida para ella; una que era fuego puro y ardiente, sensualidad desbordada, sin miedos ni inhibiciones, llena de primitivo deseo. Una criatura osada, la cual había sido creada para fundirse con ese hombre eternamente. Se preguntó dónde habrían quedado su vergüenza y pudor, porque en ese momento parecía que la habían abandonado a su suerte.

Vincent estaba fascinado con Christine. Ella era una deliciosa combinación entre inocencia y pasión, porque a pesar de su falta de experiencia, respondía a él con total entrega.

Jamás imaginó que dentro de esa chiquilla de aspecto frágil e inocente se guardaría esa sensualidad arrasadora esperando por él y solo para él. Cuando la había tocado y besado la noche de su presentación, pudo atisbar un poco de lo que ahora podía constatar de primera mano. Esa mujer era pólvora, y él era la mecha que la encendería para provocar los coloridos fuegos artificiales.

—Christine, te amo. —Era la primera vez en su vida que pronunciaba esas palabras y no se sentía avergonzado ni arrepentido por decirlas, pues tenía convicción plena que ella era la mujer de su vida y que jamás podría olvidarla...

Christine lo miró a los ojos sin poder creer lo que había escuchado, quería ver en ellos la veracidad de su declaración. Se negaba a pensar que fue dicha solo por el momento de pasión compartida. Sonrió feliz al ver reflejado el amor en esa mirada color cielo que la tenía perdida desde que era solo una niña.

—Yo también te amo, Vincent —respondió sin dudas y sin temores.

—¿Estás segura de esto? Si me lo pides, puedo parar...

Christine no contestó, se limitó a besar los labios masculinos que la tenían presa de la más ardiente pasión. Confiaba a ojos cerrados en él, y aunque habían acordado esperar para después de la boda, pensó que solo se estaban adelantando un poquito, pues al final ella sería su esposa y su mujer. ¿Qué podría salir mal?

Vincent no necesitó más para comprender que ella estaba lista, un solo roce por su santuario de Venus le confirmó que el néctar agrídulce brotaba en abundancia esperando por él.

—¿Puedo mirarte? —preguntó Christine mientras hacía a un lado la manta para descubrirlo. Las mejillas sonrojadas demostraban que estaba apenada, pero su curiosidad podía más; quería observarlo a detalle y deleitarse con ese cuerpo que tantas sensaciones le provocaba.

Él se puso de pie, sonriendo, mientras ella, impresionada, lo miraba extasiada ante su masculina belleza. Christine jamás había visto un hombre desnudo y nunca le causó curiosidad hasta que conoció a Vincent.

Tragó saliva, nerviosa, ahora sí tenía una vista total y a deleite de tan espectacular ejemplar de Adán. Estaba pérdida mirándolo, que se olvidó que ella estaba dándole a él la más hermosa y celestial visión de su cuerpo de deliciosa Venus, pues también estaba desnuda.

Vincent la contemplaba con fascinación, había visto a muchas mujeres, vaya que sí, pero ninguna le provocaba lo que Christine, ninguna lo llenaba como ella. Se acercó y la tomó en sus brazos; sin palabras, se miraron a los ojos y el lenguaje del amor habló por ellos, reduciéndolos a la más primitiva esencia humana.

—Vincent, ¿siempre va a ser así? —preguntó Christine mientras descansaba en los brazos de su amado, reponiéndose de la pasión antes compartida.

Nunca imaginó que pudiera experimentarse tanto gozo, no solo físico, sino también espiritual. Estar con otra persona en total sincronía y entregándose sin reservas, no solo con desenfundada lujuria, sino en una mezcla deliciosa entre pasión y un inmenso amor, era algo que no se podía explicar con simples palabras.

—Va a ser mejor, preciosa; mucho mejor —le aseguró él con una sonrisa pícar—. ¿Qué te pasa? Te has quedado muy callada —preguntó inquieto, de un instante a otro, el semblante de Christine había cambiado de absoluto regocijo a una mueca de preocupación.

—Es solo que soy tan feliz que me da miedo, jamás en mi vida me había sentido así y temo que esto acabe, no soportaría perderte —expresó en voz alta su pesar.

—Tranquila, preciosa, nada de eso va a pasar. Tú y yo nos vamos a casar y, ¿sabes?, habrá ocasiones en las cuales querrás poner cianuro en mi comida, otras me amarás con locura, pero estaremos siempre juntos hasta que seamos unos viejitos y la muerte nos separe. Tendremos muchos niños de mejillas rosadas y regordetas. Seremos muy dichosos juntos, ya lo verás.

—¿Muchos niños? —preguntó juguetona.

—Sí, muchos; unos, fuertes y guapos como su padre, y otras, dulces y hermosas como su madre —bromeó.

—Que soberbio, duque Pembroke —le dijo mientras intentaba hacerle cosquillas.

—Será mejor que nos vayamos, ya escampó, y tus padres deben estar preocupados. —Se puso de pie y la atrajo contra sí—. No quiero separarme de ti, preciosa, pero es mejor que te vistas, si no, no podré aguantarme y te haré el amor otra vez.

Christine sonrió y, obediente, se puso su ropa, que gracias al calor de la chimenea estaba ya casi seca.

Él hizo lo mismo, y juntos emprendieron el regreso...

## CAPITULO VI

El gran día llegó, y en la mansión Dickens todo era un caos, gente de aquí para allá atareados en ultimar detalles para la ceremonia y el gran banquete. El mayordomo daba órdenes a diestra y siniestra supervisando hasta el más mínimo detalle.

Christine se despertó con un sabor amargo en la boca y un desagradable olor impregnado en la nariz, le dolía el cuerpo y se sentía inquieta.

Mary, como siempre, estaba a su lado, pero ahora la miraba de forma extraña, como si quisiera preguntarle algo y no se atreviera. «Seguro que son los nervios por la boda», se dijo para justificar la inusual actitud de su doncella.

—¡Buenos días, señorita Christine! —saludó Mary—. Hoy es su gran día y debemos darnos prisa, no queremos que se nos haga tarde para llegar a la iglesia.

—¿Qué hora es? —preguntó somnolienta.

—Las diez y cuarto —respondió la doncella a la expectativa y mirando con atención a su joven patrona.

La notaba más despeinada de lo que se consideraría normal, el camisón estaba rasgado de un tirante y sus labios parecían un poco hinchados; eso, sin contar con lo de la chaqueta y el zapato, que era de lo más raro. Reflexionaba la joven doncella cuando la señorita Christine habló, sacándola de sus cavilaciones.

—¿Por qué me dejaron dormir tanto? ¡Dios mío! Es tardísimo —exclamó Christine, irritada, se levantó de prisa y los nervios comenzaron a hacer de las suyas.

Apenas si fue capaz de probar el desayuno, sentía el estómago revuelto y temía que el malestar aumentara al recargarlo con alimento, por lo que se limitó a tomarse un zumo de frutas.

Paseó por el gran salón, este estaba rebosante, adornado con exquisitos arreglos de rosas coral y amarillo que inundaban el lugar de una deliciosa fragancia.

Tomó una rosa y aspiró el suave perfume, no pudo evitar recordar su vida desde que conoció a Vincent. Como si el tiempo regresase atrás, se vio a sí misma siendo solo una niña, paseando por el salón del té, cuando su madre la llamó para presentarla con el duque Pembroke y su joven hijo.

Reflexionó sobre lo que esa cena significó en su vida, pues a partir de entonces, su existencia nunca volvió a ser la misma. Contemplar extasiada a ese joven de mirada enigmática, que la cautivó sin proponérselo, fue el comienzo de su historia de amor.

Mientras recorría el salón, recordó a detalle todos aquellos años en los cuales él no estuvo a su lado, pero se dijo que la espera bien había valido la pena si al final Vincent terminó enamorado de ella y, en menos de dos horas, la convertiría en su amada duquesa.

Por un momento, el pánico se apoderó de ella al pensar en lo que eso implicaba, ser duquesa no era lo que deseaba, pero era inevitable si quería estar con Vincent. Él no podía evitar ser quien era, el título nobiliario era una responsabilidad que su amado llevaba con orgullo y, siendo honesta, lo hacía bastante bien.

Aunque la aterraban las responsabilidades que adquiriría al convertirse en su esposa, estaba dispuesta a poner todo de su parte para estar a la altura del duque Pembroke. Sabía que saldría del anonimato, en el cual había vivido hasta ahora, para estar siempre bajo la lupa del escrutinio público.

La sociedad siempre estaría al pendiente de todo lo concerniente a ella: su indumentaria, modales, desempeño en los actos sociales y benéficos, en fin, su comportamiento en general estaría siempre vigilado.

Pero, para su infortunio, lo amaba demasiado, por lo que no podía renunciar a él, Vincent era parte de ella, y eso era algo que no podía cambiar, era demasiado tarde para dar marcha atrás, pues ya no concebía su vida sin él.

—Señorita, por fin la encuentro —dijo Mary, agitada por la carrera—. Tiene que prepararse para la boda, es muy poco el tiempo que nos queda, por favor, no se demore más o su madre me mandará a la horca si no está lista antes de la hora señalada.

La habitación de Christine era un verdadero caos, gente entraba y salía, mujeres aquí y allá... La modista daba los últimos retoques a su vestido, pues *madame* Lucyle se había empeñado en estar presente cuando se colocara el ajuar de novia, quería que su creación estuviera perfecta, a la altura de una duquesa.

—Señorita Christine, es usted la novia más hermosa que he visto nunca, y vaya que me ha tocado vestir a muchas a lo largo de mi vida —comentó *madame* Lucyle, mirándola con ojos brillantes.

Mary la observaba con auténtica admiración y cuando comenzó a peinarla, le dijo con verdadero afecto:

—En verdad le deseo que sea muy feliz, es muy buena y merece serlo. La extrañaré mucho, señorita Christine.

—No, no vas a extrañarme, tú vienes conmigo. —Sonrió.

—¿De verdad? —preguntó incrédula.

—Sí, se lo pedí a Vincent, y aceptó, por lo que esta mañana hablé con papá, y él estuvo de acuerdo.

—Gracias, no sabe lo feliz que me hace —respondió la doncella con lágrimas en los ojos.

—No, Mary, no te pongas sentimental porque me harás llorar a mí también y no queremos que la novia termine hecha un desastre, ¿verdad?

—Por supuesto que no, eso nunca. Hoy es su gran día y tiene que estar perfecta.

Christine se miraba al espejo de cuerpo entero, el vestido de novia era precioso; el peinado que le había realizado Mary, espectacular. Por un momento, pareció desconectarse del planeta, tuvo la sensación de estar sola en medio de todo ese ajeteo. Sintió deseos de llorar, pero se contuvo.

«¡No puedo creerlo! ¡Hoy seré la duquesa Pembroke!», pensó con una mezcla de emociones; por un lado, estaba más que feliz, por fin se casaría con el amor de su vida, y por el otro, sentía pánico por lo que eso implicaba.

Su mirada se nubló por un momento, ese día desde que abrió los ojos se sentía extraña, una inusual sensación de ansiedad la embargaba. «Algo no está bien», le decía su voz interior.

En ese momento, su padre entró en la habitación para avisar a las mujeres que ya era la hora de partir. Se tomó unos minutos para contemplar a su niña, no podía creer lo rápido que había crecido. Su dulce nena ahora era una mujer y estaba a punto de convertirse en duquesa.

Gran parte de la mañana, Christine había tenido el estómago revuelto y un mal presentimiento la atormentaba sin piedad. Alzó los ojos y vio a su padre de pie tras ella contemplándola con infinito amor y ternura.

Por un breve instante, deseo pedirle que cancelaran todo, que la tomara en sus brazos y no la soltara nunca. «¿Qué rayos me pasa?», se preguntó. Solo se iba a casar, no se iría lejos, estaría en la misma ciudad, cerca de su familia. ¿Entonces? ¿Por qué sentía como si esa fuera una auténtica despedida?

—Papá, ¿podrías abrazarme y no soltarme jamás? —pidió con lágrimas en los ojos, se sentía como en un sueño, uno de esos raros en los que nada es lo que parece.

Su padre la envolvió con sus brazos protectores y la besó en la frente.

—Tranquila, princesa, es normal que te sientas así, son los nervios de la boda, solo es eso —le dijo con una sonrisa y ojos brillantes—. Vamos, ha llegado la hora —pronunció esto último con voz quebrada.

Su madre la miraba con lágrimas en los ojos y los sentimientos a flor de piel.

—Estás hermosa, mi niña. —La besó en ambas mejillas.

Su belleza no tenía comparación, y sus ojos azul metálico brillaban de manera especial, parecía un auténtico ángel en resplandeciente blanco inmaculado.

Christine se observó por última vez al espejo, soltó el aire y tomó el brazo que su padre le ofrecía, caminó con él para dirigirse a su destino.

Cuando llegó a la iglesia, todo estaba listo, pero Vincent aún no había llegado.

—Aún es temprano, debe estar por llegar —dijo su madre tratando de calmarla.

Conforme pasaban los minutos, la sensación de que algo estaba mal fue haciéndose más fuerte. Estaba convencida que algo le había pasado a Vincent, él nunca la dejaría, de eso estaba segura.

Bajó del carruaje y levantándose el vestido para poder andar más rápido, se dirigió a Maxwell Mcquenzie, que era el mejor amigo de Vincent, y le suplicó que fuera en su búsqueda.

—Por favor, Maxwell, estoy segura que algo no está bien. Vincent jamás se retrasaría, y menos aún en nuestra boda —dijo al borde del llanto.

Maxwell la escuchaba atento, él también estaba sorprendido por la tardanza de su amigo.

—Está bien, iré a buscarlo a su casa, quizá tuvo algún inconveniente con el carruaje y eso lo está retrasando. —Aunque en el fondo sabía que esa era un excusa absurda, si ese fuera el caso, Vincent solo tenía que tomar su caballo y asunto arreglado. Pero tenía que tranquilizar a Christine, pues la joven parecía a punto de sufrir un ataque de pánico.

Maxwell estaba por partir cuando Vincent llegó. Todos los presentes lo miraron sorprendidos, y por supuesto los murmullos no se hicieron esperar.

Christine se giró para recibirlo y se quedó pasmada al verlo, pues Vincent tenía un aspecto deplorable y estaba totalmente ebrio.

—¡Por Dios! ¿Qué te pasó? —preguntó horrorizada mientras caminaba hacia él.

—No te acerques. —Cortó su andar con la tajante orden, misma que fue pronunciada arrastrando la lengua, evidenciando así su estado inconveniente—. Me das asco —alegó con una mueca de desagrado; después, gritando, continuó—: Solo he venido a decirle de frente al señor Dickens que no me casaré con su hija. Ella es una pérdida... Peor que una cualquiera...

Maxwell quiso detenerlo, pero él se zafó y continuó con su discurso:

—Usted es un buen hombre que no se merecía una hija como esa, esa... —La señaló—. Es la peor de las fulanas. —Ante la algarabía de incrédulos comentarios agregó—: Anoche la descubrí con su amante y la muy... —dio un trago a la botella— ni siquiera se levantó de la cama donde se revolcó con ese tipo cuando los descubrí. El cobarde quiso huir en vez de darme la cara.

La miró con tanto desprecio que Christine se sintió desfallecer. ¿De qué estaba hablando? ¡Ella era inocente de todo cuanto él decía! Sintió como si fuera a desvanecerse, pero se obligó a permanecer en pie. ¡No!, no podía desmayarse; tenía que mantenerse fuerte para aclarar las cosas.

Él extendió su retahíla.

—No te maté porque quería matarlo a él primero, por eso lo perseguí —hipeó—, pero el muy maldito se me escapó. Dime, Christine, ¿dónde se esconde tu amante? ¿Eh? ¿Desde cuándo se habían estado burlando de mí?

Christine lo miraba consternada. «Tengo que estar soñando, esto es una pesadilla y pronto despertaré», se decía al borde de la histeria.

—¿Por qué, Christine? Yo te amaba... —Quiso irse contra ella, pero Maxwell se lo impidió, y, esta vez, Philip, que se había mantenido al margen, lo ayudó a someter al encabritado hombre.

—No es verdad lo que dices; yo jamás te he engañado, ¿por qué me estás haciendo esto, Vincent? —Lloraba descompuesta e incrédula.

—¿Yo? ¡Tú fuiste la que se revolcó con ese tipo como una cualquiera! No, tú eres peor, porque al menos esas desdichadas mujeres lo hacen por necesidad, en cambio tú...

Christine no aguantó más la humillación que sentía y le cruzó la cara con todas sus fuerzas, indignada hasta las entrañas.

—Si no querías casarte conmigo, me lo hubieras dicho y ya. ¿Para qué armar todo este teatro? —gritó furiosa y dolida.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? ¡Te vi, Christine! ¡Yo te vi! Nadie me lo contó, por favor, deja de negarlo y acepta lo que hiciste... —En un descuido, se escapó de Maxwell y de Philip, la sacudió de los hombros con fuerza mientras le gritaba un sinfín de insultos a la cara. Entonces, el señor Dickens se acercó y lo apartó de su hija.

Philip lo sometió con fuerza.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Son acusaciones muy fuertes para tomarlas a la ligera, es la reputación de una dama la que está en juego, ¿Lo comprendes verdad, Vincent?

—¿Dama? ¿Cuál dama? ¡Aquí solo hay una ramera...! —No pudo terminar de hablar porque el puño del señor Dickens se estrelló contra su rostro.

—Te exijo en este momento que te retractes de todo lo que acabas de decir, ¿cómo te atreves a calumniar a mi hija así? Ella es una verdadera dama de conducta intachable. Estás demasiado bebido y no sabes lo que dices.

—¿Calumnia? —Se carcajeó—. Ojalá... Sí, estoy ebrio —aceptó cínico—, pero estoy así por lo que vi, porque quería mitigar el dolor que esta mujerzuela me causó con su traición.

—Lárgate de aquí —le exigió, rojo de ira, el señor Dickens, y Philip junto con Maxwell se lo llevaron ante las miradas atónitas de los asistentes.

Christine miraba horrorizada como los dos hombres arrastraban a Vincent mientras él no dejaba de insultarla. No pudo evitar las lágrimas, lloraba a raudales, no entendía nada. ¿Por qué Vincent le hacía eso? ¿Por qué le hablaba así? ¿Qué rayos estaba pasando?

En ese momento, su padre la tomó del brazo con fuerza y la arrastró con rumbo al carruaje para alejarla de la enardecida multitud que no dejaba de cotillear sobre lo ocurrido.

—Padre, te juro que yo no he hecho nada. No entiendo qué está pasando, ¿Por qué Vincent me ha humillado así? —preguntó suplicante, sin poder dejar de llorar.

Su padre la miró con dureza y dudas, después de un largo silencio, solo dijo:

—Ya hablaremos de esto en casa, este no es el lugar ni el momento adecuado. Espero que Vincent tenga una buena justificación para esto o de lo contrario lo mataré sin piedad.

—¡No! —apenas si pudo pronunciar su negativa—. Por favor, padre, eso no, no quiero sangre ni muerte —suplicó.

Estaban a unos pasos del carruaje cuando su padre se detuvo y Christine vio, como si el tiempo se volviera lento, como él se tocaba el pecho al tiempo que se desplomaba al suelo, pálido, y con una mirada de reproche en sus ojos azul metal que eran idénticos a los suyos.

Se quedó horrorizada, no podía reaccionar, se llevó las manos a la cabeza mientras murmuraba:

—Esto no está pasando, esto no está pasando...

Su padre yacía muerto a sus pies. Su madre lloraba y le gritaba histérica. Clarissa, que al parecer acababa de llegar, la abrazaba mientras le hablaba, pero ella era incapaz de oírla o entender lo que le decía...

—¡Es tu culpa! ¡¡¡Tú lo mataste!!! —gritó su madre.

Después, solo oscuridad...

## CAPITULO VII

El armonioso sonido del canto de las aves la despertó; abrió los ojos y descubrió con alivio que estaba en su habitación.

«Solo fue una horrible pesadilla», se dijo, soltando el aire con tranquilidad, se estiró con pereza y después se levantó de la cama. Sentía el estómago revuelto y un desagradable sabor en la boca, algo parecido al que dejaban las medicinas.

Le extrañó que Mary no estuviera a su lado para ayudarla a vestirse, quizá era más temprano de lo que suponía y la pobre doncella todavía no se levantaba, se dirigió a la puerta para ir en su búsqueda, pero al girar el pomo, descubrió que la puerta estaba cerrada con llave.

«¿Qué? ¿Por qué estoy encerrada? ¿Qué está pasando?» se preguntó inquieta.

—¡Por favor, quiero salir! ¿Alguien me escucha? —Tocó la puerta un par de veces y al percatarse que nadie respondía, comenzó a gritar.

Después de unos minutos, escuchó la suave voz de Mary detrás de la puerta:

—Tranquícese, señorita.

—¿Que me tranquilice? ¿Cómo me pides eso, Mary? ¿Explícame por qué estoy prisionera en mi propia habitación? —la cuestionó furiosa.

—¿No lo recuerda?

—¿Recordar qué? —preguntó impaciente.

—Después de lo de su padre, usted se puso como loca y su madre decidió que lo mejor era que permaneciera encerrada, el médico tuvo que sedarla. —Mary ya no se pudo contener y lloró.

—¿Lo de mi padre? ¿Qué le pasó a mi padre? —inquirió confundida.

Entonces, las brumas en su aturdido cerebro parecieron esfumarse, a su mente llegaron los recuerdos, uno a uno: la boda frustrada, la muerte de su padre por un infarto fulminante, la terrible pelea con su madre y, para rematar, los reproches de Philip, los cuales le dolieron en el alma, pues él también la creía culpable.

Entonces, cayó en cuenta, no había sido un sueño; Vincent sí la abandonó en la iglesia el día de su boda, humillándola públicamente; su padre estaba muerto, y su madre la culpaba a ella por lo ocurrido y le había prohibido asistir al funeral.

Se recordó a sí misma, como si fuera otra persona, gritar como loca y destrozar todo a su paso. ¿Había sido ella capaz de algo así? ¿En verdad había ocurrido todo aquello?

Su siguiente recuerdo fue como entre varios criados la sujetaban mientras el doctor le había inyectado algo para tranquilizarla; después, todo era oscuridad...

—¿Cuánto tiempo llevo aquí encerrada? —preguntó con voz apagada, volviendo a la realidad.

—Dos días, señorita.

—¡Dios! —exclamó dolida—. En verdad mi madre me negó el derecho de estar con mi padre, ¿verdad, Mary? No fue un sueño, mi amado padre ya no está. —Las lágrimas caían por sus mejillas y recargada en la puerta, se deslizó al suelo, devastada.

—En verdad lo siento, señorita. —Sollozó su fiel doncella.

—¿Podrías abrirme? Necesito salir... —Tenía la intención de ir a la habitación de su padre, tomar su ropa y abrazarse a ella como si así pudiera sentirse un poco más cerca de él.

—No puedo, su madre tiene la llave y dio órdenes de que no se le permitiera salir hasta que el médico diga que ya está bien.

Christine sintió como se ahogaba con su propio llanto, lloró y lloró, pero el dolor no cedía, no daba tregua...

Los días pasaban, y ella seguía recluida en su alcoba; su madre no le permitía salir, no probaba alimento, no quería vivir, la torturaba la imagen de su padre desvaneciéndose mientras la miraba con recelo. Se fue creyéndola culpable, y eso le dolía, era más de lo que podía soportar.

Mary era la única persona con la cual cruzaba palabra, el doctor la visitaba a diario, pero a ella permanecía distante y no le contestaba a lo que él preguntaba, lo ignoraba por completo.

Un día, la fiel Mary por fin se armó de valor y le cuestionó sobre lo sucedido la noche anterior a su boda.

—Señorita, ¿qué pasó esa noche?

—¿Qué pasó de qué? No tengo idea de qué me estás hablando.

—La mañana del día de su boda, cuando entré a su habitación, encontré una chaqueta y un zapato de hombre. —Ante la mirada atónita de su patrona continuó—: Pensé que quizá eran del duque Pembroke, no sería la primera ni la última mujer en intimar antes de la boda —comentó, sonrojándose—. Por lo que me apresuré a recogerlas antes de que su madre pudiera descubrirlos, y los oculté en el ropero de mi habitación.

—¿Qué? ¿Cómo es que yo no me di cuenta de nada? —preguntó incrédula.

—En su momento, no le di importancia a detalles extraños —comentó Mary, pensativa—. Esa mañana, usted estaba más despeinada de lo normal, su camisón estaba roto de un tirante y su aspecto en general era raro.

—Ahora que lo comentas, sí, tienes razón, ese día me sentía extraña, un malestar general me acosaba y había un sabor horrible en mi boca, un olor raro impregnado en mi nariz. —Se quedó en silencio unos minutos—. ¿Todavía los tienes? Quiero decir, la chaqueta y los zapatos.

—Sí.

—Tráelos, quiero verlos —ordenó, y la doncella obedeció.

Después de unos minutos, Mary apareció con un bulto envuelto en un viejo vestido, lo abrió, y de este sacó una chaqueta que a simple vista parecía fina, pero en realidad no lo era.

—Esto jamás podría ser de Vincent —comentó mientras analizaba la prenda.

—Ahora lo sé, pero esa mañana los tomé tan deprisa para evitar que su madre o alguien más supiera de su existencia, que no me fijé en los detalles; después, cuando pasó... —Hizo una pausa, sin saber si hacer mención o no al trágico acontecimiento en el atrio de la iglesia—. Lo que pasó con el duque, en un principio, yo estaba tan desconcertada como usted, pero luego recordé la chaqueta y el zapato y comencé a pensar que quizá lo que el duque alegaba no era tan descabellado...

—¿Tú también me crees culpable de todas esas aberraciones? —preguntó indignada hasta las entrañas, de cualquiera lo hubiera esperado, menos de Mary, de ella no.

—¡No! ¡Dios me libre de semejante cosa! —exclamó escandalizada.

—¿Entonces? Habla claro, ¿qué piensas respecto a todo esto?

—Yo... no sé si deba...

—Habla, por favor, Mary, confío en ti y sé que jamás harías nada por dañarme. —La miró suplicante—. Necesito entender qué está pasando.

—Creo que un hombre estuvo aquí en su habitación, un tipo que por lo visto no era su prometido. —Se quedó pensativa—. Lo que no me explico es cómo se enteró el duque, y lo más intrigante y extraño, ¿cómo es posible que usted no se dio cuenta de nada?

Christine la miró pasmada, ella ya sabía que Mary era muy inteligente, pero ahora le quedaba más que claro, pues lo que su fiel doncella decía tenía total lógica.

—Eso es algo que tendremos que averiguar. Te juro por mi padre que no descansaré hasta dar con la verdad —sentenció decidida.

Después de conversar con Mary, Christine estaba convencida que Vincent no mentía respecto a que la vio con un hombre en su habitación. La cuestión era descubrir qué había visto él, haciendo qué, y con quién. Lo que más la preocupaba y torturaba era sí en verdad ella se había acostado con alguien más. ¿Cómo era posible que no se acordara de nada? Tendría que haber estado drogada para...

¡Un momento! ¡Sí! ¡Eso era, la habían drogado, y por eso no recordaba nada! Esa tenía que ser parte de la explicación, al menos ahora contaba con una pieza más del rompecabezas.

Nada tenía sentido, pero de algo sí estaba segura: alguien le tendió una trampa para que se separara de Vincent y, por desgracia, funcionó.

Pensó en buscar a Vincent para pedirle una explicación, pero su madre la tenía recluida, confiscada en su habitación y no había modo de escapar.

No dormía bien y cuando lo hacía, era víctima de terribles pesadillas; no se alimentaba adecuadamente, su aspecto y salud eran deplorables. No quería vivir. ¿Para qué? Vincent la había abandonado de manera muy cruel; socialmente, estaba destruida para siempre. Su amado padre había muerto a sus pies creyéndola una cualquiera. Su madre la despreciaba y culpaba por la muerte de su amado esposo. Y tanto Philip como Clarissa la habían dejado sola cuando más contaba. No tenía a nadie, no tenía nada; solo quería morir y dejar de sentir ese dolor que no daba tregua, las lágrimas nunca parecían ser suficientes, y su corazón lentamente moría.

Mary era la única persona que se preocupaba por ella y la reprendía por no alimentarse como era debido.

—Mírese nada más cómo está, señorita Christine, sí sigue así, va a enfermar.

Le había dicho en más de una ocasión su fiel doncella, pero a ella no le importaba. Nada importaba ya...

Una mañana, Mary entró en la alcoba de su patrona con la charola del desayuno y le extrañó no verla, supuso que estaría en el cuarto de baño, ese era, aparte del jardín, el lugar favorito de su patrona...

El señor Dickens, a petición de su amada hija, había instalado, en la habitación contigua, una enorme tina. El cuarto contaba con un gran ventanal que proveía de luz el lugar, estaba lleno de estantes con frascos, velas y coquetas botellas llenas de perfumes y esencias, así como una gran variedad de jabones perfumados, ya que Christine era fiel devota a estos. Gozaba el pasar tiempo sumergida en agua aromatizada hasta que esta se tornaba fría o la piel se le arrugaba.

Mary dejó la bandeja con los alimentos en la mesita de noche y se encaminó hacia allí, llamó varias veces y al no recibir respuesta, abrió con lentitud la puerta.

—¡Señorita! ¡Señorita Christine! ¿Qué tiene? ¡Por favor, conteste! —gritaba espantada, su patrona yacía en el suelo, inconsciente, y un pequeño charco de sangre salía debajo de sus caderas. La trató de despertar, pero ella no reaccionaba—. Piensa, Mary, piensa... —se dijo angustiada, entonces corrió a llamar al mayordomo y ambos la llevaron de inmediato a la cama. Después, el sirviente mandó por el médico.

Christine despertó aturdida; se sentía muy débil, recorrió su habitación con la mirada y descubrió a la incansable Mary postrada en un sillón al lado de su cama, al parecer dormía.

Pensó en que seguro se pasó la noche cuidándola, pero ¿de qué? Quiso ponerse en pie, pero un mareo se lo impidió, entonces se percató que le dolía el vientre.

En ese instante, Mary abrió los ojos.

—No se levante, por favor —dijo preocupada, se puso de pie de inmediato y la ayudó a recostarse de nuevo—. Todavía está muy débil, perdió mucha sangre.

—¿Sangre? ¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó intrigada.

—Es mejor que se lo diga el médico cuando venga a revisarla, no debe de tardar en llegar —contestó Mary, cauta. En ese momento, llamaron a la puerta, y como la doncella lo esperaba, se trataba del galeno.

—Christine, ¿cómo te sientes? —preguntó el doctor Lewis, atento.

—Mejor —respondió sin ganas.

—Christine, tienes que parar esa ola de autodestrucción en la que te has hundiendo; no puedes seguir así. —Su preocupación era evidente.

Christine desvió la mirada.

—Sí viene a regañarme, mejor váyase; no necesito su lástima ni sus sermones.

—Christine, no estás sola, por favor...

—¿Va a decirme de una maldita vez qué tengo? ¿Qué me pasó? —lo interrumpió, grosera.

El médico dudó unos instantes; Christine aún estaba muy afectada, pero su ética le dijo que ella tenía derecho a saber lo que le había pasado.

—A causa de tú deplorable estado de salud —hizo una pausa—, perdiste a tu criatura. La anemia que tenías complicó mucho la situación y no pude hacer nada por evitarlo. En verdad lo siento, hija.

«¿Qué? ¿Estaba embarazada?». Christine creyó que ya no era posible sentir más dolor, pero estaba muy equivocada. Se llevó las manos al vientre, un vientre ahora vacío, y una nueva daga de dolor le atravesó el alma.

Su hijo, un ser inocente había muerto por su descuido, era su culpa, una muerte más en su consciencia.

—Yo no sabía —dijo como en un susurro mientras las lágrimas bañaban su rostro. —Jamás me habría descuidado de haberlo sabido. Es mi culpa... es mi culpa, ¡yo lo maté! ¡Yo lo maté!

Una severa crisis nerviosa obligó al médico a sedarla.

Christine estaba cada día peor, el dolor en su alma era realmente insoportable; había perdido todo interés por vivir, nada le apetecía, no quería ver a nadie, solo quería morir para reunirse con su padre y su bebé.

Desde que el médico ordenó que jamás estuviera sola, Mary se pegó a ella y no la dejaba ni a sol ni a sombra, por lo cual le costó trabajo lograr escabullirse a la habitación de su padre.

Una vez allí, sacó una chaqueta y la abrazó con fuerza, la prenda aún conservaba el olor de su amado papá. Se aferró como si así pudiera recuperar aunque fuera un pedacito de él, y así estuvo por horas. Escuchaba el ajeteo que había en la casa, seguro Mary había armado un escándalo al no encontrarla en su habitación, sabía que tenía que darse prisa, pues no tardarían en descubrirla.

Se encaminó al mueble de madera donde sabía que se encontraban los utensilios de aseo de su padre, tomó la navaja de afeitar, misma que tantas veces rozó el rostro de su progenitor.

—Pronto, papá, pronto —dijo, mirando el objeto; después, regresó a la cama y, una vez más, se aferró a la chaqueta. Así fue como la encontraron Mary y su madre.

Mary parecía empeñada en ser su sombra, apenas si le daba oportunidad de respirar, pero una mañana, aprovechando que ella la creía dormida y se había marchado, se dirigió al cuarto de baño.

Se miró al espejo por varios minutos. En nada se parecía a la dulce y hermosa mujer de meses atrás; parecía un cadáver. «Eso debería ser», pensó.

Contempló largo tiempo la navaja de su padre que sostenía con la mano derecha. Sin dar lugar a arrepentimientos, se hizo un corte en ambas muñecas. Después, se metió en la tina de baño a esperar con ansias la muerte.

Mientras la sangre abandonaba su cuerpo, vio su vida pasar; recordó con agrado su feliz infancia; después, su adolescencia, y así sucesivamente hasta llegar al día de hoy.

Pensó en su bebé y lo imaginó muy parecido a Vincent; ese fue su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia. El frío invadió su cuerpo; el ansiado final estaba cerca, podía sentirlo...

Mary, creyendo que Christine dormía, aprovechó para asearse; no tardó mucho, pues no quería dejarla sola mucho tiempo. Cuando regresó, le extrañó no encontrarla en la cama y se encaminó al cuarto de baño.

Jamás esperó encontrarse con tan espantosa escena:

—¡Madre mía! Señorita Christine, ¿qué hizo? ¡Dios mío, ayúdame! —sollozó desesperada. Después, le tomó el pulso y descubrió que, aunque débil, todavía latía su corazón.

«Aún hay esperanza», se dijo Mary, consternada.

## CAPITULO VIII

Christine despertó con otra pesadilla, abrió los ojos y de pronto no reconoció el lugar; aún no se acostumbraba a esa habitación en el hospital psiquiátrico St. George. Apenas hacía unos días que el doctor la había internado por órdenes de su madre.

Se quiso incorporar, pero estaba apresada con camisa de fuerza y por si eso no fuera poco, estaba atada a su cama.

«Me lo tengo bien merecido», pensó al recordar la última escena de histeria que había protagonizado. Sufría crisis nerviosas muy fuertes, y por eso el médico sugirió que la internasen en el hospital psiquiátrico, pero su madre se había negado por miedo a más escándalos sobre la familia, aunque después de su fallido intento de suicidio, terminó por aceptar y así fue como, ahora, ella se encontraba recluida en ese lugar y atada a una incómoda cama.

Por Mary supo que su madre hizo creer a todos, incluidos su tío, el conde Castelló, y Clarissa, que se iban en un largo viaje.

Mary le entregó un par de cartas de Clarissa, que su madre había interceptado tiempo atrás; al menos tenía el consuelo de que su querida prima nunca la abandonó, pues, en sus cartas, ella le decía que había intentado verla en varias ocasiones, pero que su tía (su madre) no se lo permitió. Le preguntaba por su salud y le rogaba que pusiera todo de su parte por recuperarse.

También supo que su adorada madre se fue a Escocia con su prima Stella, dejándola a ella arrumbada en ese horrible lugar.

Los días pasaban, y Christine no tenía intención de recuperarse, era grosera y violenta con el personal; fingía crisis nerviosas para que la sedaran y así poder desconectarse un poco de su terrible realidad, por eso, en algunas ocasiones, tenían que someterla y amarrarla a la cama, pero a ella no le importaba, solo quería morir y reunirse con su padre y su bebé.

Un día, estando aún bajo los efectos del láudano, miró hacia la ventana y, en una rama del árbol que estaba enredado en esta, vio el momento preciso en que una mariposa salía de su capullo; como si la lucidez regresara a ella de golpe, comprendió que si seguía viva, a pesar de todo, era por una razón.

Quizá, como esa mariposa, ella también tenía que sufrir una metamorfosis. Como su corazón estaba lleno de dolor y rencor, lo atribuyó a que el motivo era que tenía que descubrir la verdad, castigar a los culpables y vengar a las víctimas inocentes de toda esa inmundicia: su padre, su bebé y ella misma.

A partir de ese momento se sintió renovada y decidió luchar por recuperarse física y emocionalmente, su primer objetivo era salir de ahí, y lo haría. Se juró a sí misma que una vez fuera de ese horrible lugar, nada ni nadie la detendría en su venganza.

—Por ti, bebé, por ti regresaré y te juro que no pararé hasta descubrir la verdad y que toda esa gente que nos hizo daño pague por ello. ¡Lo juro!

A partir de ese instante cambió totalmente su actitud, se alimentaba bien y su conducta era irreprochable; las lágrimas cada vez eran menos. Mientras su cuerpo se restablecía, su corazón se secaba, era como si su reserva de gotas salinas, estuviera agotada. Se volvió amargada, dura e insensible.

De algo estaba muy segura, la dulce Christine estaba muerta, había fallecido desangrada en la tina, ahora solo quedaba ese ser lleno de odio, rencor y sed de venganza.

Como su conducta era intachable, le permitieron salir a los jardines y, al poco tiempo, consiguió que la pasaran al pabellón de cuidados menores.

Mary, de vez en cuando, le llevaba cartas de Clarissa; su prima creía que estaba en Bath recuperándose de sus dolencias.

Su doncella se encargaba de coordinar la correspondencia para que nadie sospechara el lugar en el que en realidad estaba recluida su joven patrona.

Christine no había contestado ni una sola de las cartas, no tenía ánimos para fingir que todo estaba bien, pero ahora que había tomado la decisión de cambiar, estaba segura que Clarissa la ayudaría con sus planes, por lo que comenzó a contestarle las misivas. En un principio, fingiría que la situación era diferente, pero llegado el momento, le contaría la verdad.

La pesadilla que la atormentaba todas las noches la despertó y le recordó su triste realidad. Siempre era lo mismo, se soñaba llevando un vestido a rayas como el traje de los presidiarios, un antifaz o algo así cubría sus ojos, una densa oscuridad la rodeaba, incluso su cabello era negro cual noche carente de luna. Sus muñecas sangraban sin parar y llevaba su corazón en la mano izquierda como si se lo hubieran extirpado, aunque así había sido, la traición le había arrancado el corazón dejándola sin alma.

Vincent la llamaba *mujerzuela* y la insultaba una y otra vez con palabras ofensivas. Su padre la miraba con desprecio mientras su madre le gritaba: «Es tu culpa, tú lo mataste». Después, las palabras hirientes de Philip y el llanto de un bebé coronaban ese horrible y espeluznante sueño que ya era parte de ella.

Aturdida, salió de su habitación y como si se tratase de un fantasma, deambulaba por los corredores del hospital cuando escuchó unos gritos lastimeros que le provocaron un vuelco en el corazón. Se asomó al pasillo central, y este estaba desierto, seguro las enfermeras y los guardias estaban jugando a las cartas. Con sigilo, se dirigió de prisa al lugar del cual provenían esos quejidos infernales.

Comprobó que estos provenían de lo más recóndito de un oscuro pasillo, se fijó que nadie la viera y abrió la puerta. Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad del lugar, se encontró un hombre en condiciones deplorables, en muy mal estado de salud, esquelético, sucio y amarrado a una mugrienta y destartalada cama.

—Sáquenme de aquí... —el hombre gritaba y pedía piedad...

Por un instante, él la miró, y Christine pudo ver en él la inocencia y la pureza de su alma atormentada; sintió su dolor como propio y, de inmediato, se identificó con él.

Algo en su interior le dijo que ese pobre hombre, al igual que ella, había sido víctima de la maldad humana.

—*Shhhh*, tranquilo, soy amiga. —Le acarició el rostro—. Dime, ¿cómo te llamas?

Él la miró desconfiado, entre tanto fármaco y drogas que le aplicaban, a veces ya no tenía conciencia de qué era real y qué no. Se fijó que ella llevaba bata de interno, era una de los suyos.

—Creo que Andrew —respondió con voz apenas audible.

—Escúchame bien, Andrew, mi nombre es Christine, yo estoy por salir de aquí y te juro por mi padre y mi bebé que te sacaré.

—¿Por qué harías eso? No me conoces, no sabes nada de mí —preguntó sin fiarse.

—No lo sé, llámalo intuición, pero algo me dice que tú y yo hemos sido víctimas de la más grande maldad, y estoy segura que por eso el destino me trajo a ti. Ahora entiendo muchas cosas, yo tenía que venir a este horrible lugar para encontrar la lucidez y un propósito.

—¿En verdad me sacarías de aquí? Si todos dicen que estoy loco —comentó con tristeza.

—Entonces, ya somos dos, a mí también me han llamado loca. —Miró el pasillo—. Ya me tengo que ir, no podemos arriesgarnos a que alguien me vea aquí contigo. Por favor, abstente de gritar y mostrar cualquier emoción; si te mantienes tranquilo, no te sedarán. —Le acunó el rostro con las manos y lo obligó a mirarla—. Escúchame bien, Andrew, te necesito lúcido, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió emocionado.

—Muy bien, entonces, ¿me prometes que lo harás? —le suplicó.

—Te prometo que trataré, pero me han drogado tanto que cuando dejan de hacerlo me da lo que ellos llaman crisis por el síndrome de abstinencia —le confesó.

¡Dios! ¿Qué crueldades habrá pasado ese hombre?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó mientras se asomaba por la puerta.

—No sé con exactitud, hace tanto que ya perdí la noción del tiempo; aunque en una ocasión, no hace mucho, escuché a uno de los enfermeros decir que poco más de diez años. — No sabía por qué, pero Christine le inspiraba confianza, su aturcido instinto le decía que podía confiar en ella y desde el primer instante le creyó cuando le aseguró que lo sacaría de ahí.

—¿Diez años? —No podía creerlo.

—Sí, creo que un poco más, no lo sé...

Andrew cumplió su palabra lo mejor que pudo, Christine lo visitaba todas las noches, se habían vuelto incondicionales; él, al no estar tan drogado, poco a poco comenzó a recobrar la lucidez, se contaron sus tragedias personales y se alentaban mutuamente a recuperarse y preparar todo para su venganza.

Andrew le contó que su tío era el administrador de su fortuna y que tendría que entregársela junto a sus posesiones y título nobiliario cuando cumpliera la mayoría de edad, mas como este no estaba dispuesto a hacerlo, cuando tan solo tenía dieciséis años, lo hizo pasar por muerto y lo encerró en ese terrible lugar donde había estado muerto en vida todos esos años.

En más de una ocasión, ella lo encontró drogado, y él le pedía perdón por no haber podido resistir su adicción.

A Christine se le partía el corazón cada vez que esto sucedía, no soportaba verlo sufrir. Su único aliciente era que el director del psiquiátrico le había prometido al doctor Lewis que si todo seguía como iba, en un par de meses más ella estaba lista para abandonar el hospital.

—Andrew, mañana me voy de este horrible lugar, necesito que estés al pendiente y no provoques que te droguen, por favor, al menos no por ahora. Ya tengo todo arreglado, y pronto saldrás de aquí. ¡Te lo prometo! —No se despidió, solo le dijo un «hasta luego, hermano».

La fiel Mary era la única persona que en verdad se preocupaba por ella, siempre al pie del cañón, por eso, días antes de salir, Christine le habló de Andrew y le encargó que investigara y consiguiera uno de esos mercenarios sin conciencia para que se ocupara de sacarlo de ahí.

Una vez fuera del hospital, Christine se trasladó a un hostal, utilizaba la ropa de Mary para pasar desapercibida. No quiso regresar a la mansión Dickens, aún no estaba preparada para volver a ese lugar que tantos secretos guardaba: dicha, tragedia y muerte.

Esa mañana, le dio a Mary una carta para Clarissa, en esta le contaba parte de la verdad de su situación, le hablaba de Andrew y le rogaba por su ayuda.

La respuesta de Clarissa no tardó en llegar, su prima la había contactado con un tal *Fantasma* para que la ayudara en todo. Se disculpó por no poder acudir personalmente, le informaba que se encontraba en el condado de Orange cuando su padre había caído enfermo y no podía dejarlo solo.

Christine entristeció al saber del delicado estado de salud de su tío, ese hombre era como un padre para ella, siempre había sido atento y cariñoso. Se preguntaba cómo su madre y el conde podían ser tan distintos a pesar de ser hermanos.

—Me han dicho que usted es el mejor, así que no quiero fallas —comentó mientras estudiaba con atención al hombre parado frente a ella, al tal *Fantasma*. Este era alto, su complexión denotaba gran fuerza y a pesar de llevar una máscara negra cubriendo su rostro, irradiaba poderío y clase. Ese tipo no era un hijo de vecina cualquiera, de eso estaba segura.

—Aún no he aceptado, ¿qué le hace creer que la ayudaré? —preguntó el *Fantasma* sin más.

—Primero, el dinero que le pagaré por sus servicios, y segundo, porque creo que usted, al igual que yo es un hombre de justicia, por eso ha decidido tomarla por sus propias manos. ¿No es así?

El *Fantasma* se quedó pasmado, esa mujer había logrado describir su vida sin apenas conocerlo, y eso le gustó.

—El dinero no es problema para mí, señorita, cuénteme su historia, y entonces decidiré si merece la pena intervenir.

Christine le contó con lujo de detalles todo, no se guardó nada, él la escuchaba atento.

—Está bien, la ayudaré. Dígame qué tiene en mente, señorita Dickens...

Ella le expuso su plan para sacar a su amigo...

—Aquí tiene un mapa del hospital, en él está señalado el lugar exacto donde tienen encerrado a Andrew, los horarios de los enfermeros, ubicaciones de los guardias... Todo está detallado, si tiene alguna duda, ahora es el momento —alegó sin perder tiempo.

—Este hombre que vamos a sacar, ¿es violento? ¿Tendremos que tener cuidados especiales con él? —preguntó, intrigado, el *Fantasma*.

Christine sabía que el origen del apodo era porque el tipo era escurridizo y todos le temían. Todos menos ella, algo en él le daba confianza, a pesar de las cosas que había escuchado, porque los últimos días se había dedicado a hacer averiguaciones sobre la temida leyenda; algo le decía que ese hombre no era mezquino, no percibía maldad en él, solo un gran sentido de la justicia, sí, quizá, un poco torcido, pero su intuición le decía que ese individuo no llevaba en su interior la semilla del diablo.

Después de su experiencia cercana con la muerte, Christine se había vuelto sensitiva al aura de las personas, podía sentir la maldad, y en ese hombre solo percibía un alma atormentada por demonios que lo encadenaban a su pasado con los terribles grilletes de los remordimientos, así como una infinita soledad.

No pudo evitar sentirse identificada con él, que, al igual que ella, lo había perdido todo, había sufrido tanto que ya no le temía a la muerte, y el dolor se había vuelto parte de sí mismo. Sí, en definitiva, era como ese hombre que tenía enfrente, también era un ser sin alma.

—No, Andrew no está loco. Los motivos por los cuales está ahí y por los que yo quiero sacarlo no le incumben, solo límitese a hacer lo que le pido, que para eso le estoy pagando, y bastante bien por cierto. Una cosa más, Andrew está muy débil y delicado de salud, así que tome sus precauciones para que él esté bien. Y aunque suplique, no le den láudano.

—¿Láudano? —preguntó el hombre sin entender.

—Sí, para desgracia de Andrew, en ese lugar lo hicieron dependiente de esa maldición —respondió mostrando su amargura, no sabía por qué, pero con ese hombre no sentía la necesidad de disfrazar sus emociones.

—Comprendo. No se preocupe, todo se hará como usted desea, señorita. Me encargaré de ello en persona —prometió el *Fantasma*.

—Eso espero; ya puede retirarse —le ordenó, satisfecha.

El Fantasma cumplió el encargo sin problema, sacó a Andrew sin que se dieran cuenta y para que nadie sospechara de la fuga, provocó un incendio, así que todos dieron por muerto al pobre hombre.

Cuando el Fantasma llegó con Andrew, Christine ya tenía lista la habitación para recibirlo, Mary le ayudó a instalarlo y a atenderlo.

Los primeros días, Andrew estaba fatal, el síndrome de la abstinencia al láudano era terrible, sus gritos lastimeros estremecían a las dos, pero en especial a Mary, que desde el momento en que lo vio, sintió algo extraño en su corazón, ese hombre desaliñado, sucio, débil y enfermo le inspiró una inmensa ternura y con el pasar de los días se fue enamorando sin remedio de él.

Las crisis de Andrew eran cada vez menos frecuentes, y con la ayuda del doctor Lewis, a casi un mes de haber sido rescatado, ya estaba mejor de salud, había ganado peso y ya podía dar paseos cortos por el jardín.

Christine y Mary lo ayudaban con la terapia de rehabilitación física. Las dosis ingeridas de la droga cada vez eran menos seguidas y en más bajas cantidades; el doctor Lewis era muy optimista al respecto.

A pesar de que Andrew estaba enfocado en su recuperación, Mary le llamaba la atención, no era tan bella como Christine, pero tenía algo que lo atraía como la miel a las moscas, algo en ella le era irresistiblemente tentador.

Esa mañana, la contemplaba mientras ella husmeaba entre las rosas del jardín. Le pareció que era la mujer más hermosa y perfecta, su rostro era deliciosamente dulce, y él se moría por acariciarlo. Se reprendió a sí mismo, él no era hombre para ella.

Se obligó a recordar que Mary era un ángel lleno de luz y ternura, mientras que él era un ser oscuro, amargado, con grandes traumas y con un pasado que lo había marcado para siempre.

¡No! La inocente jovencita merecía alguien mejor que un *nadie*, porque ni siquiera tenía un nombre para ofrecerle. Su tío no solo le había arrebatado su fortuna y sus bienes materiales, le había robado su vida y el derecho de portar una identidad.

—Tengo otro encargo para usted, *Fantasma* —dijo Christine al hombre que, como siempre, se ocultaba entre las sombras.

—La escucho —su voz sonó atenta y cortés como siempre.

Christine pensó en lo fácil y cómodo que era tratar con ese hombre, no se parecía al resto de las alimañas que solían esconderse en los barrios bajos. Ella lo sabía porque, para localizarlo por segunda vez, había tenido que mezclarse entre esa calaña para poder llegar a él.

Fue una difícil prueba, pues a pesar de ir vestida de manera sencilla, los tipos le habían faltado al respeto y la habían ofendido con insinuaciones que la habían hecho sonrojarse hasta las uñas de los pies. Se preguntaba cómo era que Clarissa consiguió dar con semejante ejemplar, no se imaginaba a su prima pasando por las penurias que ella pasó para localizar a la temida leyenda, pero ya tendría tiempo de escuchar la versión de su intrépida compinche. Por lo pronto, tenía que concentrarse en el presente.

—Hace más de un año, pasó algo que hasta la fecha no he podido entender ni descifrar. ¿Recuerda que le conté mi historia? —Él asintió—. Pues bien, quiero que me ayude a resolver el enigma sobre qué fue lo que en realidad pasó esa noche en mi habitación.

—Comprendo, ¿aún conserva la chaqueta y el zapato de los cuales me habló?

—Por supuesto, no podría deshacerme de tan valiosa evidencia —respondió ella con una sonrisa de autosuficiencia.

El tiempo pasaba inexorable, Christine decidió que lo mejor era escaparse a su residencia en París, ahí estarían libres del bullicio londinense y Andrew podría recuperarse en absoluta tranquilidad.

En efecto, Andrew se recuperó físicamente, su adicción al láudano era algo con lo cual lucharía cada día de su existencia, pero ahora no le era tan difícil contenerse.

Cada vez que se miraba al espejo, se sorprendía, aún no se acostumbraba a su reflejo, era como si se tratase de otra persona. Cuando fue sacado del que fuera su hogar, tan solo tenía 16 años, así que pasó poco más de diez años sin saber cómo el tiempo había hecho lo correspondiente en su aspecto.

Era un hombre alto, y su cuerpo, debido al extenuante ejercicio y buena alimentación, se había vuelto atlético y fuerte; hombros anchos, cintura estrecha, largas piernas... El cabello rubio brillaba con descaro, y sus hermosos ojos color jade resplandecían con nuevos bríos. Era un caballero en extremo masculino y muy atractivo.

Si Christine y Mary no hubieran estado con él todo ese período, jamás creerían que se trataba del mismo despojo humano que salió del hospital.

Al igual que Christine, él no tenía nada que perder, su único objetivo era ayudar a su ángel salvador en su venganza y realizar la suya en contra de su despiadado tío.

El tiempo seguía su curso. Un día cualquiera, Christine recibió una nota del *Fantasma*, en la cual le informaba que hizo averiguaciones muy interesantes y le avisó que dentro de un par de semanas se reuniría con ella en París para informarle de sus avances.

Christine ejercitaba su cuerpo junto con Andrew, quería saber defensa personal, ser físicamente lo más fuerte que se pudiera, por lo que ambos tomaban clases con un excelente espadachín que era servidor fiel a la corona francesa. El hombre había aceptado entrenarlos, claro, a cambio de unas cuantas monedas.

Las clases eran extenuantes, y el entrenamiento, extremo, pero a ella no le importaba, solo deseaba hacerse lo más insensible al dolor. Nada ni nadie la detendría para vengarse de quién o quiénes le destruyeron la vida.

Una noche, acompañada de Andrew, entró al burdel de mayor prestigio en París. Autoritaria, pidió hablar con la dueña. Minutos después, una mujer algo mayor, pero vestida con elegancia salió a su encuentro y, con refinada educación, le preguntó:

—¿Puedo saber qué hace una mujer como usted aquí? No creo que esté buscando trabajo, ¿o sí? —Al final, habló con sarcasmo.

—No, tiene toda la razón, no estoy aquí para pedir trabajo. —Mostró una sonrisa de autosuficiencia—. Vengo a ofrecerle un negocio que no creo que pueda ni quiera rechazar. —Su voz fue de lo más convincente.

En el tiempo transcurrido desde que salió de su capullo (la clínica psiquiátrica) había desarrollado una seguridad en sí misma y sus alcances, que se sentía capaz de enfrentarse a cualquier hombre, o a lo que fuera.

—Muy bien, la escucho —dijo la mujer, intrigada.

—Preferiría, si no le molesta, hablar en un sitio más privado —solicitó con una sonrisa falsa.

—Está bien, por aquí, por favor —señaló la mujer y una vez instalados en su despacho privado, preguntó—: Y bien, ¿cuál es ese negocio que no podré despreciar?

—Le daré esta cantidad de dinero —anotó en un papel— como pago para que sus pupilas me enseñen todos los trucos en las artes del amor y seducción que dominan. —Observó con regocijo como la mujer abría los ojos, sorprendida—. No soy una mujer perversa ni depravada —le aclaró—. Tengo motivos personales que me obligan a actuar de esta manera. Con el dinero que le estoy ofreciendo, pago por el derecho de mirar sin ser vista, a no ser cuestionada ni molestada. Escuche bien, nadie, absolutamente nadie, debe saber que estoy aquí, que alguna vez nos vimos o hablé con usted o con sus chicas.

—No entiendo...

—Es simple, *madame*, no me interesa tener intimidad con nadie, solo quiero aprender en teoría de las expertas y tomar lo que me sirva. Si alguna vez lo llevo a la práctica, créame que será lejos de su burdel, y no se preocupe, no pienso hacerle la competencia.

La *madame* la miró consternada, se preguntaba cómo una mujer tan joven, así como bella, y por lo que alcanzaba a apreciar de buena cuna, quería ser testigo de semejante espectáculo.

—Mira, niña, no sé qué es lo que pretendas, pero déjame advertirte que no todos los hombres que vienen aquí se portan como caballeros. No tienes idea de lo que las chicas soportan, no te imaginas las depravaciones y...

—Le dije que no quiero sermones ni preguntas —la interrumpió, exasperada.

La *madame* lo pensó, pero como Christine bien lo dijo, con la cantidad de dinero que le había ofrecido bien podía pagar el que no se hicieran preguntas. A fin de cuentas, ella solo cumplió con advertirle.

—Está bien, ¿cuándo quieres empezar? ¿El caballero también estará presente? —preguntó expectante.

—No, solo seré yo —respondió satisfecha.

En verdad, no le importaba lo que la *madame* dijera o pensara de ella, tenía muy claros sus objetivos. Necesitaba aprender de las versadas mujeres y ser testigo de las reacciones, deseos y depravaciones de los hombres, para así estar preparada. Nunca más la tomarían desprevenida y con la guardia baja.

En una ocasión, Philip le dijo que le hacía falta un poco de malicia y tenía razón, pues cayó en la trampa que le pusieron y ni siquiera supo cómo defenderse.

A partir de ese día, Christine fue testigo del amor más sublime, hasta las perversiones y depravaciones más viles. Se obligaba a mirar esa inmundicia para que su corazón se endureciera y blindara contra los hombres, y le estaba funcionando.

Después de un tiempo, ya casi nada la sorprendía e intimidaba, se estaba convirtiendo en un monstruo y lo sabía; lo peor del caso: ese era su objetivo.

Las cartas con su prima Clarissa cada vez eran menos frecuentes, se negaba a hacerla partícipe de sus planes de venganza. No quería involucrarla en toda esa inmundicia. Por eso le mentía diciéndole que estaba bien y que no tenía planes de regresar a Londres.

El encuentro con el Fantasma sería definitivo para tomar la decisión que venía postergando desde hacía poco más de un año.

## CAPITULO IX

—Y bien, ¿qué averiguó? ¿Qué es eso tan importante que descubrió? —preguntó Christine, impaciente, al *Fantasma*.

—Lo primero, es que usted tenía razón, señorita, en efecto alguien pagó a un hombre para que se metiera en su habitación, en específico, en su cama. También se encargaron, por medio de un anónimo, que el duque Pembroke los descubriera —soltó, satisfecho por su trabajo.

—¿Qué? ¿Pero cómo es que yo no me di cuenta de nada?

—Aquí es donde viene lo interesante. —Su voz denotó cierto grado de diversión—. El individuo entró en su habitación mientras usted dormía y la drogó, de esa manera nunca sabría lo que pasó.

—Eso es lo que siempre sospechamos Mary y yo.

—Por lo que sé, usted no despertó hasta el día siguiente, así que no tendría ni idea de lo que sucedió. ¿O me equívoco?

—No, claro que no. En efecto, yo no me di cuenta de nada. Ahora todo tiene sentido. —Se puso de pie y, mientras hablaba, se paseaba por la habitación—. Ese día, cuando desperté, tenía un olor muy desagradable penetrado en la nariz, y en la boca, un sabor amargo, me dolía el cuerpo... —Se volvió a mirarlo—. ¿Cómo llegó a esa conclusión? ¿Cómo supo lo que pasó? No quiero errores, no pretendo que paguen justos por pecadores.

—Simple, porque el hombre que la drogó está en mi poder y a la espera de lo que usted mande. Con la chaqueta y el zapato que el tipo olvidó en su casa, no fue difícil localizarlo.

—Me impresiona, hace honor a los rumores que corren sobre usted. —Sonrió, satisfecha.

—Soy un hombre de recursos que sabe dónde buscar y tiene los contactos indicados, así que no es fácil que una alimaña como esa pudiera escapar de mí.

—Perfecto, es más de lo que esperaba. Debo decirle, señor *Fantasma*, que me ha sorprendido para bien, y por eso agregaré un bono a lo que ya habíamos acordado.

—Usted sabe que no lo he hecho solo por el dinero. Aunque no lo crea, no soporto las injusticias, y lo que hicieron con usted no puede quedarse impune.

—Gracias. Aunque desconozco su historia y los motivos o circunstancias que lo llevaron a ser lo que ahora es, sé lo que es perderlo todo, incluso el alma. Créame, jamás me atrevería a juzgarlo.

—Lo sé —fue todo lo que dijo.

Christine optó por cambiar de tema para evitar ponerse sentimental.

—Ahora, lo que más me importa es saber quién fue, quién pagó a ese infeliz para que hiciera lo que hizo.

—Creí que le gustaría preguntárselo usted misma.

—Está bien, traiga esa alimaña a mi presencia —dijo, satisfecha. El día de su venganza estaba cada vez más cerca, podía sentirlo.

El pobre hombre estaba todo golpeado y aporreado; jamás se imaginó que su intervención en esa trampa llegaría tan lejos.

Christine hizo señas al *Fantasma* para que levantara el rostro del desdichado ese, quería verlo a la cara cuando lo interrogara.

—Dime, infeliz, ¿quién fue? ¿Quién te pagó para que me destozaras la vida? —preguntó con rabia.

—¿Qué? ¿Quién es usted? —El hombre la miró confundido.

—¿Tan pronto me olvidaste? —Le pasó un dedo de forma provocativa por la cara. —¿Qué, no se supone que eres mi amante? —inquirió sarcástica.

El hombre la miró asustado, por un momento no la recordaba, pero ahora sabía que ella era la mujer que había drogado y que por esa causa casi lo mata el tipo que los encontró.

—¡Mira bien, infeliz! ¡Mira este rostro! Porque te acordarás de mí toda tu maldita vida. No, no te asesinaré —le dijo al ver el semblante de espanto de este—. Al menos no todavía. —Le sonrió de una forma diabólica que el hombre sintió escalofríos—. La muerte no es castigo, al contrario, es una liberación, y alguien como tú no la merece aún. —Lo miró de frente con tanto odio que el individuo se encogió de forma instintiva—. Te haré sentir un poco del dolor que me causaste; conocerás en carne propia lo que es el dolor más grande, aquel cuya intención no es matar, sino torturar sin piedad ni tregua —sentenció.

—Por favor, tenga compasión de mí, yo jamás quise hacerle daño; necesitaba el dinero, pero le juro que no pretendí lastimarla... haré lo que me pida, pero, por favor, ¡tenga piedad!

—¿Que tenga piedad? ¿Cómo te atreves a pedirla, gusano infeliz? ¿Tienes idea de lo que tu mentira me ocasionó, maldito miserable? Supongo que no, pero ya que estamos en confianza, dime, malnacido ¿Qué hiciste esa noche en mi cuarto? ¿Qué pasó realmente? ¿Te atreviste a tocarme? —Se acercó a su rostro hasta sentir el agitado aliento sobre su piel, lo miró con todo el odio del cual era capaz y puso una expresión de absoluto desprecio. La duda la estaba matando, pero era mayor su deseo de torturar a esa alimaña.

—Contéstale. —El *Fantasma* le propinó tremendo golpe en el abdomen, con el cual el hombre quedó sofocado.

Después de recuperar el aire, el hombre estaba listo para hablar.

—Yo entré por el balcón y, sin hacer ruido, me metí en su habitación; usted dormía, y yo le tapé la boca y la nariz con un paño impregnado con cloroformo. Después, me quité la chaqueta y los zapatos, el plan era desvestirme y desvestirla a usted. Lo siguiente era meterme en su cama... —Hizo una pausa, pero continuó antes de recibir otro golpe—. El hombre llegó antes de tiempo y estaba hecho una furia, por un momento pensé que me iba a matar, dudó entre quedarse con usted o ir tras de mí, pero se decidió por seguirme; no tiene ni idea lo que me costó perderlo...

Para Christine, esa parte del misterio por fin estaba resuelta, por meses la torturó la idea de que su bebé pudiera ser producto de esa maldita noche, aunque siendo sincera consigo, en el fondo siempre supo que su hijo era producto del amor que vivió con Vincent.

—No, maldito desgraciado, tú eres el que no tiene ni idea de lo que a mí me costó tu cobardía; pues bien, ya que me encuentro de excelente humor, te lo voy a contar, y entonces veremos si te atreves a pedir clemencia. —Su bello rostro estaba transformado en una diabólica expresión, tan aterradora como cruel.

Se colocó frente a la ventana.

—Primero, mi prometido me abandonó y me humilló públicamente en la iglesia, me dejó destrozada emocional y socialmente para siempre; después, por el disgusto y la impresión de semejante espectáculo, mi padre sufrió un infarto fulminante y murió a mis pies en el que se suponía sería el día más feliz de mi vida. ¿Tienes idea de lo que es eso? ¿De lo que se siente? No, ¡claro que no! ¡Nadie puede comprender lo que es ver como tu padre se muere con una mirada de reproche y creyéndote una cualquiera! —Hizo una pausa para calmarse, pues sus heridas, a pesar del tiempo transcurrido, no habían dejado de sangrar. Se volvió para mirarlo de frente—. Pero eso no es todo, mi querido amigo. —Su sarcasmo era evidente—. A causa de la depresión perdí a mi bebé. ¡Sí, maldito miserable, como lo oyes! ¡Yo estaba embarazada! Y gracias a ti y a esa o esas personas que te pagaron, jamás podré ser madre. Ahora, dime, ¿es posible tener piedad o clemencia?

El hombre la miraba horrorizado. Mientras ella narraba su historia, una mirada de inmenso rencor brillaba en sus ojos azul metal y su bello rostro lucía una sonrisa perversa; entonces, comprendió que esa mujer llevaba el demonio dentro y que de nada le serviría suplicar.

—Ahora, dime, maldito bastardo, ¿quién fue? ¿A quién debo tanta desdicha? —preguntó mirándolo fríamente.

—Fue lady Margot Riquelme, ella me contactó; le juro que yo no sabía nada, esa mujer nada más me dijo que usted era una buscona que quería robarle a su prometido y que quería darle una lección, es verdad, créame, yo no tenía ni idea —suplicaba el hombre.

—¿Solo fue ella? —inquirió desconfiada.

—Ella me contactó y ordenó qué hacer, pero quién me pagó fue otra mujer —respondió el tipo, seguro de su respuesta.

—¿Quién es esa otra mujer?

—No lo sé bien, señorita, apenas la vi —alegó, asustado.

—*Fantasma*, encárguese de este imbécil, pero que no se les pase la mano, lo quiero vivo, y no lo pierdan de vista, estoy segura que llegará el día en que lo ocuparé para desenmascarar a esas víboras. Asegúrese que se cumpla mi voluntad —ordenó y salió de la habitación sin mirar atrás, no le importó los gritos de «piedad» del asustado hombre...

—Señorita, hay algo más que tiene que saber —dijo el *Fantasma* después de terminar su encargo—. Yo sospechaba que lady Margot Riquelme no planeó todo esto sola. Aunque no se hizo público en su momento, esa mujer estaba en quiebra, así que no podía pagarle al tipo este. Era evidente que alguien debió darle el dinero.

—¿En quiebra? Con razón tenía prisa por *cazar* a Vincent —comentó sarcástica—. Si esa mujer estaba en ruina como usted dice, es obvio que necesitaba a alguien más que la ayudara, pero ¿quién?

—Quizá lady Elizabeth Pembroke —sugirió el hombre, seguro de lo que decía—. Piénselo, señorita, por lo que pude averiguar, ella siempre ha sido amiga íntima de lady Margot, y para nadie es un secreto que usted nunca fue de su agrado. Aunque nuestro testigo afirma no haber visto su rostro porque llevaba capucha, estoy seguro que si lo presionamos, confesará lo que nosotros queremos que nos diga.

—Tiene razón. —Hizo una pausa—. Todo coincide, esa mujer jamás me quiso y era incondicional de la arpía de Margot, tenía el dinero suficiente para pagarle al tipo este; no me extraña que estuvieran de acuerdo. Por favor, encárguese de investigar bien, no quiero culpar inocentes, y si descubre que en efecto fue ella quien pagó por esa infamia, entonces asegúrese que este mal nacido declare en su momento que sí la reconoce.

—Le juro que no descansaré hasta cumplir su voluntad, señorita.

—Eso espero, *Fantasma*, porque si compruebo que ella tuvo que ver con toda esta intriga, juro que esa mujer deseará estar muerta.

—Entonces, nos veremos en cuanto tenga algo jugoso que contar —se despidió.

Antes de que el *Fantasma* se perdiera entre las sombras nocturnas, ella le preguntó:

—¿Qué hay de él? ¿Qué pasó con el Duque Pembroke? ¿Al menos logró esa arpía casarse con él?

—No, después de lo que pasó el día que ustedes se iban a casar, se volvió un hombre antisocial, bebe mucho y, al parecer, ha encontrado en el juego un desahogo. En cuanto a ella, sí se casó, pero lo hizo con el conde John Williams, que da la casualidad que enfermó después de su matrimonio y acaba de morir, pero entre los empleados corren rumores muy interesantes al respecto...

Andrew, que hasta ese momento había permanecido en silencio, lo cuestionó, rojo de rabia a la sola mención de ese nombre.

—¿Conde John Williams ha dicho?

—Sí.

—¿Por qué te interesa ese hombre? —indagó Christine, intrigada.

—Ese hombre era mi tío, ¿recuerdas? —explicó Andrew después de una pausa—. Continúe con lo que estaba diciendo, *Fantasma*, me interesa saber qué es lo que dicen los empleados sobre la muerte de ese hombre.

—Se cotillea que su linda esposa lo envenenó porque el viejo era un depravado que la obligaba a hacer cosas horribles, por lo cual ella se deshizo de él. Claro que el motivo principal era quedarse con su herencia.

—¡Maldición! ¡Jamás podré vengarme del viejo! —explotó, furioso, Andrew.

—Pues hasta donde sé, el viejo lo pasó muy mal, estuvo agonizando por meses y su muerte fue muy lenta y dolorosa —intervino el *Fantasma*, aunque sabía que eso no sería consuelo.

—Andrew, sé lo importante que era para ti lograr que ese perverso pagara por lo que te hizo; por desgracia, encontró su castigo en manos de esa arpía. —Se quedó pensativa un momento—. Tenemos que inclinar la balanza a nuestro favor. Si logramos probar que esa mujer lo mató, seguro que será castigada con todo el rigor de la ley, y tú recuperarás tu título y posesiones, lo que es tuyo por derecho. Dejando de lado lo que planeó en mi contra, no podemos dejar que se quede con una herencia que fue robada y que no le pertenece a nadie más que a ti. —Se acercó a él—. Sé que eso no compensa en nada los años que pasaste encerrado en ese horrible lugar.

—Siento tanta rabia, quería ser yo quien acabara con ese maldito, ver el sufrimiento reflejado en su rostro, hacerle sentir un poco del dolor que me causó. —Arrojó, furioso, la silla que tenía junto a él—. *Fantasma*, encárguese de investigar todo lo concerniente, necesito pruebas. Mientras tanto, yo contrataré los servicios del mejor abogado para que prepare todo para mi regreso. Christine tiene razón, quiero recuperar mi nombre y mi identidad, ser yo quien entregue esa mujer a las autoridades, dejarla en la calle y sin nadie a quien recurrir —expresó lleno de impotencia.

—En verdad lo siento amigo, quién nos iba a decir que tú y yo estaríamos a merced de la maldad de la misma mujer —comentó Christine, consternada.

Esa noche, Christine estuvo meditando sobre lo que el *Fantasma* le informó acerca del nuevo pasatiempo de Vincent. Después de mucho deliberar, ya tenía decidido por dónde atacar.

—Vincent Pembroke, prepárate, el día está cerca —sentenció en voz alta.

## CAPITULO X

Días después, Christine compró el viejo teatro de la calle St. Patrick en Londres y pronto inició labores de remodelación. Su ansiada venganza estaba cada vez más cerca.

Con la ayuda de Andrew y del *Fantasma*, montó un gran centro de apuestas, el cual manejaba un concepto jamás visto, era una mezcla de teatro con mesas de juego, pues mientras los hombres se aventuraban en la adrenalina del juego, un grupo de damas bailaban de manera elegante y sensual en un escenario montado al fondo.

Buen gusto, dinero y opulencia impregnado de gran misterio, eso era lo que se respiraba en ese ostentoso lugar. El sitio fue ganando popularidad entre los caballeros que gustaban de la vida nocturna y, sobre todo, del juego y las apuestas riesgosas. En poco tiempo era el preferido de todos.

Christine miraba con nostalgia, a través de la ventana, la nieve caer. Contempló sus cicatrices, el recuerdo perpetuo de su tragedia, y eso le hizo reafirmarse en su deseo de venganza. Habían transcurrido dos años desde que intentó acabar con su vida, en ese largo tiempo se había transformado, apenas reconocía en sí algo de la dulce jovencita que alguna vez fue.

No podía postergar más lo inevitable, era el momento de volver y castigar a los culpables. ¡Era tiempo de justicia y venganza!

Christine quería pasar lo más desapercibida posible, por eso aprovecharon *la hora muerta* para hacer su entrada en la ciudad de Londres. Se denominaba así al periodo de tiempo en el cual los bailes aristócratas ya habían llegado a su fin y los empleados todavía no comenzaban actividades. Podría catalogarse de peligrosa, pues, en ese lapso, la ciudad estaba prácticamente desierta. Por lo que era el momento preciso para que una caravana de tres carruajes pasara inadvertida.

Su destino era el viejo teatro, en el cual ella había ordenado que el camerino principal se acondicionara como un pequeño departamento, allí viviría con Mary y Andrew hasta que llegara el momento en que Lady Christine Dickens regresara de manera oficial.

Como siempre, se negaba a dormir, pues cuando la hacía, la pesadilla que a diario la atormentaba nunca fallaba: la mujer oscura y siniestra vestida con tela a rayas como presidiario, con las muñecas sangrando y el corazón en la mano...

Ahora sabía lo que ese sueño significaba; era ella misma, prisionera de su trágico destino, con el corazón arrancado por la traición, escurriendo junto con su sangre el odio y el dolor como promesa viviente de que el pasado siempre estaría presente, al igual que sus cicatrices. El murmullo de la gente, los insultos de Vincent, el cadáver de su padre, las palabras hirientes de su madre y de Philip, así como el llanto del bebé, eran el complemento de ese sueño perverso que gozaba con el sufrimiento que provocaba. Se había convertido en parte de sí misma, y de esa tenebrosidad nació «lady Artemisa Blackheart».

Se mandó a hacer unos brazaletes; un par, negros, con un diseño elegante de pequeños diamantes; el otro, en oro con zafiros, no habría otras piezas iguales a esas.

Los utilizaría para tapar las cicatrices de sus muñecas, los negros los portaría lady Artemisa, y los dorados los luciría lady Christine a su debido tiempo.

Andrew contrató a un excelente director de teatro, le presentó a Christine como lady Artemisa Blackheart y se refirió a sí mismo como el hermano de ella. El tipo quedó fascinado con la joven diva y no dudó en darle su apoyo. Un par de semanas después, el elenco teatral ya estaba completo.

Christine estuvo presente en las audiciones y dio su visto bueno a todo el reparto de actores. El escritor contratado era famoso por sus obras, estas eran innovadoras y muy divertidas, manejaban la mezcla perfecta entre drama, comedia y misterio, que era la cualidad que ella más quería resaltar.

Desde su llegada a Londres, Christine no se dejó ver por nadie; para todos, ella era lady Artemisa Blackheart, *la dama de la noche*. Siempre llevaba un antifaz y su inseparable peluca negra, con el fin de no ser reconocida y dar al público un aire de misterio. Estaba convencida de que eso sería irresistible para la sociedad y la beneficiaría para sus propósitos.

Los ensayos eran extenuantes, pero en un par de semanas más ya tendrían la obra montada; había compaginado de maravilla con los actores y el ambiente en el teatro era fraternal y muy profesional.

Miró complacida el repertorio de vestidos listos para el debut, tocó las telas y comparó texturas; después, posó su atención en la reluciente peluca negra.

«Todo está listo para el gran estreno», se dijo mientras se negaba a dormir, pero, como siempre, el cansancio de varias noches de insomnio la venció.

Christine no trataba a Mary como una doncella, la joven se había ganado su respeto y sincero afecto. Para ella era como la hermana que nunca tuvo, por eso quería lo mejor para esa mujer de alma noble que nunca la había dejado sola, así que le pidió que fuera su dama de compañía y le aseguró que mientras viviera, jamás le faltaría nada.

Estaba tan concentrada y absorbida en su venganza, que no se percataba de las miradas que se dedicaban Andrew y Mary.

Mary no podía evitar amarlo, a pesar de que en varias ocasiones Andrew le aseguró que él no era hombre para ella y le decía que se merecía alguien mejor que a un hombre marcado por su pasado, la joven se conformaba con quererlo en silencio.

En alguna de esas ocasiones, ella le había respondido: «Pero yo te quiero a ti».

Andrew no cedía, siempre tenía la misma respuesta: «Eres un ángel y mereces alguien mejor que yo...».

El gran día de la inauguración del teatro llegó y fue magistral; el estreno de la obra ¿Quién se robó el gato? fue todo un éxito, la gente quedó maravillada de la perfecta mezcla entre humor, drama y misterio.

Christine interpretaba el personaje principal, en el cual nunca se quitaba el antifaz. Al finalizar la puesta en escena, el narrador la presentó como la gran lady Artemisa Blackheart, *la dama de la noche*.

Vincent Pembroke había asistido a la presentación inaugural. En un principio, se negó a ir, lo que menos le apetecía era hacer vida social, pero Elizabeth le había insistido tanto que terminó por aceptar.

Ahora no se arrepentía de haberse dejado convencer por su prima, gracias a eso pudo contemplar a la misteriosa mujer del antifaz. En cuanto la vio aparecer en el escenario, su corazón brincó de emoción; recordó con amargura que eso solo le había pasado con Christine.

—¡Maldita sea! —expresó en voz alta, irritado; a pesar del tiempo, del engaño y del dolor causado, seguía pensando en ella.

Se reprendió a sí mismo por ello y se obligó a pensar en lady Artemisa Blackheart. «¿Quién será esa misteriosa mujer?, y lo más importante, ¿por qué lo inquietaba tanto?», se preguntaba contrariado. Reconoció que esa enigmática fémina lo intrigaba como no lo había hecho ninguna después de Christine.

«¡Maldita, Christine!», pensó molesto, aun con todos sus esfuerzos, esa mala mujer se negaba a salir de su mente y de su corazón.

Al día siguiente del estreno, el camerino de lady Artemisa estaba repleto de flores; no había superficie sin cubrir por estos singulares presentes.

Sin poder evitarlo, Christine recordó una situación similar años atrás, justo después de su presentación en sociedad y, al igual que en esa ocasión, un solo arreglo llamó su atención.

Era una hermosa combinación de rosas rojas y una exótica cala negra. Miró la tarjeta, y su corazón dio un vuelco. Tal y como sospechaba, éstas provenían del mismo hombre: Vincent Pembroke.

Pidió a la doncella que se deshiciera de todo.

—No quiero nada aquí, haz con ellas lo que te dé la gana, pero no quiero verlas cuando regrese —ordenó, molesta.

—Señorita, esto me recuerda una situación similar varios años atrás cuando... —comenzó Mary, divertida, pero Christine la interrumpió:

—Ya sé a qué te refieres y preferiría que te abstengas de cualquier comentario. Hoy no, por favor —suplicó mientras se masajeaba las sienes.

Andrew la miraba divertido.

—¿Tan temprano y ya de malas? Cualquier mujer en tu lugar estaría más que alagada y feliz.

—Olvidas que no soy *cualquier mujer* —respondió con ironía.

—¿Puedo saber a qué se debe tu mal genio?—preguntó Andrew sonriente mientras se dejaba caer en el sillón.

—Pues, a diferencia de mí, tú te ves de excelente humor —le recriminó ella.

—Digamos que tengo buenas noticias. —Sonrió de esa forma tan provocativa, mirando a Mary; después, se dirigió a Christine—. El centro de apuestas va de maravilla, y tu plan, viento en popa; el duque ya me ha firmado varios documentos. —Se puso de pie y caminó hacia ella—. ¿Ahora sí me dirás a qué se debe tu enojo? —cuestionó, divertido.

—Juzga por ti mismo. —Le extendió la tarjeta, y él la tomó para leerla.

*Ni las flores más bellas podrán opacar su talento y belleza; ha cautivado mi corazón.  
A sus pies, duque Vincent Pembroke.*

—¿Cuál es tu molestia? ¿Acaso no era eso lo que querías? —inquirió Andrew sin entender.

—Tienes razón, no debería molestarme su desfachatez, al contrario, eso es lo que necesito. —Sacudió la cabeza para deshacerse de los pensamientos negativos—. ¿Cuánto perdió anoche? Quiero que apueste hasta la camisa; tú mejor que nadie sabes que lo quiero en la ruina total —dijo, resentida.

—La verdad es que es más listo de lo que pensé, y aunque las chicas han seguido mis instrucciones al pie de la letra, él no cae del todo, no se deja embaucar tan fácil; las últimas veces ha sido más precavido —explicó Andrew, pensativo—. ¿Y si lady Artemisa lo convenciera? —sugirió, levantando una ceja.

—¿Qué? ¿Pero cómo? ¿Cómo podríamos hacerlo? Se supone que en ese lugar las únicas mujeres que hay no son de muy buena reputación, y al entrar yo ahí me tomarían como una de ellas.

—No si hacemos las cosas de manera correcta. Se me ocurre una idea que podría funcionar —expresó, mirándola intensamente. Tanto Mary como Christine conocían esa mirada y sabían que algo tramaba.

—El centro de apuestas cuenta con un escenario, ¿recuerdas? Allí bailan las chicas y después de su actuación, se retiran; no son parte del grupo de *damas de compañía para caballeros*, por lo que se me ocurre que lady Artemisa se presente cantando. —Al ver la duda reflejada en el rostro de Christine, continuó—: Tranquila, te pondré vigilancia especial,

aclararemos a todos los caballeros que *la dama de la noche* solo va a cantar, haré marcado énfasis en que tan distinguida celebridad no es una fulana, sino una artista y, lo más importante, *la gran diva no recibe visitas*. Esto creará una aura de misterio en torno a ti, al tiempo que nadie podrá cuestionar tu moral.

—No lo sé, la sociedad es muy estricta y aún no está preparada para entender el trabajo de un artista —protestó Christine.

—Pues haremos que lo entiendan, y si no, peor para ellos. —Ella seguía dudosa—. ¡Por favor, Christine! ¿Olvidas quiénes somos? —comentó exasperado—. Para esa gente no somos nada; tú estás socialmente hundida, y yo ni siquiera existo, así que piénsalo, ¿qué podríamos perder?

—Como siempre, tienes razón. ¿Qué haría sin ti, Andrew? Seguro que estaría perdida y sin rumbo. —Lo miró con cariño.

—Te equivocas, Christine, soy yo el que estaría perdido sin ti; ¿se te olvida que de no ser por tu intervención, todavía estaría encerrado en ese horrible lugar? —De pronto, se puso serio; todavía lo afectaba recordar su tragedia, quizá nunca sería un hombre normal. El pasado era una enorme carga difícil de llevar.

Ni siquiera tenía un nombre y un apellido que ofrecer, menos aún su corazón, el cual estaba resquebrajado por el dolor y endurecido por el rencor, por eso mismo no podía aspirar a lo que Mary le ofrecía: un amor sincero, la dicha de una familia llena de hermosos infantes regordetes de sonrosadas mejillas. ¿Cómo podría pensar en esa posibilidad? ¡No!, él era un individuo trastornado, marcado por los tristes acontecimientos de su pasado, y mientras su alma no consiguiera la ansiada liberación, jamás será un hombre pleno capaz de brindar dicha.

—Te he dicho que no me debes nada, tu cariño y apoyo son mi fuerza; ustedes son las únicas personas en las cuales confío —comentó Christine, sacándolo de sus pensamientos, extendió sus brazos, uno a Andrew, otro a Mary, y los tres se fundieron en un abrazo...

Tal y como Andrew sugirió, lady Artemisa Balckheart cantaba algunas noches a lo largo de la semana para los caballeros del centro de apuestas. Los fines de semana eran exclusivos para su actuación en el teatro. Con su voz dulce y sensual, que era como un hechizo, había cautivado a los hombres, pero quien más lo sentía era Vincent Pembroke.

El duque no pudo evitar el impulso de acercarse a esa mujer que lo tenía trastornado; no podía sacarla de su cabeza y había decidido averiguar por qué.

Un par de hombres le impidieron el paso al área de camerinos, le soltaron un solemne discurso sobre que lady Artemisa no recibía a nadie, sin excepción alguna.

Lo intentó varias ocasiones más, el resultado era el mismo; para él o cualquiera que lo intentara, la respuesta siempre era la misma: «lady Artemisa Blackheart no recibe visitas».

Vincent se prometió que esa sería la última vez que probaría acercarse a ella, estaba algo tomado y la tentación de armar un gran escándalo haciendo alusión a su título nobiliario era muy grande. Se debatía entre ceder a su loco impulso o retirarse cuando un hombre rubio y alto se dirigió a él y le preguntó:

—¿Por qué tanta insistencia con lady Artemisa, duque Pembroke?

—¿Quién es usted? —preguntó Vincent intrigado.

—El hermano de lady Artemisa. —Hizo una inclinación de cortesía demasiado teatral para parecer verdadera—. Ahora que conoce la relación que nos une, espero que comprenda mi interés por saber qué pretende con ella. No sé qué piense usted, pero déjeme aclararle que mi hermana no es como *las damas de compañía* que trabajan aquí. Ella es una artista; una auténtica dama —contestó sin amedrentarse, por fin tenía frente a él al causante de gran parte del sufrimiento de Christine y no se lo pondría fácil. Aunque en cierto modo lo compadecía, el

pobre hombre, sin saberlo, también había sido víctima de las intrigas de su propia prima y de lady Margot.

A su forma de ver las cosas, Andrew creía que el gran error del duque fue no dar a Christine lugar a réplica, aunado a la humillación a la cual la sometió al exponerla en público, haciéndose con ello merecedor a la ira y venganza de su amiga, pero él no era quién para juzgar; solo se limitaría a protegerla de todo, de todos.

—Yo solo quiero conocerla, créame, jamás le daría otro trato que no fuese el de una dama —respondió Vincent ofendido.

—Tenga en cuenta que ella no acostumbra recibir a nadie, pero haré una excepción por tratarse de usted, duque Pembroke. Permítame preguntarle si desea verlo —expuso con una sonrisa falsa.

Vincent permaneció expectante, algo en ese hombre no le convencía del todo. Era un sentimiento extraño, como si algo dentro de sí le advirtiera que no debía fiarse de ese rubio individuo que decía ser hermano de la mujer con la cual tenía fantasías desde hacía varias noches. Por más que lo intentaba no podía dejar de pensar en *la dama de la noche*, hasta en sueños estaba presente, atormentándolo y deleitando su oído con esa sensual voz que lo envolvía en un hechizo mágico. El grácil cuerpo femenino lo invitaba a la perdición absoluta, a probar de la manzana... La fantasía era tan real que podía sentir las suaves manos con el toque de afrodita recorrer su piel... Pero al retirar el antifaz, la mujer detrás de este siempre era C...

—Pase, duque Pembroke, mi hermana está dispuesta a recibirlo —señaló el rubio, sacándolo de sus pensamientos—. Ante todo, es un honor su visita. No todos los días se tiene el privilegio de conocer a tan distinguido miembro de nuestra sociedad —alegó el tipo con exagerado énfasis, que Vincent no supo cómo interpretarlo, no sabía si atribuirlo a los nervios por hablarle a un duque, a lo cual él estaba acostumbrado, o si era una burla disfrazada de cortesía.

Andrew caminó sabiendo que Vincent lo seguía desconcertado con su actitud, llamó a la puerta del camerino principal.

—Adelante —respondió al llamado una sensual voz femenina.

Vincent sintió un escalofrío recorrer su cuerpo en cuanto la tuvo de frente. «¿Qué le pasaba con esa mujer? Su cuerpo reaccionaba ante ella igual que...». Sacudió la cabeza para disipar el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

## CAPITULO XI

Christine, en cuanto Andrew le anunció que esa era la noche indicada para recibir al duque, no podía controlar la oleada de emociones que la embargó. Se escudó con el vestuario de su obra teatral, esa delicada armadura separaba a Christine de Artemisa, brindándole la seguridad y ventaja que otorgaba el anonimato tras un antifaz.

Impaciente aguardaba en el camerino, que no se percató que no llevaba la careta con la cual se escondía de todos aquellos ojos que una vez la acusaron, hasta que Mary le hizo una seña antes de perderse en el pasillo que llevaba a su habitación. Por ningún motivo podía permitir que Vincent la viera, él reconocería en esa joven a la doncella de lady Christine. No podía arriesgarse a que el duque atara cabos, por lo que de inmediato cubrió su rostro y revisó su aspecto en general ante el espejo de cuerpo entero.

Sus vestidos eran un poco más escotados de lo permitido, lo hacía a propósito, pero cuidaba mucho que reinara en ellos la elegancia y refinación exclusivas para una reina. Un atuendo único y original, así como ella.

En cuanto la puerta se abrió y lo tuvo de frente, su corazón dio un vuelco, y un escalofrío la recorrió entera. Se había mentalizado para ese encuentro un millón de veces, pero jamás contó con que su cuerpo la traicionaría al reaccionar a él como antes, como si el tiempo no hubiese pasado, como si los macabros acontecimientos que ahora los separaban no hubiesen existido jamás.

Era como si su cuerpo tuviese memoria propia y se regodeara al recordar las caricias, los besos y el placer divino que ese hombre era capaz de brindarle. Se estremeció ante la evocación a aquella pasión compartida tanto tiempo atrás. Molesta, se reprendió a sí misma por reaccionar de esa manera y se obligó a tener presente que ya no era la chica ingenua, esa mujer murió en la bañera de la mansión Dickens; ahora, era lady Artemisa, y ese hombre era el enemigo, eso era lo único que debía contar.

Vincent, por su parte, estaba encantado de tener cerca de él a esa mujer que lo encendía de deseo con su sola presencia. El halo de misterio que la rodeaba le resultaba fascinante. En ese momento, la imagen de otra mujer, una de cabello claro y ojos azul metal se coló en su mente...

«¡Maldición!», pensó irritado, una vez más *la innombrable* estaba en medio de sus pensamientos atormentándolo con su recuerdo. «¿Por qué? ¿Por qué no podía olvidarla?».

Desde que lady Artemisa apareció en escena, el recuerdo de esa mala mujer se había intensificado en su memoria, haciéndose cada vez más presente.

—Duque Pembroke, un placer recibirlo. ¿Gusta algo de beber? —preguntó Christine con voz suave.

—El placer es mío, señorita Blackheart —saludó cortés, tomó la mano femenina y depositó un beso muy sugerente en ella. No podía controlarse, esa mujer lo atraía como un imán al metal.

Christine sirvió un vaso de un excelente whisky y lo extendió para que él lo tomara, para ella sirvió una copa con un exquisito champagne.

—¿Por qué desea brindar, duque? —preguntó provocativa, era tiempo de poner en práctica todo lo aprendido en el burdel; la verdadera prueba estaba por comenzar.

Christine tomó de cada una de las mujeres de ese peculiar lugar lo que creyó, podía servirle para sus propósitos. De todos los estilos y técnicas formó su propia arte de seducción.

El coqueteo empleado por ella no era descarado ni vulgar, había aprendido que el lenguaje corporal, manejado con cierto grado de *casualidad*, era más efectivo y mortal en el arte de seducir.

La *madame* resultó todo un descubrimiento, esa mujer, que al igual que ella tenía un pasado tormentoso, guardaba en su interior los secretos más letales en el arte de manipular y someter al género masculino sin que los pobres incautos pudieran percibirlo.

Christine se había transformado en una irresistible criatura que combinaba sensualidad, elegancia y refinamiento que nadie más tenía ni tendría nunca.

Había podido poner en práctica algunas técnicas aprendidas, pero jamás se permitió llegar a más, jugaba con los caballeros, los cuales quedaban desconcertados y confundidos respecto a ella y sus pretensiones.

—¿Por el placer de conocerla? —respondió él, encantado.

Estuvieron conversando de diversos temas, Vincent estaba fascinado con ella, jamás conoció una mujer así, era inteligente y no tenía la cabeza hueca como la mayoría de las damas de sociedad, sabía del manejo de negocios, de administración y era una mujer muy culta y preparada que gustaba de leer y aprender.

«Yo estaría más que encantado de enseñarte, aunque con un poco de suerte, quizá sería el aprendiz...», pensó.

Christine alternaba el espectáculo en el centro de apuestas con la obra de teatro. Las visitas del duque Pembroke a lady Artemisa se habían vuelto algo cotidiano, al grado que Vincent ya se encontraba sometido y a su disposición.

Sin sospecharlo, Vincent había caído en la trampa; lady Artemisa lo entretenía con buena conversación y lo alentaba a apostar cantidades riesgosas diciéndole: «Vamos, mi querido duque, siento que esta será su noche...»

—Creo que por hoy ha sido suficiente —expresó Vincent, cansado.

—¿Se va sin jugar, sin divertirse? Por favor, no lo haga. —su voz sonó contrariada—. No quiero ser la culpable de distraerlo de su afición —comentó, coqueta.

—Es usted la distracción más emocionante que he conocido —la aduló arrastrando las palabras por el efecto del alcohol ingerido.

—¡Es una pena! La noche aún es tan joven, promete demasiado... Aunque lo comprendo, creo que se ha pasado un poco con los tragos. ¿No es así? —Sonrió, divertida.

—Sí, creo que estoy un poco ebrio —contestó con esa sonrisa que solía poner en caos el estómago de Christine, quién, a pesar del tiempo y del daño recibido, volvió a sentir como su cuerpo despertaba a la pasión; resurgió en ella ese deseo calcinante, esta vez, con una fuerza devastadora, incontenible.

«¡Maldición! ¡Maldito sea el poder que sigues teniendo en mí, Vincent Pembroke!», pensó, molesta. Odiaba sentirse vulnerable ante el enemigo.

Vincent la miró con intensidad, como si adivinara sus pensamientos.

—¿Qué me has hecho? ¿Por qué no puedo sacarte de mi cabeza?

—¿En verdad piensa en mí? —preguntó, incrédula, conocía bien los alcances de Vincent, sabía de primera mano el poder de seducción que él poseía. Ese dominio la destruyó en el pasado y amenazaba con repetir su hazaña si no ponía un alto a su cuerpo traicionero que deseaba rendirse al poderío de ese magnífico ejemplar de Adán.

—No sé de qué embrujo te valiste que no dejo de pensar en ti, en nosotros. —Sin más, inclinó la cabeza y la besó. El fuego prendió, y el incendio fue devastador, arrasó voluntades, traspasó las barreras del tiempo y el espacio.

Vincent la besaba dejando salir el torrente de incandescente deseo que brotaba de lo más profundo de su ser. Sus manos recorrían, impacientes, el cuerpo femenino que se pegaba al

suyo, demandante, exigente de todo lo que él estaba dispuesto a darle. De pronto, la imagen de su tormentoso pasado personificado en Christine acudió a su mente. Contrariado, se apartó de Artemisa y se marchó de prisa, sin más.

Christine, aún aturdida, trataba de asimilar lo que acababa de suceder, ¿por qué había dejado de besarla? El deseo en él era tan evidente como el suyo, ¿entonces? ¿Por qué se marchó sin despedirse? ¿La habría descubierto? No, imposible, Vincent estaba convencido que Christine y Artemisa eran dos personas distintas que nada tenían que ver entre sí. La frustraba el no saber el motivo que desconcertó al hombre al grado de salir huyendo.

Una vez fuera del letargo, dio rienda suelta a su rabia. Estaba furiosa con Vincent por besarla, por hacerla sentir aquello que creía enterrado, como el deseo que la carcomía por dentro poniéndola al borde de una combustión espontánea. Pero, sobre todo, estaba molesta con ella misma, porque a pesar sus esfuerzos, no era inmune a él.

A pesar del rencor, del dolor y todo aquello que los separaba, seguía deseando fundirse con ese hombre que le destrozó la vida. Ahora, más que nunca, sentía la necesidad de revivir la pasión que conoció en sus brazos; dejarse llevar por lo que ambos sentían...

Siendo honesta con ella misma, reconoció que lo que más la molestaba era el interés de Vincent por Artemisa. ¡Sí, ahora lo comprendía! Estaba celosa de ella misma, lo cual era de lo más absurdo, mas no podía evitar desear que él la amara a ella, a Christine, no a esa falsa mujer que se escondía bajo el antifaz. Sí, esa era la causa real de su enojo.

Estaba atormentada con su dilema absurdo de sus múltiples personalidades cuando una idea le rondó la mente. «¿Por qué limitarte?», le dijo su voz interna. Quizá ya era tiempo que lady Christine Dickens apareciera en escena...

El escándalo estaba servido para el desayuno; frente a la residencia Dickens aparcaban dos carruajes; uno, lleno de maletas, y del otro descendió lady Christine Dickens, que después de su exilio, regresaba a la ciudad que una vez la condenó.

Christine se paró un instante para contemplar la casa en la que fue inmensamente feliz y dónde también vivió el infierno más terrible y devastador que jamás pensó posible. Miles de recuerdos la asaltaron de golpe; vacilante, se detuvo en la entrada. Le tomó unos minutos encontrar el valor para entrar y enfrentarse a los esqueletos que aún conservaba en su armario.

Fue un maremoto emocional entrar en esa habitación que guardaba tantos secretos: alegrías, inocencia infantil, sueños, lágrimas, dolor, sufrimiento y muerte. Recordó a su bebé; quiso llorar, pero no pudo, era como si sus ojos se hubieran secado, como si su reserva de lágrimas se hubiera agotado mucho tiempo atrás. Pensó en su padre y en todos los motivos que tenía para odiar a Vincent. La noche anterior estuvo dándole vueltas al dilema de qué hacer con él. Simple, se daría el gusto de seducirlo, volverlo loco por ella... ¡Sí!, lo metería en su cama, lo haría perder la cordura, lo volvería un esclavo de su cuerpo y no pararía hasta convertirlo en un despojo humano sin voluntad. Jamás volvería a creer en él, así tuviera que arrancarse el corazón. No volvería a amarlo. Eso era una promesa.

Era el momento de poner en práctica la seducción aprendida y que no podría emplear con nadie más, pues muy a su pesar, reconoció que ella era mujer de un solo hombre; Vincent había sido el primero y sería el único, de eso estaba segura...

Christine dudaba en aceptar o no la ayuda del conde Kingston para ofrecer un baile, el cual no sería en su honor, pero sería el pretexto ideal para hacer público su regreso...

En cuanto entró en el salón de la mansión Kingston, las miradas se posaron en ella y los murmullos no se hicieron esperar. ¡El escándalo acababa de cruzar la puerta, enfundada en suave tela azul! ¡Lady Christine estaba de regreso, y su aparición fue espectacular!

Christine lucía un hermoso vestido en tonos azules, el cual era escandaloso, y ese era su propósito, provocar polémica, que la gente la viera. Era en corte palabra de honor y el corsé estaba bordado con pedrería y filigrana de plata. A pesar de lo atrevido del diseño, este era de muy buen gusto y, a decir verdad, lucía mucho en ella, nadie más lo podría portar así.

Con la madurez y experiencia adquirida, era, sin duda, la mujer más hermosa y llamativa del salón. El desvergonzado vestido, lejos de parecer descarado y vulgar, le sentaba de maravilla; este y Christine hacían una deliciosa combinación de belleza, porte y elegancia. Sus brazaletes y una fina gargantilla, en un exquisito trenzado en oro y zafiros, complementaban el atuendo. Para provocar más a la enardecida sociedad, llevaba el cabello un poco más suelto y natural de lo marcado por la moda y los buenos principios. Toda ella emanaba natural sensualidad. Era única, una criatura deliciosamente irresistible, magnética y misteriosa.

Se dirigió sin perder tiempo hacia donde se encontraban los anfitriones, caminó con la dignidad de una reina, con la frente en alto y sin mirar a nadie, arrancando a los caballeros miradas de verdadera admiración, y de envidia por parte las mujeres que la observaban asombradas de la forma como desafiaba a la sociedad que una vez le dio la espalda.

—Conde Kingston —saludó con una inclinación exquisita y elegante—. Ha sido muy amable en invitarme aun sabiendo que mi presencia causaría polémica.

Su socio y amigo la miró con afecto. El conde Kingston era uno de los mejores amigos de su difunto padre y cuando pasó toda esa tragedia, él fue el único que no la juzgó ni abandonó, al contrario, siempre le había reiterado que contaba con su apoyo.

Al morir su padre, el dinero y las propiedades pasaron a manos de su madre, excepto un fideicomiso que su progenitor le dejó y del cual podría disponer al cumplir la mayoría de edad o al contraer matrimonio.

Una vez que pudo acceder a este, el Conde Kingston la aceptó como socia en la naviera que recién comenzaba, la cual, ahora, era muy próspera y les otorgaba grandes dividendos.

—Tonterías, niña, sabes perfectamente que, para mí, eres más que una socia de negocios, eres la hija de mi mejor amigo y me conoces bien, no suelo prestar oídos a los chismes —reiteró, sincero.

—Aun así, gracias. Sé que su decisión no será bien vista por más de una persona, pero créame, el día en que la verdad salga a la luz está cerca, y todos aquellos que me juzgaron y condenaron tendrán que tragarse sus palabras —expresó segura.

El conde fue la única persona que le dio oportunidad de contar su versión de los hechos y no la condenó sin más, al contrario, la instruyó en el manejo de la naviera y le prestó su apoyo y respaldo para seguir al frente de los negocios de su padre, pues la madre de Christine no tenía el más mínimo interés de mezclarse en semejantes menesteres. Gracias a ese hombre, la fortuna Dickens seguía siendo considerable.

En una ocasión, el conde le planteó su plan para regresarla a la vida social, le juró que haría que a toda esa gente hipócrita no le quedase otra opción más que tolerarla. Si no por respeto, al menos por obligación.

La condesa Kingston se excusó y se marchó indignada por la mala jugada de su esposo al no decirle quien era *el invitado sorpresa*. Se dirigió, apenada, a un grupo de señoras que murmuraban escandalizadas.

—Les juro que yo no sabía nada —la condesa trató de justificarse ante sus amigas—. Mi esposo jamás me dijo que era precisamente ella nuestro *invitado sorpresa*, créanme que de haberlo sabido, habría hecho algo al respecto. Por desgracia, no puedo correrla.

—¿Por qué no? —quiso saber una de las mujeres.

—Porque para mi infortunio, esa mujer es la socia mayoritaria de la naviera, así como de gran parte de los negocios de mi marido. Esa desvergonzada tiene el poder de, si no mandarnos a la ruina, al menos sí lograr hacernos pasar penurias, y eso no puedo permitirlo.

—¡Dios! ¡Qué desgracia la tuya! —expresó otra de las damas.

—No solo mía, querida, la mayoría de sus maridos están en la misma situación que la de mi esposo; son socios comerciales o tienen que ver con los negocios de esa mujer. Les aseguro que si indagan un poco, comprobarán que tengo razón.

—¡Qué tragedia! —expresaron varias al unísono.

—Por lo pronto, no tenemos opción, tendremos que tolerarla y poner buena cara, aunque la realidad sea que estemos deseando echarla como lo que es, una fulana.

—¿Cómo se atreve a vestir así? ¡Mira la desfachatez con la que actúa! ¡Cómo si su vestido no fuera de lo más escandaloso! ¡Y qué decir de su peinado! —comentó la condesa Arlington, contrariada.

Christine, al percatarse del alboroto de las damas, se acercó a ellas y, con su sonrisa más cínica, les dijo:

—Debe ser terrible que mi dinero y poder las obliguen a soportarme. —Se dirigió a la condesa Kingston—. Pero no se preocupe, condesa, puede estar tranquila, tiene mi palabra. —Alzó la mano en juramento—. Me comportaré a la altura de las circunstancias. La verdad es que hoy no me apetece armar escándalos —comentó sarcástica.

Las damas se quedaron con la boca abierta ante su cinismo, y en cuanto se dio media vuelta y se marchó, supo que el tema de conversación seguiría en torno a ella.

Se paseó por el salón y saludó a varias personas más del brazo del conde Kingston, él no tenía el menor reparo en exhibirse con ella.

Vincent estaba de mal humor, había perdido una fortuna la noche anterior. «Si continúo así, pronto estaré en la calle», reconoció, preocupado.

Las últimas semanas había estado tan distraído con lady Artemisa, que no se había metido en sus libros para revisar las finanzas. No fue hasta esa tarde, en la cual su administrador le comentó alarmado sobre su despilfarro de los últimos tiempos, que comprendió la gravedad del asunto.

Para colmo de males, Elizabeth le rogó hasta hartarlo que la acompañara al baile de los condes Kingston.

—Elizabeth, tú sabes que no me gusta asistir a esos eventos —dijo por enésima vez, enfadado.

—Razón de más para que vayas, así nunca conseguirás una esposa —alegó Elizabeth para molestarlo.

—Esa es la razón principal por la que no asisto. Creí que ya te había quedado claro que no me interesa casarme.

—Vamos, primo, por favor. No quiero ir sola. —Le hizo un puchero como si fuera todavía una niña.

—No sé, déjame pensarlo —respondió indeciso y salió del despacho para evitar que la discusión continuara.

## CAPITULO XII

—Veo que sigues de mal humor, primo. Cambia esa cara, que así no te ves atractivo —comentó Elizabeth divertida al verlo con el ceño fruncido y refunfuñando como todo un viejo cascarrabias.

—No sé cómo me dejé convencer para venir —respondió Vincent, molesto.

En cuanto entró en el salón de la mansión Kingston sintió todas las miradas sobre él, los murmullos y cuchicheos estaban a su máximo y el ambiente se sentía tenso.

No comprendía por qué lo miraban así. La época en que todos hablaban de él y lo que pasó el día en que iba a casarse había quedado en el pasado; o al menos eso creía. ¿Entonces? ¿Por qué tenía la sensación de ser el protagonista de ese jugoso chismorro?

Se fijó en una mujer que después de mirarlo, susurró algo a su compañera de cotilleo, y en seguida ambas dirigieron su atención a otra dirección. Siguió el rastro y casi le da un infarto. Un escalofrío lo recorrió entero.

Fue un verdadero gancho al hígado encontrarse con la mirada de Christine fija en él. Ella lo observaba con descaro y una rara combinación entre desprecio y burla, pero, sobre todo, buen humor brillaba en sus ojos azul metal.

Se quedó estático, sus piernas se negaban a obedecer al impulso de correr, aun no decidía hacia cual dirección, aunque, siendo sensatos, lo ideal sería dirigirse hacia la salida.

Su tormento personal estaba más hermosa que nunca; la madurez adquirida le sentó de maravilla. Ya no parecía una chiquilla inocente y dulce, sino todo lo contrario, ahora era toda una mujer y, por lo que percibía, muy segura en sí misma.

La nueva Christine era tentación pura; la personificación terrenal de la diosa Afrodita, poseedora de la belleza y seducción más irresistible concedida para someter a los mortales indefensos a su encanto.

Las reacciones físicas, propias de un hombre excitado, se hicieron presentes. Su hombría le dio aprobación total a esa exquisita mujer. Tuvo que cruzarse de manos al frente para disimular el efecto que ejercía esa sublime criatura en él. Su cuerpo traicionero olvidó, pero su corazón y mente no.

De pronto, la sorpresa en él se transformó en rabia y no se preocupó por disimularlo.

Christine no apartó la vista ni se dejó amedrentar por la furiosa mirada masculina, al contrario, le sonrió sarcástica, retándolo a enfrentarse a ella, a resistirse a su encanto.

Elizabeth palideció en cuanto la vio. «¿Qué hacía Christine allí? ¿Cómo se atrevió a regresar después de lo que pasó?», pensó angustiada.

Vincent se apartó de Elizabeth y se dirigió furioso hacia Christine sin importarle dar pie a más habladurías. Su ira prendió más al percatarse que ella lo esperaba con una mueca de burla.

—¡Hola, Vincent! ¿Me extrañaste? —le preguntó con tal cinismo que Vincent sintió deseos de golpearle ese hermoso trasero como si se tratase de una niña mal portada.

—¿Cómo te atreves a regresar después de lo que hiciste? —la cuestionó furioso, pero sin alzar la voz. Ya tenían bastante con las suposiciones de los demás como para dar pie a un verdadero escándalo.

En efecto, en el salón, todos estaban expectantes respecto a ellos, y ambos lo sabían. Christine le hizo un gesto cortés, como correspondía hacer ante tan respetable caballero de rango elevado. Su inclinación fue deliberadamente lenta y sensual. Para coronar el saludo, puso en su rostro la sonrisa más espléndida de su repertorio.

Vincent sintió como su respiración pareció abandonarlo en contraste al latir desbocado de su corazón. Reconoció con amargura que solo Christine tenía ese efecto sobre él, aun por encima de lady Artemisa. Creyó que la diva lo había liberado de la maldición de los ojos azul metal, pero en ese instante comprobó que nunca sería así. Para su desgracia eterna, el grillete era indestructible.

—A mí también me da gusto verte —comentó sarcástica.

Se estaba burlando de él sin disimulo alguno. Lo recorrió de arriba abajo con una mirada muy sugerente y provocativa, como si estuviese evaluando la mercancía. Lo hizo como había visto a muchos hombres hacerlo con las chicas del burdel. Sabía que esa actitud lo dejaría perplejo y, para su regocijo personal, así fue.

Vincent quedó desconcertado, se sintió un objeto, una mercancía exhibida para ser comprada por el mejor postor.

«¿Quién era esa mujer?», se preguntó, «¿qué pasó con la dulce Christine? Quizá nunca existió y solo fui yo quien se empeñó en creer que era inocente», pensó.

¡Pero si lo era!, al menos al principio; él fue el primero, de eso estaba en absoluto seguro. Trató de comprender qué pudo haberle pasado a Christine para convertirla en lo que era ahora: una mujer fría, cínica y sin escrúpulos.

—Eres una... —comenzó él.

—Sabes, hoy no me apetece que me insultes en público. No te voy a permitir que me ofendas otra vez. —Su rostro cambió a una mueca de disgusto que duró tan solo unos segundos—. La ingenua y tonta Christine murió, ya no existe más, así que no me provoques, Vincent. —Lo miró con tanta frialdad y odio que Vincent se estremeció.

¿Por qué reaccionaba así? Con enfado, él era la víctima de todo esto, no ella. Lleno de rabia, la tomó por la muñeca y el brazaletes le lastimó la mano, pero ni así la soltó.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? ¡No eres rival para mí, Christine! —escupió las palabras.

Ella emitió un sutil gemido.

—Me gusta esta nueva faceta de nuestra relación —dijo provocativa; era la tentación personificada. Una sonrisa descarada se dibujó en sus labios—. Pero creo que debemos dejar el masoquismo para la intimidad. ¿No crees? —Su tono de voz estaba cargado de irresistible sensualidad—. Aunque parezca lo contrario, no me gusta dar espectáculos, así que o me llevas a esa pista de baile para disimular el agarre de furia con el que me tienes sujeta, o comienzo a gritar que me sueltes. Tú eliges —expuso con una majestuosa muestra de cinismo.

Vincent la fulminó con la mirada.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Perfecto, entonces, yo decidiré por ti. —Le tomó la otra mano y en voz alta dijo—: Será un placer bailar con usted, duque Pembroke. —Y sin que él lo esperara, lo arrastró a la pista donde otras parejas bailaban un atrevido vals.

—Que apropiado, nos ha tocado un escandaloso vals —comentó ella sin inmutarse, sabía que el bailar ese tipo de piezas se consideraba demasiado íntimo por la cercanía de los cuerpos.

—¿Osas desafiarme? —preguntó furioso, pero mostrando una sonrisa jovial como si charlaran de forma amena—. Ya te dije que no eres rival para mí, Christine —le advirtió, seguro.

—¿Ah, sí? —Mostró una sonrisa igual que la de su pareja de baile, cualquiera que los viera quedaría convencido que conversaban de forma amistosa—. ¿Alguna vez te has preguntado quién es el dueño del lugar en donde te gusta apostar?

Vincent se quedó helado. ¿Cómo sabía ella que...?

—Te preguntará cómo es que lo sé. La respuesta es simple: en mi poder tengo varios documentos firmados por ti, los cuales espero sean liquidados como acordaste con Andrew, mi administrador. —Lo desafió de manera abierta—. Dime, Vincent, ¿sigues pensando que no soy rival para ti? —Vincent permaneció en silencio, por lo que con una sonrisa de burla continuó con su retahíla—. Si yo quiero, ahora mismo anuncié a todos los presentes que estas en quiebra y que todo lo que tienes me pertenece. Veamos entonces cómo la gente en la que confías te da la espalda. Créeme, yo sé de eso —dijo sarcástica.

Vincent la miró con rencor.

—Me queda claro que por el momento me tienes en tus manos. ¿Qué quieres de mí, Christine? ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Vengarte por que te dejé en el altar? —La apretó contra sí con más fuerza—. ¡Era lo menos que te merecías por lo que hiciste! —La rabia contenida por años habló por él.

Por un momento, Christine pudo ver auténtico dolor en la mirada azul cielo. ¿Sería posible que a pesar de todo sintiera algo por ella? Si era así, peor para él.

—Me encanta cuando te pones rudo —lo provocó con voz sensual, misma que segundos después cambió a desenfado—. Pero te equivocas, no es por venganza, no seas tan arrogante, no todo gira en rededor tuyo. Si mal no recuerdo, yo no te busqué, fuiste tú el que llegó al centro de apuestas y pidió dinero prestado para jugar, nadie te obligó, así que no puedes alegar que es mi culpa tu imprudencia. —Lo miró de frente mientras seguían bailando.

Vincent no dijo nada más, no quería darle más armas a esa mujer para destruirlo. El saber que era ella su acreedor principal lo dejó bastante preocupado, tenía plena certeza que no tendría piedad con él

—Digamos que soy una persona de negocios, y tú te pusiste en charola de plata. —Se acercó más a él, de forma descarada—. Te recuerdo: no fui yo quien comenzó las provocaciones. ¿Acaso vas a negarme que fuiste tú quién empezó con todo esto de que no soy rival para ti? Solo quise hacerte ver lo equivocado que estás. —Lo miró de frente—. El que no es rival para mí ¡eres tú!

La pieza terminó, y Christine se alejó de él con una expresión de triunfo. Vincent se quedó por un momento más en medio del salón, asimilando todo lo dicho por su nuevo enemigo.

De todos los posibles acreedores, tuvo que caer precisamente con ella. Era un hecho innegable que Christine estaba disfrutando la situación de ventaja al máximo, y aunque quiso disimular, para él no pasó desapercibido que aún estaba resentida por lo pasado. «¡Dios! ¿Qué trama ahora esa mujer?», se preguntó.

Christine salió al jardín, el bailar el vals con Vincent la dejó agotada, fue un arma de doble filo. Estar en sus brazos, sentir el cálido aliento, su cuerpo junto al suyo... aumentó su temperatura elevándola a los cielos. ¡Dios, cuanto lo deseaba!

—Pronto, Christine, pronto —se dijo.

—¿Sigues escabulléndote a mitad de las fiestas?

No necesitó volverse para saber de quién era esa voz que le estremecía hasta la médula.

—Y, por lo visto, tú sigues espiándome cuando me escabullo al jardín —respondió sin girarse.

—Qué curioso que nos encontremos en la misma situación en la que te besé por primera vez, ¿no crees? —Su voz denotaba nostalgia.

—Sí, también es increíble cómo cambió todo entre nosotros desde entonces —señaló con frialdad. No quería recordar, no deseaba volver a sentir como en aquella ocasión.

—¿Por qué, Christine? ¿Por qué si yo te amaba? ¿Qué te hice para merecer tu traición? ¡Pudimos ser tan felices juntos! —reclamó, resentido.

—Es caprichoso el destino. Hace más de dos años habría dado hasta mi vida por escucharte preguntarme «¿por qué?». Rogué al cielo que me pidieras una explicación, pero ahora es tarde, ya no me interesa.

—Pero a mí sí me interesa, Christine. ¡Merezco una explicación!...

—¡Yo también merecía la oportunidad de defenderme, y me la negaste! —espetó furiosa; tomó aire para calmarse—. La vida no es justa y debemos hacernos a esa idea. —Sonrió sarcástica—. Si tan interesado estás en conocer la verdad, pregúntale a tu prima y a la respetable lady Margot Riquelme; perdón, me equivoqué. —Se tapó la boca fingiendo un gesto, como si estuviese apenada—. Se me olvida que es lady Margot Williams. Ellas dos saben mejor que nadie qué pasó —dicho eso, se alejó de prisa rumbo al salón.

—Regresa, Christine, aún no hemos terminado —gritó furioso.

Christine se detuvo ante los escalones de la entrada principal, se giró y le dijo:

—Tienes razón, aún no hemos discutido qué haremos con el asunto de los documentos que firmaste y que yo tengo en mi poder. —Sonrió provocativa—. Te espero en mi casa, mañana, a las cinco. —Se marchó, dejándolo perplejo.

Vincent reconoció que la nueva Christine era el mismo demonio, y para su desgracia, aún más que antes, la deseaba.

—¡Dios, dame paciencia! —pidió, elevando las manos al cielo.

En cuanto entró en el salón, Vincent no pudo evitar buscarla, la encontró hablando con un hombre y los celos lo invadieron. ¿Cómo era posible que a pesar de todo siguiera importándole? ¿Que aún sintiera algo por ella?, se cuestionó.

Christine se percató del momento justo en que Vincent regresó al salón. Sabía que él estaría al pendiente de ella, por lo que sin perder la oportunidad de fastidiarlo, aprovechó para mostrar a Andrew una sonrisa coqueta y charlar con su amigo mostrando familiaridad. «Muere de celos, Vincent», sentenció, satisfecha.

Vincent se percató que el hombre que estaba con Christine era el hermano de lady Artemisa. Se preguntó si ella lo estaría acompañando, pero una rápida inspección por el salón le confirmó que no. Aun así, decidió acercarse a ellos.

—Buenas noches, Andrew. Me preguntaba por su encantadora hermana, ¿está ella aquí? ¿Viene acompañándolo? —preguntó con intención y mirando a detalle a Christine, quería ponerla celosa, que sintiera al menos un poco de la rabia que él sentía al verla con otro.

—Qué curioso, eso mismo acabo de preguntar, y el caballero, amable como siempre, me estaba diciendo que lady Artemisa se sintió indispuesta; es una lástima. ¿No lo cree así, duque? Estoy segura que su presencia daría algo de vida a este aburrido evento. —Miró a Andrew, coqueta—. Andrew —lo llamó por su nombre de pila y lo tuteó, pues sabía que eso encendería a Vincent—, tú sabes que me encanta estar con ella, que pena que esa impredecible migraña nos prive esta noche de su compañía. Si estás de acuerdo, mañana pasaré a saludarla, espero que para entonces ya se encuentre mejor. —Miró a Vincent con mofa. La divertía lo absurdo de la situación, si él supiera que trataba de darle celos con ella misma se moriría de vergüenza—. Ya que pasaré a visitar a nuestra apreciada amiga, ¿quiere que le lleve algún mensaje de su parte, duque Pembroke?

Vincent comprobó con verdadera decepción que Christine no solo no estaba celosa, sino que le daba igual lo que él hiciera.

—Gracias, pero tengo que declinar su amable oferta, Christine, si quisiera decirle algo, lo haría personalmente, de eso puede estar segura.

En cuanto Elizabeth vio al hombre alto y rubio cruzar por la puerta, quedó prendada de él. Sin perder tiempo, le dijo a su inseparable amiga Margot:

—Mira a ese caballero, ¡Dios, qué guapo es! ¡Margot, estás mirando a mi futuro marido! —comentó altanera, como si eso fuera un hecho.

—Pues yo no estaría tan segura, amiga, ¿ya viste con quién se reunió? —preguntó, intrigante, Margot.

Elizabeth sintió la sangre hervir. «¡Christine! ¡Siempre Christine! ¡Maldita y mil veces maldita!», pensó. Entonces, se percató que su primo se dirigía a ellos y saludó al guapo caballero con familiaridad, era obvio que se conocían.

Mientras se acercaba al grupo donde estaba Vincent, Elizabeth recordó una situación similar años atrás con el marqués Lafountane. Pensó que era irónico que los dos únicos hombres que le habían llamado la atención estuvieran en compañía de la misma mujer cuando los conoció: Christine.

—Christine, no seas mal educada y preséntame con el caballero —le susurró al oído mientras mostraba una sonrisa coqueta al hombre rubio, el cual la miró con frialdad.

—Sabes, hoy no me da la gana ser educada y cortés —expresó Christine con frialdad, miró a Andrew y le dijo—: Anda, Andrew, vamos a bailar, que a eso hemos venido.

Andrew sonrió divertido, se despidió de Vincent y de Elizabeth; después, se dejó conducir por Christine a la pista de baile.

Vincent se quedó lleno de rabia, los celos lo carcomían a tal grado que le causaban dolor físico. No le pasó desapercibido el apego de Andrew, se notaba que el hombre disfrutaba siendo el perrito faldero de Christine y, por qué no, quizás algo más. El solo imaginarla en brazos de ese o cualquier otro hombre le encendió la sangre. Christine tendría que ser solo suya y de nadie más

—Te fijaste cómo me respondió, es una grosera, descortés y... ¡la odio! —expresó Elizabeth, furiosa, sacando a Vincent de sus pensamientos con semejante rabieta.

—Al igual que yo, prima, ya te diste cuenta que Christine no es la misma —respondió sin ocultar su decepción.

—Viste la cara de esa víbora cuando le respondí que no me apetecía. ¡Fue genial! —indicó Christine divertida mientras bailaba con Andrew.

—Sí, debo admitir que la dejaste enfurruñada y haciendo rabieta como una niña malcriada —respondió él, sonriente.

—¿Te fijaste cómo te miró? Es más que obvio que le gustaste, y cómo no si eres todo un galán —afirmó burlona mientras daba un grácil giro.

—Tal vez. —Él ignoró su comentario del *galán*—. De sobra sabes que no me interesa involucrarme con nadie. Primero tengo que recuperar mi nombre y lo que es mío. Debo confesar que aunque lady Elizabeth fuera la única mujer sobre la tierra, jamás pondría mis afectos en ella, es frívola y tiene el alma podrida. En nada se parece a... —guardó silencio, su secreto estuvo a punto de salir.

—No te calles, sabes que me puedes decir lo que sea, somos como hermanos ¿recuerdas? —Christine lo pensó un momento—. Estoy de acuerdo contigo, no vas a encontrar mejor mujer que Mary.

—¿Lo sabías? —preguntó apenado.

—En un principio no, pero un día me percaté de las miradas que se dedicaban y lo comprendí, ¿por qué no le dices lo que sientes? Estoy segura que ella siente lo mismo. —Giró al ritmo de la música.

—No puedo, Christine, ¿olvidas mi situación? No soy un hombre normal, estoy marcado por un pasado terrible, ni siquiera tengo un nombre que ofrecerle. —Meneó la cabeza—. No, ella merece un hombre completo, uno que la ame sin temores, que no tenga impedimentos para hacerla feliz —argumentó, decidido.

—Andrew, siento tanto todo lo que has pasado, y si alguien te entiende, soy yo. No sabes cómo quisiera poder entregarme al amor de Vincent sin miedos ni reservas, pero eso jamás será posible, el pasado me cambió para siempre. Aunque reniegue o haga lo que haga, mi vida jamás volverá a ser como antes.

—Sé que no debo quedarme atrapado en el pasado y que tengo que mirar hacia el futuro, pero mientras no consiga liberarme, no puedo aspirar al amor de alguien tan maravillosa como Mary —indicó, triste.

—Pon todo tu esfuerzo en superar la tempestad cuanto antes, Andrew, porque quiero sobrinos pronto. Por cierto, necesito que presiones al abogado para que confisquen los bienes cuanto antes; Vincent ya está al tanto de que soy yo su acreedor, no quiero que acuda a esa mujer en busca de ayuda. —Señaló a Margot con la mirada por si a su amigo le quedasen dudas sobre a quién se refería.

—¿Qué? ¿Por qué se lo dijiste? Aún no era tiempo —expresó sorprendido.

—Lo sé, pero él me provocó —se defendió.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No sé, pero se me ocurren un par de cosas... —Sonrió maliciosa.

—Conozco esa mirada, Christine. ¿Qué estas planeando?

—Que quizá podría obligarlo a casarse con una perdida como yo y, después, hacerle la vida miserable hasta que la muerte nos separe —comentó cínica.

—¿Estás segura, Christine? ¿En verdad eso es lo que quieres? ¿Ser miserable toda la vida? —preguntó preocupado.

—Yo no tengo remedio, Andrew, tú sí. Tienes a Mary, que es tu ángel salvador, yo no tengo a nadie —le respondió, triste.

—Sabes, tal vez no sea tan mala idea; quizá con el tiempo...

—¡No, Andrew! Eso no es posible; aún hay mucho rencor en mi alma, mucho dolor, y no sé si algún día seré capaz de perdonar y perdonarme.

—Te entiendo, Christine. —Hizo una pausa, pensativo, como buscando las palabras ideales para plantear sus ideas—. Ahora que he estado tratando a Vincent, estoy convencido que no es mala persona y que su único error fue amarte en demasía...

—¿Amarme en demasía? —preguntó, furiosa—. ¡Sí, claro! ¿Humillándome en público? ¿Negándome una oportunidad para defenderme? ¿No confiando en mí? ¿Eso te parece amarme en demasía?

—Tienes razón, Christine, pero también tienes que tener presente que su amor fue muy impulsivo y precipitado; apenas estaban en la etapa en que se establecen los lazos de confianza y respeto. Por lo que yo sé, desde un principio hubo malos entendidos entre ustedes. ¿Ya olvidaste lo de Philip?

—No, claro que no.

—Su relación era muy reciente y no tuvieron tiempo de fortalecerla, estaba muy frágil aún, y Margot lo sabía. Tanto ella como Elizabeth contaban con que una mentira así destrozaría la

confianza de Vincent en ti, y así fue. Estoy seguro que si esa mentira hubiera llegado tiempo después, quizá un año, el resultado hubiera sido otro.

—¿Qué tiene que ver el tiempo en esto? —preguntó sin entender.

—Christine, quizá se precipitaron y confiaron de más en sus afectos. Piénsalo un poco: se reencuentran en un baile y días después, están prometidos. Eso fue muy apresurado, les faltó tiempo para conocerse mejor.

—Es muy bonito lo que dices, Andrew, pero eso no cambia lo que pasó. Muchos matrimonios ni siquiera se conocen antes de la boda y, sin embargo, son exitosos —alegó convencida.

—Lo sé, Christine, pero ¿alguna vez te has puesto en el lugar de Vincent?

—Sé a qué quieres llegar y sí, quizá yo también no le creería, pero te puedo asegurar que al menos sí lo habría escuchado —expresó decidida a dar por zanjado el sermón—. Y si vas a ponerte sensible y regañón, prefiero al Andrew que me da por mi lado y me apoya siempre sin cuestionarme.

—Vamos, Christine, no seas infantil. Es por la amistad y afecto que hay entre nosotros por lo que te hablo así —expresó cariñoso.

—¿Ah, sí? Nunca antes te pusiste del lado enemigo —le reclamó.

—No estoy del lado enemigo; es solo que me preocupas y me gustaría verte feliz al lado del hombre que amas.

—Yo no lo amo, ¿de dónde sacas eso? —protestó enfadada.

—¿A quién tratas de engañar, Christine? Basta verlos juntos para saber que la naturaleza de sus afectos no ha cambiado en absoluto. Reconoce que son el uno para el otro. —Giraron, al estar de frente juntaron su mano derecha, un paso adelante, uno atrás, otro giro—. Es un milagro que, a pesar de todo, su amor haya sobrevivido y aún esté presente en ustedes.

—¡Claro que no! Ya te dije que no lo amo, y menos él a mí —refunfuñó, molesta.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver. Christine, aún estás a tiempo de corregir el rumbo. Estoy seguro que Vincent te ama...

—Yo no lo creo. —En ese momento se hizo cambio de pareja, al regresar con Andrew, la curiosidad la impulsó a preguntar—. ¿Por qué estás tan seguro al afirmar que él todavía me ama?

—No se necesita ser un genio para deducirlo, Christine, basta con verle la cara al duque para saber que se muere de celos. Podría apostar mi alma al diablo a que si pudiera, Vincent me asesinaría con sus propias manos sin dudarle ni un segundo.

—Siendo así, démosle verdaderos motivos para estarlo. Es tarde y estoy cansada, llévame a casa.

—¿Estás segura? Esto se malinterpretará, y la gente hablará —indicó, preocupado.

—¿Desde cuándo te importa lo que diga la gente? —Sonrió con mofa.

—Tú sabes que no es por mí —se defendió.

—Entonces, deja que sea yo quien se encargue de los chismes, recuerda que tengo experiencia en eso.

Vincent observó con rabia y frustración como Christine se iba con otro hombre...

## CAPITULO XIII

En cuanto llegaron a la mansión Dickens, Christine y Andrew aprovecharon para revisar unos asuntos pendientes de sus negocios en el despacho.

Al entrar en el que fue el lugar que más gustaba a su padre, Christine no pudo evitar recordar la manera tan cruel en que él fue apartado de la vida. Lo que más le dolía era la seguridad de que su amado papá nunca sabría la verdad, jamás podría demostrarle que solo fue víctima de la maldad.

—¿Estás bien? De pronto te quedaste muy callada —preguntó Andrew preocupado ante el cambio de humor de su amiga.

—Pensaba en mi padre. Este era su lugar favorito, solía pasar tardes enteras aquí, bebiendo whisky y fumando tabaco, traído de América, en la pipa que yo le obsequié para su cumpleaños.

—Debe ser difícil para ti estar en este sitio que guarda tantos recuerdos y sentimientos —dijo Andrew comprensivo y la abrazó con afecto—. Es muy tarde y, por lo visto, ninguno de los dos está en su mejor momento de disposición al trabajo, por tal motivo, será mejor que me vaya. Te veré mañana —comentó, cansado.

—No te vayas, quédate, sabes que esta también es tu casa.

—En verdad no te importa lo que se piense de ti, ¿verdad?

Christine no contestó, no hizo falta, su sonrisa lo dijo todo. Apagaron la chimenea, las luces y se dispusieron para ir a dormir. Conversaron de temas banales mientras se dirigían a la habitación de huéspedes en la cual se quedaría Andrew.

Christine, varios minutos después, entró en su habitación sin imaginar que era vigilada por un par de ojos color cielo en verano. Ignorante del hombre que la espiaba desde las sombras, dejó que la doncella le quitara el vestido, y se puso un provocativo camisón negro que compró en París para dormir.

La joven cepilló su hermosa cabellera; después, la trenzó. Le preguntó si deseaba algo más o si ya podía retirarse, a lo cual ella respondió con una negación y le hizo señas para que se marchara, se metió a la cama, leyó hasta que el sueño la venció y se quedó dormida.

Vincent entró por el balcón, se acercó a ella y la contempló en silencio. «¡Cuánto amaba a esa mujer!». Experimentó un gran alivio al comprobar que Andrew y Christine solo estuvieron trabajando y después cada uno se retiró a su respectiva habitación.

Cuando el rubio la había abrazado en el despacho, estuvo a punto de entrar por la ventana y apartarlo de ella a golpes. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no delatarse.

Los celos se estaban saliendo de su control. Reconoció que ese fue uno de los tantos motivos por los cuales decidió seguirlos, quería convencerse que ella seguía siendo una fulana que no merecía su amor y quizá así lograr arrancársela del corazón, pero ahora que la contemplaba dormir le pareció que eso era algo imposible.

Estar una vez más en esa habitación donde años atrás la descubriera con su amante, fue un shock emocional para él. Deseaba odiarla, no sentir todo aquello que resurgió con su regreso, pero para su desgracia seguía enamorado de ella como un estúpido colegial.

Sin poder contenerse, le acarició el rostro, le dio un dulce y fugaz beso en los labios; después, salió por la misma ruta que utilizó años atrás, el balcón.

Al día siguiente, Christine esperaba en el despacho la llegada de Vincent, dio instrucciones que lo hiciesen pasar en cuanto llegara, y el mayordomo así lo hizo.

Vincent, como siempre, llegó puntual, al parecer, la única ocasión en su vida en la cual había roto con aquel hábito fue cuando se iban a casar.

—¡Buenas tardes, Vincent! —saludó con frialdad—. Toma asiento, por favor —le ofreció sin mirarlo mientras hurgaba entre los papeles de su escritorio buscando los documentos de los préstamos.

—Aquí me tienes, así que dejémonos de hipocresías y dime qué es lo que quieres de mí. —La enfrentó sin más y permaneció de pie.

—Vaya, me sorprende tu determinación. —Hizo una pausa—. ¿Qué te hace pensar que quiero algo de ti aparte de lo que me debes? —Lo miró con desprecio.

—No respondiste a mi pregunta, Christine. ¿Qué quieres de mí? —insistió con rabia «¿Por qué mi cuerpo no entiende que es un enfrentamiento de enemigos y no un encuentro de íntimo placer?», se preguntó molesto.

Las reacciones físicas propias de un hombre excitado, nada más verla, se hicieron presentes. La deseaba, y la deseaba como un loco.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer para llegar a un acuerdo beneficioso para los dos? —preguntó provocativa, se puso de pie y se acercó a él.

—¿Qué pretendes en realidad, Christine? Habla claro —pidió, molesto, estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Quiero un arreglo que nos convenga a los dos, solo eso. —Sonrió de manera muy sugerente, se colocó a su lado, mirándolo con intensidad.

—¿Qué tipo de arreglo? —preguntó sin fiarse, su instinto le advertía ¡Peligro!

—Quizá podrías trabajar para mí —sugirió muy cerca de su oído, haciendo que la piel de Vincent se estremeciera ante el sensual murmullo.

—¿Qué clase de trabajo? —Nervioso, tragó saliva.

«¡Dios!», se dijo Christine mientras observaba como la manzana de Adán en la garganta masculina subía y bajaba al paso del néctar salino. Esa sensual imagen le recordó el semental que la portaba con orgullo exclusivo de macho.

Vincent se percató de la mirada lasciva de ella, y eso lo encendió aún más. Le estaba costando un universo contenerse y no tomarla en sus brazos, saciarse de ella hasta hacerla gritar de placer.

«Que patético eres, Vincent, ella se burla abiertamente de ti, y tú solo puedes pensar en hacerla tuya hasta quedar exhaustos.», se reprendió.

—Harás lo que yo quiera, el trabajo que me dé la gana —respondió burlona, esperaba que él se echara para atrás.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El qué te tardes en liquidar tu deuda —expuso tajante.

—¡Por Dios, Christine, no seas ridícula! Podría trabajar para ti toda la vida y, aun así, no conseguiría pagarte —explotó.

—Está bien, qué te parece... —Hizo un gesto como si se estuviera debatiendo en un gran dilema—. Un año —sentenció.

—¿Un año? —preguntó incrédulo—. ¿Haciendo qué?

—Ya te dije, mi voluntad —remarcó el tono cínico en su voz.

—¡Estás demente si piensas que haré algo así! —escupió las palabras indignado, se irguió frente a ella como para reafirmarse quien era él. Se recordó que era un duque y como tal

merecía ser tratado, entonces, la miró a los ojos—. Tengo algo que a ti te hace mucha falta, Christine: dignidad. Encontraré la forma de pagarte sin humillarme.

—Aceptarás lo que yo te ofrezco si no quieres quedar en la vil ruina, y en cuanto a lo segundo, inténtalo, yo me encargaré de cerrarte todas las puertas. Sabes que tengo el dinero y poder para cumplir mi amenaza.

—¿Cómo puedes ser tan despreciable? ¿Qué pasó con la dulce Christine? —La miró con lástima.

—¡Ustedes la mataron! —espetó furiosa, su rostro siempre bello se transformó en una mueca diabólica. Vincent jamás la había visto así—. ¡Mírame bien, Vincent!, ¡Esto es lo que hicieron de mí! Lo que ves ahora es su creación, no sé cuál es tu asombro.

—¿Ustedes? ¿Creación? ¿De qué demonios estás hablando? —preguntó mientras la sacudía por los hombros. Su paciencia había llegado al límite, Christine tenía la cualidad de sacar lo peor de él.

—Ya te lo dije una vez, pero, al parecer, el no escucharme es algo normal en ti —argumentó con una sonrisa en el rostro, para este momento escogió de su repertorio la perversa, si esa era más acorde a lo que pretendía, sacarlo de quicio, para lo cual estaba segura que no le faltaba mucho.

—Estás enferma, ¿sabías? —indicó al tiempo que se señalaba la cabeza.

—¡Por supuesto que lo sé! Yo nunca he negado mi locura, creí que ya te había quedado claro —se burló.

—¡Ya basta, Christine! ¡Deja de jugar conmigo! —explotó.

Christine estaba excitada como nunca, la adrenalina recorría su cuerpo. No podía evitar notar la presencia del hombre viril y atractivo que era el único capaz de hacerla perder la cabeza. Caminó alrededor de él mirándolo con descaro, no se ocupó en esconder su deseo y estado de excitación.

—¿Por qué quieres acabar con la diversión? Esto apenas comienza, cariño.

—No soy tu cariño. Será mejor que me vaya —expresó, molesto.

Christine lo abrazó por la espalda y se pegó a él mientras con las manos recorría el amplio pecho bajo la camisa.

—¿Tan rápido te marchas, cariño? Creí que sí te interesaba llegar a un acuerdo. No querrás que los eche a la calle, ¿o sí? Piénsalo, si la sociedad que tanto te venera se entera que estas arruinado, ¿quién querrá casarse con la pobre Elizabeth si ya no cuenta más con el respaldo de una fortuna ducal?

—¿Me estas chantajeando? —exasperado, se soltó del abrazo y se apartó un paso. El tacto de afrodita que poseía Christine estaba volviéndolo loco.

¿Cómo era posible que Christine lo tuviera en semejante contradicción de emociones? Por un lado, estaba más que indignado por el chantaje, y por el otro, se encontraba excitado como nunca.

—Chantaje es una palabra muy fuerte —declaró cínica—. Digamos que esa es mi manera de asegurar que cumplirás con lo adeudado. Es más, para que veas que soy generosa, te daré otra opción. —Una sonrisa maliciosa apareció en su bello rostro.

Vincent casi temió preguntar.

—¿Qué opción es esa?

—Fácil, *matrimonio*. —Remarcó la última palabra y lo miró, mordaz, esperando que él se espantara y saliera corriendo.

—¿Cómo puedes pensar que yo me casaré contigo? —No podía creer que ella considerara la posibilidad después de lo que había hecho en el pasado.

—Entonces, no creo que tengas inconveniente en liquidar tu deuda a la brevedad, ¿o sí?

—¡Eres despreciable! —Indignado, la apuntó con el dedo.

—Sí, lo sé, eso ya me lo habías dicho —le recordó.

—Sabes de sobra que en este momento no me es posible pagarte. Para mi desgracia, estoy a tu merced —reconoció con impotencia—. No entiendo tu afán de casarnos, tú me odias y yo... ¡Jamás me casaría con una perdida como tú!

—No te confundas, cielo, no pretendo un matrimonio normal, solo quiero un arreglo muy conveniente para ambos; un esposo de apariencia, así la sociedad me dejará en paz con esa cantaleta de la solterona inmoral. Qué mejor manera de redimir mi escandalosa reputación que casándome con un respetable duque. No me interesa nada más de ti —mintió.

—¿Por qué yo, Christine? Con tu dinero puedes tener al que quieras...

—¿Olvidas que fuiste tú quien me hundió socialmente? Esa es tu penitencia, Vincent —sentenció—. Tú me metiste en esta y tú me sacarás.

—¿Qué intentas? ¿Qué me convierta en tu títere, un pelele sin voluntad y el hazme reír de todos?

—No seas tan drástico ni fatalista —dijo con fingido fastidio—. Tú decides, te casas conmigo y doy por cancelada tu deuda, o serás mi empleado por un año.

Christine desplegaba su arte de seducción sobre el pobre hombre, disfrutaba provocarlo y llevarlo al límite de sus fuerzas, pero, para su infortunio, en el pecado llevaba la penitencia, porque ella también ardía en el mismo fuego infernal que él.

Vincent permanecía en silencio, con la cabeza gacha y los puños apretados. Jamás en su vida se había sentido tan impotente y humillado. La rabia, el dolor, el deseo frustrado... todos esos sentimientos lo golpearon sin piedad.

—Y bien, ¿qué has pensado? —preguntó ella al tiempo que caminaba a su alrededor como un animal esperando saltar por su presa.

—¿Cuál es mi primer tarea, *patrona*?, ¿quiere que limpie el piso? O, mejor aún, ¿desea que le lave los pies? —preguntó sarcástico.

—Veo que te decidiste por la segunda opción, peor para ti, porque sabes que no pienso ponértelo fácil —se burló, aunque en el fondo le dolió que él no quisiera casarse con ella—. Mi primera orden es que me laves la cena a mi habitación, estoy cansada y me apetece comerla en cama. —Le dio la espalda y salió sin más; no se quedó lo suficiente para ver como un par de lágrimas de indignación, rabia y decepción rodaron por las hermosas mejillas masculinas.

Vincent cumplió su primera tarea sin problema, entró en la habitación de Christine y colocó la bandeja con los alimentos en una mesita junto al diván.

Christine lo esperaba acostada de manera muy sugerente en la *chaise lounge*, se había puesto un provocativo camisón de encaje y tela casi transparente en color rojo sangre. Fingía leer cuando él entró.

Vincent tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para controlarse. «¡Dios! ¿Acaso esta mujer no tiene camisones más recatados para dormir?», se preguntó mientras recordaba la exquisita prenda negra que ella había usado la noche en la que entró por el balcón.

Christine se puso de pie sin preocuparse por tapar su semi desnudez con una bata, se dirigió a la mesita en la cual él había colocado la bandeja con los alimentos, se sentó y cruzó la pierna. La *madame* le había enseñado que esa era una de las diez *armes mortelles* más letal. El secreto no estaba solo en el cruce, sino en la manera de hacerlo, lenta y suavemente, como si una pierna acariciara a la otra.

Cenó con deliberada lentitud, disfrutando de la presencia silenciosa que, estaba segura, la miraba con deleite.

—¿Algo más que desee la señorita o ya puedo retirarme? —inquirió, irónico.

—Sí, quítate la ropa —ordenó sin más.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. ¿Estás loca? Hace un momento dijiste que no te interesaba intimar...

—¡Otra vez con eso! Creí que ya había quedado claro el asunto me mi demencia —lo interrumpió—. Recuerda que, para tu desgracia, soy una loca con mucho dinero y te tengo en mis manos. Respecto a lo otro, como dice un conocido dicho popular: *es de sabios cambiar de opinión*. —Se acercó a él, provocativa, y mojándose los labios con la lengua, agregó—: No te hagas el inocente, Vincent, sabes bien que es lo que los dos queremos, ¿o vas a negarme que me desees tanto como yo a ti?

Se despojó del camisón deslizando los tirantes por sus brazos para después dejarlo caer al piso. Quedó desnuda ante él y desplegando todo su poder de seducción, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Vincent no pudo contenerse más, el deseo que lo carcomía y amenazaba con destruirlo si no lo dejaba salir, lo venció. Su hombría pedía atención y satisfacción inmediata; él no estaba dispuesto a negársela, por lo que tomó a Christine en brazos, la llevó a la cama y la besó con toda esa mezcla de sentimientos que lo embargaba: rencor, amor, pasión, lujuria, ira...

Se dejaron guiar por la danza más primitiva, con desesperación. En ese instante, solo existían un hombre y una mujer fundiéndose en absoluta complicidad. Sintiendo necesitados uno del otro y entregándose sin reservas, en cuerpo y alma.

Christine, a punto del clímax, recordó las palabras de Andrew: «Es un milagro que, a pesar de todo, su amor haya sobrevivido y aún esté presente en ustedes». Y, para su pesar, descubrió que era verdad; aunque lo negara, estaba total y perdidamente enamorada del hombre que la hizo mujer, el mismo que le destrozó la vida y que ahora le hacía el amor con absoluta entrega.

Se mordió los labios para encarcelar en su interior a ese grito que, portando el nombre de Vincent, pretendía salir lleno de sentimientos reveladores.

Cuando todo terminó, Vincent la abrazaba con ternura y acariciaba su espalda. Temía soltarla, no quería arriesgarse a que ella escapase.

Christine, satisfecha como nunca antes, se dejó consentir por él. Fue inevitable recordar la primera vez que estuvieron juntos; un pensamiento llevó a otro y su *yo* protector acabó con el encanto del momento al reiterarle el por qué no debía sucumbir al amor que sentía por él. Se escabulló del posesivo abrazo de Vincent, se puso de pie, se colocó la bata y odiándose a sí misma por lo que iba hacer, le dijo con voz fría e impersonal:

—Puedes retirarte, por hoy no te necesitaré más.

## CAPITULO XIV

Vincent se negaba a creer lo que había escuchado. ¿Cómo podía Christine decirle eso después de la forma como se amaron? Porque se amaron, y aunque ella lo negara una y mil veces, él sintió una entrega absoluta y real de parte de los dos, el sentimiento fue mutuo, de eso estaba seguro.

Entonces, la incredulidad se transformó en indignación y rabia. Se puso de pie y tomándola por los hombros, la giró para obligarla a mirarlo de frente y le expresó furioso:

—¡No soy una prostituta o un objeto que se usa y desecha! ¡No puedes tratarme así!

—Eres lo que a mí se me dé la gana. ¿O prefieres que exija el pago de lo que me debes?

—Eres la peor de las mujeres, peor que una zorra...

—¡Cuantos calificativos! —respondió cínica—. Acéptalo, Vince, eres mi amante, y mientras a mí me plazca, estarás en mi cama y a mi disposición —sentenció.

—Te equivocas, Christine, prefiero morirme antes que convertirme en objeto de tu burla y diversión, ¿me oíste? —La estrujó, fuera de sí.

—Me encanta cuando te pones rudo, eso me excita mucho, y lo sabes. —Lo provocó mordiéndose los labios.

Vincent experimentaba una deliciosa combinación de excitación y rabia. «¡Dios, esa mujer es el diablo! ¡No hay forma de detenerla!», pensó. En cuestión de segundos, ella lo tenía excitado, bajo su dominio y control absoluto.

—Dime, cariño, ¿te gusta? —preguntó Christine, incitante.

Vincent no podía pensar con claridad ante la vorágine de sensaciones que lo embargaban, Christine lo había amarrado a la cama, besaba y acariciaba su cuerpo desnudo a su antojo; se enredaba en él como una serpiente venenosa que está palpando y saboreando a su presa para deglutirla lenta y tortuosamente.

No podía contenerse más, estaba a punto de estallar en el placer más sublime y glorioso nunca antes sentido. Christine era la mujer más irresistible y excitante que jamás hubiese conocido. El orgasmo los sacudió al mismo tiempo, llevándolos a un éxtasis inimaginable.

Ella, nunca imaginó que su cuerpo fuera capaz de sentir y brindar tanto placer.

Él, en su larga experiencia con mujeres, carecía de palabras para describir la magnificencia experimentada. El frenesí del momento derribó sus defensas, apaleó sus emociones y anuló su raciocinio al grado de borrar de su mente todo, pasado, presente, futuro; solo existían un hombre y una mujer entregados al amor.

—Eres maravillosa, Christine. —La miró con tanta intensidad que Christine se estremeció—. Olvidemos todo y empecemos de nuevo —planteó sin pensar más allá, no quería analizar lo impulsivo de su proposición porque sabía que la razón aniquilaba el amor.

—No te confundas, por supuesto que me gustas, eres un hombre muy seductor y atractivo, sabes el efecto que tienes sobre las mujeres, pero escúchame bien, para mí no eres más que eso: una garantía de placer carnal —indicó, dejándole claro que lo suyo solo fue físico, sin sentimientos implicados. Después de soltarlo se puso de pie, apartándose—. Míranos; somos patéticos, nos hemos destruido el uno al otro, humillado y herido. Sin embargo, estamos excitados como un par de animales irracionales y sin control.

—Vamos, Christine, ¿a quién quieres engañar? Aunque tu boca lo niega, tu cuerpo no miente; tu alma y la mía son complemento, se hablan con un lenguaje perfecto, muy superior a nuestro entendimiento o lógica.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no aceptas que esto no es más que un buen revolcón y ya? —preguntó furiosa.

Vincent se encendió de rabia. ¿Cómo podía Christine menospreciar su amor de esa manera? Esa mala mujer no solo lo había despreciado una vez, sino dos.

—¿Es tu última palabra, Christine? ¿Quieres que siga acostándome contigo por dinero?  
Christine sonrió, sugerente.

—No seas tan drástico, cariño, sé bien que lo disfrutaste. Jamás, escucha bien lo que te digo, jamás nadie podrá igualarme, he dejado mi huella en ti.

—No se trata de eso, Christine, sino que lo estamos haciendo por las razones equivocadas, y mientras sea así, no lo haré más. —Se puso los pantalones, derrotado—. Haz lo que tengas que hacer.

—¡Lo harás! Seguirás siendo mi amante hasta que a mí me dé la gana. Me perteneces, por un año, no lo olvides. —Se apartó de él, caminó a la ventana y dándole la espalda, le dijo—: Termina de vestirte y vete de una vez; como ya te dije antes, por hoy no te necesitaré más.

Vincent jamás en su vida se había sentido tan utilizado y humillado. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué permitió que todo llegara tan lejos? Si no ponía remedio, perdería el respeto por sí mismo. Él era un hombre, no un objeto. Mirándola con resentimiento expresó:

—¡Jamás te perdonaré por esto, Christine! Me has rebajado y humillado; pretendes degradar mi hombría reduciéndome a un simple objeto de placer.

—¡Es lo menos que mereces! —se defendió irritada y se giró para encararlo.

—¡Soy un estúpido! ¿Cómo pude pensar siquiera en olvidar todo y empezar de nuevo? Me has demostrado que eres despreciable, y yo, un imbécil por seguir enamorado como un idiota de una mujer que no merece ser amada, que es perversa, sin escrúpulos y sin alma. —Tomó su chaqueta y de dispuso a salir, al llegar a la puerta se volvió y dijo derrotado—: Mañana enviaré a mi abogado para que te entregue los bienes que me quedan y así saldar la mayor parte de la deuda, porque escúchame bien Christine, prefiero vivir en la pobreza a permitir que me quites lo único que me queda: mi dignidad y orgullo de hombre. No te permitiré que me denigres más. —Sus hermosos ojos azul cielo reflejaron un profundo dolor—. ¡Felicidades, Christine! Puedes dar por cumplida tu venganza, me has destrozado la vida por segunda vez.

—¿Cómo te atreves a despreciarme? ¡Si haces eso, te juro que no tendré piedad de ti! ¡Ni el Dios del cielo te salvará de mi ira! —amenazó furiosa.

—Haz lo que tengas que hacer, Christine. No volveré a estar contigo por las razones equivocadas. Si me quedo a tu lado, terminarás por destruirme y me convertirás en lo que tú eres ahora: un ser vacío y oscuro. ¡Me das lástima! —Salió sin mirar atrás.

El dolor que Christine percibió en la mirada azul cielo en verano la dejó fría; jamás esperó eso de él, no era parte del plan. No contaba con que Vincent admitiera seguir amándola, ni mucho menos que renunciara a fortuna y posición social con tal de no perder la dignidad, su hombría y ser. Lo admiró por su valor y fuerza de carácter, recordó que por eso lo amaba, por ser un hombre poseedor de un alma noble, más no débil.

¡No! No quería su lástima, deseaba su amor, aunque después de lo que había hecho, sabía que eso ya no sería posible; lo había destruido como él lo hizo con ella.

Debería sentirse satisfecha, lo había conseguido, *ojo por ojo*, ¿entonces? ¿Por qué las palabras de él dolían tanto?

Una daga de dolor le atravesó el alma. Su añorada venganza contra Vincent estaba consumada y no sentía nada del triunfo y gozo que esperó; al contrario, se sentía más vacía y sola que nunca.

—¿Por qué tenías que decirme que me amas? —gritó—. ¿Por qué las palabras y tu renuncia duelen tanto?

Quería llorar, pero como siempre, sus ojos estaban secos, el dolor sí estaba presente, resquebrajando aún más su alma desgarrada. Recordó lo que él expresó antes de marcharse «Jamás te perdonaré por esto, Christine». Se lo dijo con tanta convicción que no dudó que así sería.

—¡Maldito seas, Vincent Pembroke! —gritó, tomó un florero y lo estrelló contra la pared. Dando rienda suelta a su rabia y frustración, destrozó todo a su paso...

Después de calmarse y mucho meditar, llegó a una conclusión; ya sabía lo que tenía que hacer. «Es tiempo de apostar el todo por el todo», pensó.

Ahora más que nunca añoró poder dar rienda suelta al llanto, liberar a su alma atormentada con el poder sanador de las lágrimas, pero sus ojos seguían negándose a concederle tan anhelado privilegio.

Se quedó en el piso, hecha un ovillo, hasta que Andrew la encontró.

—¿Qué pasó aquí, Christine? —preguntó turbado al ver el inminente desorden, todo en esa habitación estaba destruido. Observó el espejo roto y sintió gran pesar por el sufrimiento de su amiga, si él pudiera evitarlo, lo haría sin pensarlo.

—Lo hice, Andrew, no escuché tus advertencias y terminé por destruir el último vestigio de esperanza que había para mí.

Andrew se acercó a ella, la levantó del piso y la envolvió en un protector abrazo.

—¿Qué vamos hacer contigo?

—No lo sé, por lo pronto, no me sueltes...

—Jamás —aseguró él y depositó un suave beso en la cabeza de Christine.

Vincent bebió sin parar por varios días; solo quería morir y odiar a Christine por todo el daño que le había causado.

«Eres un verdadero idiota, Vincent Pembroke. Tú, el incasable, el experto cazador, convertido en presa. Derrotado por una fulana sin escrúpulos», se dijo.

La tarde del cuarto día, pidió a Elizabeth que hiciera su equipaje, le explicó que tenían que desalojar, a más tardar en una semana, la mansión ducal.

Elizabeth no comprendía nada, su primo solo le había dicho que había hecho unos negocios que resultaron malos y que estaban en la ruina.

Elizabeth quedó impactada ante la noticia, ¡Eso no podía ser posible! ¿Ella en la ruina? ¡No! Tenía que ser un error. «Tengo que hacer algo», se dijo, estaba dispuesta a todo antes que perder su prestigio y posición.

Pensó en Margot, en una ocasión ella la ayudó dándole el dinero para la trampa que puso a Christine. Ahora, su amiga tenía una gran fortuna, misma que había heredado del viejo Williams. Era tiempo de que le devolviera el favor.

Vincent se sentía perdido, estaba bebiendo en su despacho cuando recordó a lady Artemisa. Sin pensarlo más, salió en busca de la única mujer que le brindaba un poco de paz. «¿Cómo pude olvidarme de ella por esa mujerzuela que es Christine?».

Christine aún no se despojaba del disfraz de lady Artemisa cuando la doncella le anunció que el Duque Pembroke pedía verla. Su corazón dio un vuelco, entonces recordó dónde estaba, se encontraba en el camerino del teatro, no en la mansión Dickens; así que él buscaba a Artemisa, no a Christine.

—Hazlo pasar, Sally —pidió.

Vincent estaba muy tomado, en cuanto la vio, se dejó ir hacia ella y la abrazó como si se tratara de un crío necesitado de cariño y consuelo.

Christine quedó petrificada, no sabía cómo reaccionar a un Vincent tan vulnerable.

—Huye conmigo, sé que es muy precipitado y mi petición te toma por sorpresa. ¡Por favor, Artemisa! ¡Ayúdame a arrancarme a esa maldita mujer de aquí! —Se golpeó con el puño el pecho a la altura del corazón—. Quítame el olor de su piel, el sabor de sus besos, necesito borrar su recuerdo de mí; haz que ya no duela más —suplicó.

Christine no podía hablar, estaba conmovida hasta la médula, jamás imaginó que Vincent la amara tanto, ni mucho menos esperó verlo sufrir así por su causa.

Se sentó en el sofá, llevándoselo con ella. Vincent se acomodó en el piso y se abrazó a sus piernas y colocó la cabeza en su regazo. Ella acariciaba su cabello como si se tratase de un niño pequeño. En silencio, le ofreció algo que a ella le negaron hasta que apareció Andrew: consuelo.

Vincent se dejó hacer.

—¡Soy un estúpido! Cuando me engañó, creí morir, quería que sintiera un poco del dolor que ella me causó. Fui a su casa a confrontarla y me dijeron que me esperaba en la iglesia, me sorprendió su desfachatez. Al llegar al templo, la vi tan hermosa y parecía tan inocente que los celos me invadieron, la rabia me hizo hablar. —Tomó un trago de la botella que traía en la mano—. Cuando desperté de la borrachera, supe lo de su padre y me sentí culpable. Entonces pude pensar con claridad y todo me pareció muy extraño, había cosas que no encajaban, así que pensé en otorgarle el beneficio de la duda y el muy imbécil de mí la fue a buscar. ¿Puedes creerlo? —Alzó el rostro para mirarla—. Me traiciona y, aun así, la amaba, quería aferrarme a la esperanza de que ella era inocente a pesar que todo la acusaba. —dijo, arrastrando las palabras.

—Entonces, ¿qué paso? —preguntó Christine con el alma desgarrada; aunque sabía que no le gustaría, quería oír todo lo que Vincent tenía que contar.

—Su madre no me permitió verla, me dijo que Christine estaba muy afectada por la muerte de su amado padre y que había enfermado de los nervios. No pude evitar sentirme responsable por toda esa terrible tragedia. La señora Dickens me pidió que le diera un tiempo razonable antes de hablar con su hija, que, según me comentó, estaba muy frágil de salud.

—¿Y qué hiciste al respecto?

—Dejé pasar el tiempo y volví a buscarla en la fecha que su madre me sugirió, pero un criado me dijo que las damas se habían ido a París con un hombre mayor. ¿Te das cuenta? ¡Se fue con él! ¡Se fue con su amante! —Se puso de pie, tambaleándose—. ¡Soy un imbécil, Artemisa! Merezco lo que me hizo por idiota, por amarla en demasía. ¿Puedes creer que estuve dispuesto a perdonarla? —Él sacudió la cabeza, mostrando así lo absurdo que le parecía dicha idea—. Esa mujer me destrozó la vida, y yo, ¿qué hago? Aferrarme a la esperanza de que es inocente.

—¿Sabes? Algo aquí —se apuntó el corazón— siempre me dice que Christine es honesta, que debí escucharla. Pero eso es mentira. ¡Esa mujer es el diablo! Y yo caí como un tonto, dos veces, en su trampa. ¡Dos! —Señaló hipeando.

Un sudor frío cubrió el cuerpo de Christine. «¡Dios! ¿Qué he hecho? ¿Cómo pude equivocarme tanto con él? ¿Cómo fue que permitimos que la maldad nos destrozara tanto?», se cuestionó.

Estaba conmocionada; un tumulto de emociones la invadió. Jamás esperó escuchar eso: ¡Vincent la buscó y estaba dispuesto a perdonarla! ¿Cuánto daño les había causado esa

mentira? ¿Cómo fue que se dieron por vencidos tan rápido? ¿Cómo fue que creyeron tan fácil, lo peor uno del otro?

Vincent la sacó de sus pensamientos.

—¿Entonces? ¿Aceptas irte conmigo?

Christine le acunó el rostro con las manos y así, mirándolo de frente, dijo:

—A pesar de todo, te amo más que a mi vida. Escucha bien, amor mío; el fin de semana es el estreno de mi última obra de teatro, al terminar, seré libre. Sí después de que la función concluya, aún quieres estar conmigo, te seguiré a donde me lleves —aseguró.

El espectacular del teatro anunciaba con llamativas letras el estreno: *Lady Artemisa; la verdad oculta*. Este llamó la atención de la sociedad, así que el teatro estaba a reventar.

Christine se aseguró que ese día estuvieran presentes magistrados, legisladores y la mayor parte del parlamento, como si se tratase de un juicio en forma, que en cierto modo eso era lo que pretendía, que estuvieran las personas necesarias para detener y juzgar a lady Margot, viuda de Williams.

El telón se abrió y la obra comenzó con una chica, dulce y enamorada, que se reencontró con su amor de la adolescencia en un baile. La escena del jardín fue muy emotiva y romántica, arrancando suspiros de público.

Mientras la obra avanzaba, tres asistentes a la función estaban nerviosos e intranquilos, preguntándose qué estaba pasando, cada una por diferentes motivos:

Vincent de inmediato captó la similitud de esa historia con la suya con Christine, se decidió a permanecer en su asiento, atento, y ver qué le deparaba esa noche, pues presentía que muchas de sus dudas estaban por aclararse.

Elizabeth notó la semejanza de la obra con la vida de su primo y Christine. No le gustó el rumbo que estaba tomando la situación.

Margot palideció, algo en su interior le dijo que corría peligro, decidió marcharse, pero al llegar a la salida, un par de hombres del comité de seguridad la detuvieron y le dijeron:

—Nadie puede salir del teatro hasta que la obra termine, así que le recomiendo que regrese a su asiento.

—¿Cómo se atreve? ¿No sabe con quién está hablando? —alegó, indignada.

—¡No, y no me importa! Así que o regresa a su asiento o me obligará a llevarla yo. —la amenazó el gigante que obstruía la puerta

Margot abrió los ojos como platos y decidió regresar a su lugar al lado de Elizabeth. Ya encontraría la forma de escabullirse en el intermedio.

La función transcurría en constantes altibajos, en el teatro reinaba un silencio sepulcral, que de pronto era alterado por exclamaciones y murmullos en las escenas de mayor peso y fuerza, como en la que el padre de la novia caía muerto a los pies de ella mientras esta lloraba desconsolada y la madre le gritaba: «es tu culpa, tú lo mataste».

La escena del medicó diciéndole que había perdido a su bebé y que posiblemente jamás sería madre desató un susurro colectivo.

Nadie en ese teatro estaba preparado para lo que venía...

Para la parte correspondiente a su suicidio, Christine y el director habían puesto especial énfasis. El escenario estaba en completa obscuridad a excepción de la joven protagonista, (maquillada para parecer un cadáver como lo parecía Christine entonces) que se miraba frente al espejo.

La chica que estaba interpretando el papel de la verdadera Christine era una actriz extraordinaria que logró transmitir al público lo que ella quería que entendieran; su dolor, rabia, desesperación, decepción y muerte.

La chica alzó una navaja y la contempló en silencio por un largo rato; el recinto estaba en absoluto silencio, pues todos estaban a la expectativa de lo que esa inocente chiquilla quería hacer.

Un grito colectivo de espanto se escuchó en el teatro cuando la joven, sin más, se cruzó con la navaja las muñecas y estas comenzaron a sangrar. Fue muy fuerte e impactante ver a la chica destrozada de tanto dolor cortar sus venas y meterse en la tina de baño en espera de la ansiada muerte.

El trabajo de utilería del señor Milles era extraordinario, cualquiera juraría que la escena que estaban viendo era real. El genio de los trucos se valía de cristales y espejos para lograr los matices adecuados en la iluminación.

El público estaba escandalizado; a pesar de ello, permanecían atentos en sus butacas creyendo que se trataba de una obra montada, una novela más; la curiosidad les podía y querían permanecer hasta el final de esa increíble historia.

Las escenas del hospital psiquiátrico eran muy fuertes y desgarradoras; los actores eran magníficos, la escenografía muy exacta y lograron con gran realismo recrear el dolor y horror que se vivía en esos lugares.

La chica que interpretaba a Christine realizaba de forma magistral los ataques de locura, ira y pánico que sufrió en su estancia en ese lugar.

En la obra, Christine narraba su historia sin dejarse nada en el tintero; Elizabeth, Margot y Vincent pronto confirmaron que lo que ahí se narraba era la vida de Christine Marie Dickens Castelló, pero lo que aún no entendían era por qué.

En la siguiente escena, el personaje de Christine soñaba en la habitación del hospital la pesadilla que se había vuelto parte ya de ella y que dio origen a lady Artemisa Blackheart.

El escenario permanecía oscuro y solo una luz iluminaba a la chica que parecía dormir en su cama del hospital. Entonces, la mujer comenzó a moverse intranquila, un rayo de luz iluminó el otro lado del gran escenario y en este apareció lady Artemisa.

Estaba magistral con su vestido de corte palabra de honor en tela de rayas negro y blanco, las muñecas sangrando y el corazón en la mano. Justo como Christine se visualizaba en sus pesadillas.

Entonces, varios fantasmas aparecieron volando sobre el escenario en rededor de ella, gritando, mientras se escuchaban voces susurrando al mismo tiempo: «Eres una zorra», «Es tu culpa, tú lo mataste», y para coronar el drama, el llanto de un bebé inundaba el lugar.

Esa parte del escenario quedó en penumbras, y la chica en la cama despertó aterrada. Después, escuchó unos gritos desgarradores y fue cuando apareció el personaje que interpretaría a Andrew.

El público permanecía impactado ante tanta maldad. La escena de cuando salió Andrew del hospital sacado por el *Fantasma* y sus hombres fue magníficamente ejecutada por los actores.

Pero nada dio tanto de qué hablar como cuando llegó el momento de interpretar la escena en la cual el *Fantasma* encontró al hombre, que por unas monedas fue protagonista directo de todo ese embrollo.

El escenario estaba a oscuras a excepción del centro, donde un hombre vendado de los ojos y que estaba amarrado a una silla comenzó a narrar su historia a petición de lady Artemisa.

Las confesiones que hizo el individuo impactaron a todos, pues en toda la obra no se había manejado abiertamente el nombre de Christine ni ninguno de los demás protagonistas. Cuando

se referían al personaje de Christine, lo hacían con un «niña» o «señorita Cris», sin mencionar su nombre.

En cambio, Vincent era solo un duque o milord. Así había sido hasta ese momento, en el cual el tipo vendado de los ojos hablaba y narraba todo lo que sabía con lujo de detalles y sin omitir los nombres reales.

El escándalo se desató, y a lo grande, en el teatro; Margot se levantó de su asiento y gritó indignada:

—¿Qué es esto? ¿Una broma de mal gusto acaso? ¡Esto es una calumnia! ¡Exijo una explicación para tan ruin falta!

Entonces, las luces del teatro se encendieron completamente, y, sobre el escenario, lady Artemisa, ya con las muñecas y los brazos lavados, sus brazaletes negros relucientes y caminando con su estilo único, se colocó en medio y con voz fuerte le contestó:

—En efecto, lady Margot Williams. ¡Todos los presentes exigimos una explicación de sus actos! ¡Sobre todo, se lo exijo yo!

Vincent vio como si el tiempo se hubiese detenido, como lady Artemisa se quitaba la peluca y el antifaz para revelar el hermoso rostro de... ¿Christine?

Un grito colectivo de verdadero asombro llenó el recinto, el cual se había convertido era un caos total. La gente hablaba y pedía saber qué estaba pasando.

Vincent se sintió doblemente engañando, la rabia lo invadió. ¿Cómo se debió reír cuando le pidió a lady Artemisa que huyera con él? Qué absurdo, le había solicitado ayuda para olvidarse de ella misma...

«¡Qué imbécil soy! ¡No dejo de caer en sus juegos!», se dijo. Entonces, su mente comenzó a recapitular, era demasiada información recibida esa noche, muchas revelaciones y emociones juntas.

Un caballero del parlamento se acercó a Christine y le dijo:

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, señorita Dickens? Las acusaciones que ha levantado son muy graves.

—Lo sé, magistrado Pridengton, y tengo pruebas para avalar todo lo que aquí se ha manejado —contestó con una calma increíble en medio de todo el caos desatado.

—¡Eres una maldita calumniadora! ¡Yo no pagué a ningún hombre! Yo no tengo la culpa que seas una cualquiera, y mucho menos maté a mi difunto esposo, yo lo quería —argumentó Margot fuera de sí.

—Muy bien, Margot. —La aplaudió Christine—. Casi logras convencerme. ¿Así que eres inocente? —preguntó sarcástica—. Entonces, no creo que tengas inconveniente en realizar una pequeña prueba. —Se dirigió al magistrado—. Estimado Caballero, ¿ve usted al hombre de allá, el que está amarrado a esa silla?, pues bien. —Hizo una pausa para crear más dramatismo—. De todos los que estuvimos en el escenario, él es el único que no es actor, este despreciable caballero es en verdad quien digo que es; el hombre que, pagado por alguien, se metió en mi recámara, me drogó e hizo creer a todos, en especial a mi prometido, que yo lo había engañado.

Caminó hacia el hombre atado y luego gritó para que todos la oyeran:

—Supongo, señores magistrados, que no tendrán inconveniente en que este hombre señale a quien o quienes le pagaron. —Sin más, retiró la venda de los ojos al hombre, y el magistrado Pridengtong preguntó dudoso:

—¿Se encuentra aquí presente la persona que le pagó para hacer tan ruin acción?

El hombre, después de adecuar su mirada a la luz, recorrió el teatro y, sin dudar, señaló a Lady Margot viuda de Williams, pero, para sorpresa de todos, incluido el mismo Vincent, no paró allí, también apuntó a una pasmada Elizabeth Pembroke.

Margot quiso huir, pero en esta ocasión no fueron los hombres de seguridad los que la detuvieron. Un grupo de las damas más respetables de la sociedad, incluida la condesa Kingston, le impidieron marcharse; la condesa expresó en voz alta:

—Hemos juzgado y repudiado a esta jovencita, así que ¡exigimos saber la verdad! Si lo que ella argumenta es verdad, ¡que caiga todo el rigor de la ley y la sociedad sobre los culpables!

—Estoy de acuerdo con usted, condesa; ahora, todos conocen nuestras historias —dijo, señalando a Andrew, que permanecía en silencio junto a ella, la verdad era que nadie había reparado en él hasta ese momento.

—Andrew, preséntate y diles a todos qué pruebas tienes en contra de lady Margot Williams y tu difunto tío...

Andrew presentó los documentos de su ingreso al hospital psiquiátrico que el *Fantasma*, amablemente, consiguió luego de propinar tremenda golpiza al director.

Después, junto con su abogado, mostró una carta en la cual su tío confesaba haberlo despojado de su fortuna, título y posesiones haciéndolo pasar por muerto y encerrándolo en la clínica psiquiátrica.

Gracias al *Fantasma*, que consiguió contactar al viejo mayordomo de la familia Williams, Andrew pudo recuperar, de la caja fuerte de la mansión que habitaba su tío, todos los documentos que lo acreditaban como el único y verdadero conde Andrew Thomas Williams Bridgetown.

Los magistrados y miembros de la corte recibieron y analizaron lo entregado por Andrew. Discutían sobre la veracidad de los papeles. Varios de ellos, que conocieron y llevaron estrecha relación con el finado conde Williams (tío, no padre de Andrew) autentificaron la firma.

Andrew presentó a varios de los empleados, que trabajaban para su familia desde que él era un niño, para que testificaran sobre su identidad, ninguno de ellos tuvo problemas en reconocerlo, pues lo recordaban con afecto. También declararon que en más de una ocasión vieron a *la señora* (Margot) poner *medicina* en los tés de su patrón.

El mayordomo expuso que el conde Williams, antes de morir, le reveló que su adorada esposa lo había estado envenenando con cianuro, le comentó que lo supo porque la muy cínica, creyendo que había perdido el habla a causa de la intoxicación, le confesó su fechoría con total descaro y se dio el lujo de escupirle a la cara todo el rencor que le guardaba por lo que hacía con ella, sobre todo, el asco que le causaba su sola presencia. El conde, en su lecho de muerte, entregó a su fiel mayordomo una carta en la cual confesaba todo: lo hecho a su sobrino años atrás y el crimen de su esposa. Le rogó que buscara a Andrew y que le entregara el sobre en sus manos. El mayordomo contó a los presentes que cuando se dispuso a cumplir con la última voluntad de su patrón, descubrió que el joven Andrew había muerto en un incendio en ese espantoso lugar. Triste y resignado, regresó a la mansión sin saber qué hacer. Indicó que, tiempo después, el abogado de Andrew se presentó ante él y solicitó su colaboración para restituir al joven Andrew la vida que le fue arrebatada por su tío. Alegó que después de conversar con el representante legal del joven Andrew, él solicitó verlo en persona. Llevaba toda la vida al servicio de la familia Williams y recordaba con gran cariño a ese jovencuelo aventurero que siempre estaba metido en líos, sobre todo de faldas. Comentó que cuando por fin lo tuvo frente a él no podía creerlo. «¡En verdad es el joven Andrew! ¡Está vivo!», recordó con ojos brillantes el cansado hombre. Andrew lo había abrazado al reconocerlo, él era lo más cercano a un amigo que tenía el solitario jovencito. El sirviente señaló que ese mismo día

entregó la carta a su dueño, misma que ahora era presentada como prueba de todo lo allí alegado.

El magistrado Pridegtong leyó la carta en voz alta, y los demás caballeros comprobaron que la firma y sello del difunto conde eran auténticos.

—¡Que arresten a esta mujer de inmediato! —pidió el magistrado.

Margot peleaba por soltarse de los hombres que la tenían sometida y gritaba como loca cosas terribles en contra de Christine; después, ofendía a todos. Parecía una demente.

Christine se colocó frente a ella y con la más cínica de las sonrisas, le preguntó:

—Dime, Margot, ¿qué se siente ser humillada y destruida en público? Lo que viene es poco castigo para ti, pero me doy por bien servida con eso. La cárcel te espera, querida.

Los magistrados prometieron a Andrew exponer su caso ante el príncipe regente para arreglar todo y restituirlo como el verdadero conde, regresarle sus bienes y fortuna.

Mientras esto pasaba, Elizabeth permanecía en silencio, rezando porque nadie recordara que el hombre de la silla también la señaló a ella. Aprovechando el alboroto creado por el descubrimiento de las fechorías de su amiga, trató de escabullirse cuando un fuerte brazo la detuvo.

—¿A dónde vas con tanto apuro, primita? —Vincent, sarcástico, la tomó por el brazo con fuerza para impedirle huir. La ira se reflejaba en su rostro, tanto que por primera vez en su vida Elizabeth sintió miedo de él.

## CAPITULO XV

—Por favor, Vincent no dejes que me lleven, no permitas que me hagan daño —suplicó Elizabeth asustada.

—¡Era la mujer que amaba! ¡Mi hijo! ¿Por qué lo hiciste? —Sacudió la cabeza sin poder aun entender—. ¿Te das cuenta que lo hecho por ambas no es cualquier cosa? —dijo refiriéndose a ella y Margot—. Personas inocentes resultaron lastimadas, no solo le destrozaron la vida a Christine, sino también a mí, a tu propia sangre. ¡Por Dios, Elizabeth! ¡Era tu sobrino! ¿Cómo pudiste? —Estaba furioso.

—Perdóname, Vincent, por favor, yo no sabía...

—Lo siento, Elizabeth, pero en esta ocasión no te ayudaré —la interrumpió, tajante—. Tienes una deuda con la ley y la sociedad, pero, sobre todo, conmigo y con Christine. —Soltó el aire con pesar—. No puedes andar por la vida haciendo daño a las personas y pretender que no pasó nada. Es tiempo de que madures y afrontes las consecuencias de tus actos. —La miró con resentimiento y decepción.

Christine se acercó a ellos y le dijo:

—Vincent tiene razón, no puedes andar por ahí destrozando vidas y pretendiendo que todo siga igual. Lo que tú y Margot nos hicieron fue una crueldad. —La miró con sumo desprecio.

—Vincent, por favor, perdóname, en verdad, ¡yo no sabía!, Margot me pidió dinero para pagar a un tipo, me dijo que evitaría que te casaras con Christine, pero nunca me explicó lo que haría para conseguirlo. —Lloraba—. Yo no quise que las cosas llegaran tan lejos, cuando me enteré de la muerte del señor Dickens, me sentí tan culpable, por eso te pedí que buscaras a Christine y que arreglaras las cosas con ella...

—Pero no le dijiste la verdad, que conveniente para ti, ¿no? —la interrumpió Christine, sarcástica.

—Christine, por favor, perdóname, te juro que yo no sabía, nunca pretendí hacerte tanto daño, solo quería que no te casaras con Vince, eso era todo. Nunca imaginé que todo se saldría de control y terminaría en tragedia.

—Pero pasó, Elizabeth, dime, ¿qué se siente tener tres muertes en tu conciencia? —la cuestionó con una expresión de total repulsión.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Yo no maté a nadie, yo solo le di el dinero, yo no sabía... —insistió.

—Yo tampoco sabía que estaba embarazada, y eso no me hace menos responsable de la muerte de mi bebé, Elizabeth —escupió las palabras en el rostro de la aludida.

Elizabeth temblaba de miedo, nunca había visto a Christine en ese estado, parecía un ser diabólico lleno de maldad dispuesta a arrastrarla con ella al infierno.

—Quita esa cara de espanto, tu eres tan culpable como Margot —espetó Christine, furiosa—. ¡Estaba embarazada! ¿Comprendes eso? Esperaba un hijo de Vincent. ¡Tu sobrino! Con tu estupidez y maldad contribuiste de manera directa a su muerte. Al igual que yo, cargas en la conciencia tres muertes, Elizabeth: mi padre, mi bebé y la estúpida de Christine.

Se quitó los brazaletes y le mostró sin pudor las cicatrices que eran prueba de su infierno personal.

—¡Míralas bien, Elizabeth! ¡Admira tu creación, tu obra! —La obligó a mirarle las marcas que la navaja había dejado—. Ustedes dos, con su mentira, me asesinaron. Mataron a la ingenua y dulce Christine, ella murió en esa habitación mientras su cuerpo se desangraba, y

solo quedó esto. —Se señaló a sí misma—. Una mujer vacía y sin alma, un ser amargado, atormentado y sin luz.

Elizabeth permaneció en silencio, asimilando lo dicho por Christine y la miró pasmada.

—¡En verdad lo hiciste! —No era una pregunta, reconoció horrorizada que lo relatado en la obra era la verdad sin exagerar.

—Me destrozaron la vida, y el daño hecho es irreparable, jamás podré decirle a mi padre la verdad, mi madre me culpa de su muerte y me desprecia por ello; perdí al único hombre que he amado, a mí bebé y nunca más seré madre. Todo lo que amaba me fue arrebatado. Dime, Elizabeth ¿Crees que algo así se pueda olvidar o perdonar?

—¡Perdóname, hija! Yo no tenía idea...

La señora Dickens estaba parada frente a ella con lágrimas en los ojos, Christine estaba tan absorbida en descargar su ira contra Elizabeth que ni siquiera notó la presencia de su madre.

—Es muy tarde para eso, madre, me dejaste sola cuando más te necesité, y si viste la obra, supongo que ya estás enterada de lo que pasé cuando tú me abandonaste a mi suerte.

—Yo no sabía que...

—Por supuesto que no lo sabías, ni siquiera te tomaste la molestia en preguntar por mí, al contrario, te marchaste a Escocia con tu prima para no tener que lidiar con una hija loca. —Christine hablaba con verdadero dolor y rabia, la herida no había cerrado y seguía sangrando—. Me negaste la oportunidad de hablar con Vincent; jamás me dijiste que intentó hablar conmigo, que me buscó. ¿Por qué, madre?

—Tenía que protegerte —protestó—. El doctor me dijo que estabas enferma de los nervios y que sufrías de una depresión muy fuerte, Vincent estaba furioso y resentido contigo. —Se acercó a ella e intentó tomarle las manos, pero Christine retrocedió; su madre, triste, continuó—: Creí que lo más sensato era dejar que pasara un tiempo antes de que hablaran. ¡Jamás esperé que atentaras contra tu vida! —Lloró—. Entonces, el doctor me aconsejó internarte...

—Todos tienen excusa para lo que hicieron, madre; Margot siempre me odió porque Vincent me prefirió, Elizabeth se escuda en su estupidez, ¿y tú, madre? ¿Esta es tu pobre justificación?

Su madre palideció, ahora comprendía cuánto había dañado a su pobre hija toda esa secuencia de intrigas y desgracias.

—En verdad lo siento, Christine, ojalá y algún día puedas perdonarme. —Se alejó con gran pesar en el corazón.

Christine permaneció en silencio, con la cabeza gacha, el ceño fruncido y los puños apretados. Estaba asqueada de tanta maldad e injusticia.

Vincent la contempló en silencio, no pudo evitar mirar las cicatrices en las muñecas femeninas, y el corazón se le encogió al recordar la parte de la historia que él desconocía.

Comprendió que detrás de toda esa amargura, cinismo y rencor había una mujer destrozada que sufrió en carne viva el más cruel e injusto de los destinos. Aunque no justificaba su proceder, entendía el por qué ella actuaba así. Tenía motivos suficientes para querer castigar a los que le hicieron tanto mal, incluido él.

La venganza de Christine estaba consumada, se había burlado de él, lo había herido y humillado hasta lo más profundo. Ambos habían llegado demasiado lejos. Quizás ella tuvo razón cuando le aseguró que era demasiado tarde para ellos.

Christine alzó la mirada al sentirse observada por él. El dolor que vio reflejado en sus ojos azul metal le caló hondo. Comprendió que ambos necesitaban tiempo para recuperarse, y si fuese posible, curar las heridas que toda esta lamentable tragedia les dejó.

—Quisiera poder decirte que no fue mi intención hacerte daño, pero sería mentir. —Ella fue la primera en hablar—. Ambos sabemos que lo hice con total conciencia y mi objetivo era lastimarte, te humillé de forma cruel porque quería que sintieras un poco del infierno que yo viví. Nunca reparé en que tú también fuiste víctima, mucho menos esperé que me confesaras que a pesar de todo me amabas. —Lo miró con intensidad—. Cuando te negaste a ser mi amante por dinero, te admiré por tu valor y dignidad, me sentí la más miserable y repulsiva de las criaturas y me odié por ser así.

—Christine...

—Déjame continuar —suplicó—. Necesito hacerlo. —Tomó aire—. Cuando llegaste al camerino de lady Artemisa y me confesaste aquella verdad que yo desconocía, deseé creer que teníamos una segunda oportunidad, rogué al cielo con toda mi alma que pudiéramos hacer lo que me pediste: «olvidarnos de todo y empezar de cero». Entonces, comprendí la gravedad de mi error y recordé tus palabras, me advertiste que jamás me perdonarías, y sentí como si me arrancaran el último pedazo de corazón que me quedaba. Entendí que yo misma, por mi ceguera y sed de venganza había terminado con la última posibilidad de estar juntos.

—Cuánto te has de haber reído de mí —dijo, irónico—. Y yo queriendo darte celos con lady Artemisa; una vez más, solo hice el ridículo, ¿verdad?, y por si eso fuera poco, después te pedí que me ayudaras a olvidarme de... de ti misma. —Sus palabras destilaban amargura y resentimiento.

—Lo sé, y no sabes cuánto me arrepiento por todo lo que te hice. Sé que de nada sirve y que jamás podré regresar mis pasos y corregir los errores cometidos, pero —hizo una pausa— espero que algún día puedas perdonarme, en verdad lo siento.

—¿Estarás bien? —preguntó Vincent, dando por terminado el tema.

—No te preocupes por mí, soy una sobreviviente —respondió, aguantando las ganas de aferrarse a él y pedirle que no la dejara por segunda vez, pero lo amaba tanto que respetaría su decisión de marcharse aunque la vida se le fuera en ello.

—Christine, necesito tiempo... —comenzó.

—No digas más —lo interrumpió; giró el rostro para no mirarlo de frente, temía que él leyera en su mirada su sentir—. Vete sin remordimientos, Elizabeth te necesitará más que nunca y, aunque lo dudes, te deseo lo mejor.

—Gracias por entender...

¿Entender? ¡Sí no entendía nada!

—Eres el hombre más noble, valiente y admirable que conozco. —Lo miró a los ojos—. Nunca temiste mostrar tus sentimientos, jamás comprometiste tus ideales. Mereces una mujer completa, que te ame, valore y te de lo que yo jamás podré: una familia e hijos. —Le dio un beso en la mejilla y se despidió con la convicción que el resto de su humanidad, lo que evitaba que fuese un verdadero ser vil, se iba con él.

Ahora sí no quedaba nada de Christine, al mirar su vida en retrospectiva, le pareció que la joven que fue nunca existió, que todos aquellos recuerdos felices que tenía de una existencia plena eran sueños que alguien más le había prestado para torturarla.

Creía que no era posible sentir más dolor del que había vivido, pero, como siempre, estaba equivocada. Al marcharse para siempre, Vincent terminó por vaciarla, ahora sí no tenía nada, todo lo bueno se iba con él.

Ni siquiera contaba con el consuelo de un hermoso recuerdo de la noche que pasaron juntos amándose, porque ella misma se había encargado de estropear ese bello momento con su estúpida venganza.

Amaba a ese hombre más que a su vida, y por eso lo dejaría libre. Si algún día volvían a encontrarse, esperaba al menos que ya no le guardara rencor. Ya que no podía aspirar a su amor, al menos deseaba su perdón.

Varios días después, Vincent estaba en su despacho bebiendo sin control, el dolor que sentía no tenía límites. Dominado por lo contradictorio de sus sentimientos, estaba inmerso en el más terrible infierno. Por un lado, el amor que sentía por Christine lo ahogaba, la extrañaba a morir y el no tenerla lo estaba matando. Por otro, aún no estaba listo para perdonar, el dolor que ella le causó aún estaba muy presente.

El mayordomo le anunció que tenía una visita; se sorprendió, puesto que no esperaba a nadie. Al día siguiente tenía que entregar al abogado de Christine lo adeudado, por ese motivo había anunciado a sus amistades que tanto él como Elizabeth se irían un tiempo a su propiedad en el campo. Pretextó el necesitar reponerse del escándalo del teatro.

—No estoy para nadie —gritó furioso.

—Es el abogado de lady Christine Dickens, dice que es urgente que hable con usted.

Vincent no tenía ánimo para recibirlo, eso sin contar con que estaba demasiado bebido como para negociar. Se suponía que el hombre iría al día siguiente. No quiso ahondar en la premura de la visita, a fin de cuentas, qué diferencia podrían hacer unas horas para cambiar su lamentable situación.

—Dile que pase, *al mal tiempo, darle prisa...*

—¡Buenas tardes, Duque Pembroke!, soy el abogado de...

—Sé quién es, ahórrese el sermón y dígame qué hace aquí —lo interrumpió, molesto.

—Entiendo, iré directo al asunto que me trae ante su presencia, milord. Por petición de mi representada, lady Christine Dickens, le vengo a entregar los documentos de la deuda, ella desea regresarle todo lo embargado.

Vincent quedó consternado.

—Comprenderá que no puedo aceptar...

—Lady Christine supuso que usted diría algo así, por eso me pidió que le entregara esta carta. —Extendió la mano con un sobre.

Vincent lo tomó desconfiado, lo abrió, expectante, y leyó con atención.

*Querido Vincent,*

*Sé que todo está dicho entre nosotros y que deseas continuar con tu vida lo mejor posible, por eso te suplico que me permitas devolvarte todo lo que por medio de lady Artemisa te hice perder para mi beneficio.*

*Estoy consciente que nada cambiará lo que pasó y cargaré con las consecuencias de mis actos mientras tenga vida. Dame al menos la oportunidad de resarcir un poco el daño causado, necesito enderezar mi camino. No me niegues un poco de paz, acepta lo que es tuyo.*

*Te prometo que me mantendré lejos de ti, jamás seré una sombra en tu existencia; deseo de todo corazón que encuentres lo que yo jamás tendré: paz espiritual.*

*Espero que algún día puedas de corazón perdonarme, yo trataré de perdonar y perdonarme, si es que eso es posible.*

*Siempre tuya,*

*Christine Marie Dickens Castelló.*

Después de leer la carta de Christine, Vincent firmó los papeles al abogado sin decir más. Jamás habría aceptado que ella le devolviera lo que perdió en el juego, pero al leer la súplica con la cual ella pedía paz, no pudo negarse. Una vez que estuvo a solas, se dejó caer al piso, destrozado, y dio rienda suelta a algo que hacía mucho tiempo no hacía: el llanto.

Sus sollozos eran intensos, sacudían su cuerpo. Un potente grito de dolor escapó de su garganta evidenciando su alma rota. Quería perdonar, olvidarse de todo y empezar de nuevo, pero aún no podía hacerlo.

Recordó que Christine le prometió mantenerse lejos de él, y eso le caló a profundidad. ¿Quién podía entender lo contradictorio de sus sentimientos? La quería con el alma, pero al mismo tiempo no podía perdonarla...

El escándalo del teatro fue de proporciones inimaginables; se habló del tema por semanas, meses... Margot fue juzgada con rigor. Elizabeth, gracias al abogado que Vincent le pagó, solo recibió un castigo menor, pero no por ello menos vergonzoso.

La madre de Christine intentó hablar con ella en más de una ocasión, a lo cual ella se negó.

Un día, por petición de Mary, el doctor Lewis la vistió y habló con ella, le aconsejó alejarse un tiempo, a diferencia de la vez anterior en que la internaron en el hospital psiquiátrico. El galeno entendió que el mal de Christine era espiritual, por eso le sugirió ir a pasar un tiempo al campo, la mandó con su hermano John, el cual era sacerdote y vivía en un pequeño pueblo muy lejos de Londres, cerca de un convento de una orden italiana, *il Cuore Immacolato di Maria*.

—Andrew, no puedes seguir así —lo reprendió, triste—. Mírate en mi espejo, no tengas miedo al amor, no cometas los mismos errores que yo.

—No dijiste siempre que para un alma perdida es tarde —respondió él, recordándole sus palabras.

—Lo es para mí, Andrew, yo sola con mi obsesión de venganza destruí el amor del único hombre que me ha amado y al que amaré hasta que muera, quizá aun después. Tu caso es diferente; Mary te ama, entre ustedes no hay engaños ni nada que los separe, excepto tu miedo a ser feliz.

—No lo sé, la sombra del pasado aún está sobre mí y no quiero dañar a Mary, ella es un alma buena y merece un hombre mejor que yo —indicó convencido.

—¿Mejor que tú? Vamos, Andrew, dudo que exista alguien mejor que tú para ella. Piénsalo, aun no es tarde para ustedes, se aman, y solo es cuestión de que te decidas. Prométeme que al menos meditarás lo que te he dicho.

—Te lo prometo. —Alzó la mano como juramento ante un juez.

—¿Vendrás con nosotras? —preguntó, cambiando de tema.

—No, aún tengo asuntos que atender y quiero ponerme al día con la administración de todo los bienes, terminar papeleo. Te prometo que en la primera oportunidad iré a verlas.

Andrew las despidió con pesar, dejarlas ir y ver partir a las dos mujeres más importantes de su vida no era fácil.

Antes de que Mary subiera al carruaje, le dijo que la próxima vez que se vieran tendrían la conversación más importante de sus vidas.

Ella sin importarles el qué dirían, le acunó el rostro con sus delicadas manos y le dijo:

—Aunque yo sea poca cosa, una simple criada, siempre te amaré. —Le dio un tímido beso y se giró para subir al carruaje.

Andrew la tomó por la cintura y, sin más, le dio un beso apasionado, en el cual dejó salir todo lo que sentía; su amor, miedos, frustraciones... todo junto.

—No eres poca cosa, jamás vuelvas a repetir eso; eres la mujer más valiente y hermosa que he conocido.

Mary subió al carruaje con las mejillas sonrojadas y la cabeza gacha por la vergüenza, Christine abrazó con ternura a Andrew y le dijo al oído:

—Piensa en lo que hablamos, no la pierdas; no dejes pasar el amor, porque una vez perdido no vuelve.

—¿Lo dices por ti?

—Sí, y la vida entera no me bastará para arrepentirme por ello. —Su semblante triste era prueba de que sus palabras eran la más absoluta verdad.

Christine subió al carruaje con rumbo a su nueva vida, cargando consigo un pasado terrible, un presente lleno de dolor y un futuro incierto...

## CAPITULO XVI

El sacerdote John Lewis, hermano del doctor Lewis, aguardaba su arribo. Una vez que sus invitadas llegaron, las instaló en una casa cerca de su iglesia.

Christine se enamoró de ella desde el primer instante. La casita, pintada de color azul con las ventanas blancas, rodeada de malvas y flores de hermosos colores, era sencilla pero muy agradable. Ambas coincidieron en que su nuevo hogar les resultaba cálido y acogedor.

La gente del poblado era muy amable con ellas y las acogieron con verdadero cariño. Mary ayudaba al padre John con las actividades en la iglesia y se ocupaba del catecismo, le encantaba estar rodeada de niños.

El tiempo seguía su curso inexorable, los habitantes del lugar seguían con sus vidas inmersos en la rutina, en cambio, Christine sentía que su existencia se había detenido y cada día le parecía igual al anterior.

Ansiaba llorar, desahogar las penas del alma con ese liberador poder, pero, como siempre que lo intentaba, sus ojos permanecían secos. No encontraba la añorada paz. En el pasado, el deseo de venganza la hizo aferrarse a la vida, ahora, ya no tenía ni eso.

Una vez más, era presa de la depresión, Mary se esforzaba en hacerla comer y la instaba a luchar por salir adelante, pero ella no tenía interés en nada, pasaba los días en cama y pocas veces aceptaba pasear por el pueblo.

El padre John la visitaba todos los días. Una mañana, Mary le pidió apoyo, pues no sabía qué más hacer para ayudar a Christine.

El sacerdote habló con ella y le sugirió iniciar una escuela para los niños del poblado y sus alrededores, como eran muy pobres, las familias no podían costear una.

—Piénsalo, Christine, así tendrás una actividad y los pequeños se beneficiarán con tus conocimientos. Estoy convencido que serás una excelente maestra.

Christine meditó la sugerencia del padre John, quizá él tenía razón, ese proyecto sería una manera de reivindicarse y le serviría para mantenerse ocupada.

Mary no la dejaba ni a sol ni sombra. Una mañana, cuando el padre John llegó a visitarla, Mary aprovechó que estaban solos en la estancia para exponer al sacerdote su miedo, temía que ella intentara, una vez más, terminar con su vida.

Al día siguiente, después de salir de misa Christine le dijo:

—No te preocupes tanto por mí, Mary, no lo merezco. Soy una sobreviviente, ¿recuerdas? No intentaré terminar con mi vida. —La miró de frente para que leyera en sus ojos que hablaba con la verdad—. Si eso es lo que te preocupa, puedes estar tranquila. Ya entendí que solo Dios es dueño de la vida y la muerte, y si él decidió que permanezca en este valle de lágrimas, es porque aún no he pagado mi condena.

—No diga eso, señorita, usted merece ser feliz. Estoy segura que con el tiempo sanarán sus heridas, recuerde que Dios es misericordioso y siempre nos perdona, usted no está condenada, solo estaba equivocada...

—Ya hablas como el padre John. —Sonrió, pero el gesto pareció forzado—. Lo que dices suena muy bonito. —Hizo una pausa—. Me cuesta tanto creer que puedo ser digna de Él.

—Él nunca nos abandona, somos nosotros los que, con nuestros actos, nos alejamos del buen camino. Siempre nos está esperando con los brazos abiertos, listo para sanar los corazones dañados; como el suyo.

—Ojalá tengas razón, Mary. Necesito algo a qué aferrarme, una tabla de salvación en medio de toda esta tempestad.

Las pesadillas habían vuelto, Mary estaba desesperada, no sabía qué más hacer para ayudarla. Por las noches, los gritos de Christine la despertaban, corría a su lado para calmarla y consolarla como si fuera una niña asustada por los truenos en una noche de tormenta.

Como lo prometió, Christine mandó construir la escuela y un dispensario médico para esa comunidad que poco a poco se fue convirtiendo en su familia.

El padre estaba muy agradecido por la generosidad que ella mostró y no se cansaba de hacérselo saber.

—Ya le he dicho que no tiene nada que agradecer. ¿Para qué sirve tanto dinero si no puedo ser feliz con él? Al menos así lo gastado está más que bien invertido y servirá para ayudar a muchas personas.

—Dios te recompensará tu generosidad, ya lo verás. —Le tomó las manos con afecto, esa mujer que llegó con el alma perdida, ahora se había convertido en una hija para él.

Christine sentía lo mismo, el padre John se había convertido en su conciencia y guía. A su cuidado, poco a poco fue encontrando algo de calma.

El dar clases a los niños de esa comunidad le había dado un rayo de luz a su vida. Le encantaba estar con ellos, su instinto maternal se consolaba con eso, con las sonrisas de esos pequeños que día a día le fueron ablandando el corazón.

Estaba tan absorbida en las actividades de la escuela, que no había reparado en un detalle de vital importancia...

—Señorita, sigue alimentándose mal y si continúa así, va a enfermar —la reprendió Mary con cariño.

Christine se sentía mal no solo del alma, sino también físicamente, sufría de mareos y seguido la asaltaban náuseas, sobre todo en las mañanas. Su aspecto en general se veía deteriorado, había bajado de peso y las ojeras enmarcaban sus ojos evidenciando insomnio.

—No te preocupes por mí, Mary, estaré bien, es solo un malestar pasajero, ya verás cómo dentro de poco se me pasa. Te prometo que trataré de comer mejor. ¿Eso te tranquiliza? —concedió agradecida, jamás tendría con qué pagar el amor y respeto incondicional que esa mujer le daba.

—Estaré tranquila hasta que la vea bien, señorita Christine, que su rostro vuelva a sonreír, pero de verdad, con una sonrisa auténtica, no forzada.

—Mary, ya te he dicho que no me llames señorita ni me hables de usted. ¿Cuándo vas a entender que te has convertido en la hermana que nunca tuve? Ahora, el padre John, Andrew y tú son mi familia.

—Yo no sé si deba, señorita...

—Sí debes, ¿sabes por qué? Porque te lo estoy pidiendo de corazón.

—Está bien, ya entendí —dijo, apenada—. Estoy segura que Dios te dará la paz y alegría que tanto necesitas.

—Ojalá, Mary, ojalá...

Habían pasado poco menos de cuatro meses desde el día del escándalo en el teatro, Mary estaba muy triste, Andrew prometió que le escribiría y hasta ese momento no había recibido ni una sola carta ni él daba señales de vida. Frente a Christine disimulaba para no preocuparla, pero a solas daba rienda suelta a su tristeza por medio del llanto.

Una mañana, Christine estaba sentada en el templo frente al altar, era una costumbre que adquirió al poco tiempo de llegar al poblado. Le gustaba estar sola frente a la imagen de Dios

Padre; en ocasiones, hablaba con él, otras, solo permanecía en silencio. No se explicaba por qué, pero ese lugar le brindaba un poco de paz en su alma.

—Dios, sé que estas aquí, siento tu presencia. Soy indigna de ti, mis actos me han hecho perderme, soy un alma descarriada que ansía con todo su ser la redención. Dime, Señor, ¿cómo hago para volver? Me he alejado tanto del redil que me perdí. El dolor, el sufrimiento y el rencor han estado tanto tiempo conmigo que se volvieron parte de mí, ¿cómo hago para sacarlos de aquí? —Se tocó el pecho a la altura del corazón—. Mis ojos están acostumbrados a esta oscuridad espiritual que me cuesta ver la luz.

»¡Me olvidé de ti! ¡Renegué de ti!, hice tanto daño a mis semejantes. Me alejé tanto que ya no sé cómo volver al buen camino. No sé cómo orar ni qué decirte, solo puedo pedir con toda mi alma el perdón por mis pecados.

»Enséñame a ser una mujer fuerte, prudente; sin miedo al mañana. Ayúdame a recuperar la fe en los demás, en el amor, pero, sobre todo, en mí misma. Enséñame a ser una mejor persona, y a ser feliz con lo que tengo.

Estaba pidiendo a Dios que le diera fuerzas para no claudicar, que la iluminara sobre qué hacer con su vida, pues no quería seguir sin rumbo como una hoja que se lleva el viento, cuando sintió que algo se movió dentro de ella. En un principio, no le dio importancia y siguió concentrada en su súplica por una tabla de salvación.

Entonces, como una señal divina, la vida dentro de ella se manifestó reclamando así su derecho a existir.

Por un momento dudó, se llevó las manos al vientre esperando sentirlo. Decepcionada, comenzaba a creer que fue cosa de su imaginación cuando con un fuerte movimiento, ese pequeño ser que se arrullaba en su vientre de cuna, evidenciaba su presencia.

Como si una venda cayera de sus ojos, prestó atención a su cuerpo. Cambios muy sutiles a los que no les había dado importancia saltaban a la vista; su vientre estaba ligeramente abultado, y sus senos, más llenos.

Trató de hacer cuentas, pero no tenía ni idea de cuándo había tenido su último período. Levantó la mirada incrédula, con miedo a creer, a soñar.

—¡Dios! ¿Será esto posible? Él médico dijo que sería casi imposible concebir. —Sin embargo, ahí estaba la prueba de un milagro.

Rendida ante la magnificencia del Todo Poderoso, se dejó caer de rodillas frente al altar.

—No puedo creer que después de todo lo que he hecho, me bendigas con la dicha de ser madre —dijo en voz alta y recordó lo que en una ocasión Andrew le dijo: «Es un milagro que, a pesar de todo, su amor haya sobrevivido y aún esté presente en ustedes».

Se acarició el vientre con ternura y de pronto lo notó; un par de lágrimas corrían por sus mejillas, era la primera vez en casi tres años. Como si una lágrima trajera a otra y a otra, lloró sintiendo algo que jamás creyó que volvería a sentir: gozo.

El amor sobrevivió a pesar de todo y fue capaz de florecer aun en medio de las espinas. El fruto de ese sublime sentimiento crecía en su vientre.

No tenía dudas, los malestares, las cuentas; ahora, todo tenía sentido. No diría nada hasta que el doctor Lewis se lo reiterara, por eso mandó a llamarlo.

Cuando el galeno la revisó, le confirmó lo que su corazón ya sabía: dentro de poco más de cuatro meses sería madre.

«¡Madre! ¡Sería madre de un hijo de Vincent».

Comprendió que Dios le había demostrado que no se olvidó de ella, sino que, además, la amaba infinitamente al obsequiarle el regalo más sublime: la vida crecía por segunda vez en un vientre condenado a estar vacío.

Ese bebé sería para ella la luz que resplandecía en la noche, iluminaría su vida. En su vientre tenía la respuesta a sus plegarias, ahí estaba la tabla de salvación por la que tanto había implorado.

Cuando el doctor Lewis abrió la puerta, Mary, que esperaba en el pasillo, entró de prisa, estaba tan preocupada por Christine, que verla llorar hacía que el corazón se le encogiera. «¡Dios, tan grave es!», pensó.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó espantada.

Christine, que hasta ese momento lloraba a raudales con las manos cubriendo su bello rostro, al escuchar la voz de Mary, levantó la mirada y expresó con emoción:

—¡Un milagro, Mary! Eso es lo que ocurre. La vida crece dentro de mí.

Mary la miró pasmada, permaneció en silencio.

—¡Estoy embarazada! —reiteró por si le quedaban dudas a su fiel amiga.

Mary se llevó una mano a la boca, sorprendida en verdad. ¡Era un milagro! Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas y corrió a abrazar a Christine. Juntas lloraron por largo rato.

Los días pasaban, Christine estaba radiante, el saberse embarazada le dio un giro total a su existencia, ponía todo su empeño en comer bien y cuidarse. En poco tiempo, recuperó su belleza, ahora estaba más hermosa que nunca, un brillo especial se había instalado en sus hermosos ojos azul metal.

Mary se alegraba por Christine, pero no podía evitar entristecer por la ausencia de Andrew, ahora estaba convencida que él no la amaba, ni la amaría nunca.

Notaba a Christine extraña, como si ocultara algo, se lo atribuía al embarazo. No tenía ni idea que Christine y Andrew estaban en contacto y le guardaban una gran sorpresa.

—Mary, ven, acércate —pidió Christine, cariñosa—. Abre mi ropero, dentro hay un vestido de gasa en color blanco. —Mary obedeció sin chistar—. ¿Ya lo encontraste?

—Sí —respondió la chica y lo sacó.

—Perfecto, pónitelo y arréglate muy bonita —ordenó.

—¿Yo? ¿Por qué...?

—No reniegues, solo hazlo. —Se puso en pie, se dirigió a ella y tomándola de las manos, le dijo—: Confía en mí y no me hagas preguntas que no puedo contestarte, ¿de acuerdo?

Mary no entendía nada, asintió con la cabeza y se dispuso a hacer lo que Christine le pedía sin cuestionarla más.

Christine le hizo un peinado precioso, en el cual colocó unas florecitas blancas distribuidas de forma coqueta que resaltaban con el castaño intenso de la cabellera de Mary.

—¿Lista? —preguntó, satisfecha con el aspecto de ambas.

—Sí, pero... ¿no vas a decirme a dónde vamos?

—¡No! Así que deja de insistir porque no te diré nada. Mi boca está sellada. —Hizo la seña como si cerrara un cierre sobre sus labios.

Mary, resignada, decidió que lo mejor era tranquilizar sus nervios y dejarse llevar por su amiga.

La iglesia del pueblo estaba preciosa, rebosaban adornos de flores con intensos colores. Cuando se acercaron, el padre John ya las esperaba.

—¿Qué es esto? ¿Qué hacemos aquí? —preguntó Mary sin entender.

—Venimos a una boda —contestó Christine al tiempo que saludaba al padre John.

## CAPITULO XVII

—¿Una boda? —preguntó Mary, sorprendida. No había escuchado que alguien fuese a casarse, y vaya que en ese pueblo todo se sabía en cuestión de minutos. ¿Entonces?...

—Sí, y anda que el novio ya está esperando dentro —le dijo el padre John con una amplia sonrisa.

Christine no le dio tiempo de reaccionar, la tomó del brazo, le colocó un hermoso ramo de flores entre las manos, y juntas caminaron por el pasillo mientras la música les daba la bienvenida.

Mary, confundida de pies a cabeza, se dejaba guiar, no entendía nada de lo que estaba pasando.

De pronto, el hombre que permanecía de pie junto al altar giró, y sus miradas se encontraron.

Por fin Mary lo comprendió todo, miró a Christine emocionada y con lágrimas en los ojos; «¡Andrew!, ¡su Andrew, la esperaba en el altar para casarse!».

—Andrew, te entregó a mi hermana consentida, si no la haces feliz, juro que te las verás conmigo —comentó, cariñosa, y colocó la mano de Mary sobre la de Andrew, después, se retiró a su asiento al lado del doctor Lewis.

La ceremonia fue muy emotiva, el padre John les habló de una forma muy hermosa sobre el matrimonio, el amor y la familia.

Christine estaba conmovida hasta la medula, no pudo evitar pensar en su propio destino. Sin poder evitarlo, entristeció al pensar que ella jamás podría estar en la situación de Mary, casándose con el amor de su vida.

A menudo pensaba en Vincent y se preguntaba cómo estaría, si alguna vez pensaría en ella o si habría podido perdonarla. En ese momento, siendo testigo de cómo Andrew y Mary hacían sus votos de amor eterno, deseó con todo su ser que Vincent pudiera ser feliz, aunque no fuera junto a ella.

El festejo estuvo a lo grande, Christine y Andrew no escatimaron en gastos. La gente del pueblo estaba fascinada, nunca habían participado en un festín así de opulento. Colocaron mesas bajo los frondosos árboles que estaban detrás del templo. Los blancos manteles hacían contraste en el verde paisaje.

Una improvisada pista de baile quedó al centro mientras un cuarteto tocaba música alegre. Los músicos estaban colocados junto a las mesas destinadas para la comida, las cuales estaban rebosantes con deliciosos platillos. Habían instalado una con dulces y chocolates, de los cuales los niños eran los más beneficiados con tan exquisitos manjares.

Por parte de Christine y Mary no había invitados, solo los hermanos Lewis, por parte de Andrew, solo su fiel mayordomo; los demás eran gente del poblado.

El momento en que los novios se marcharan estaba cerca, Christine se despedía de Mary con lágrimas en los ojos:

—¿Estarás bien? No quiero dejarte... —dijo Mary con verdadero afecto.

—¡Claro que estaremos bien! —indicó, acariciándose el vientre—. Tu lugar está al lado de tu marido, así que no te preocupes por mí. Anna, la hija de los señores Buttercup, se mudará conmigo y estará al pendiente de nosotros, no estaré sola. Además, cuento con todos ellos, ¿recuerdas? —Señaló a los habitantes del lugar, y se fundieron en un largo abrazo.

Andrew observaba en silencio a las dos mujeres de su vida: una era como su hermana, y la otra, al fin, su esposa. Admiró la belleza de ambas, Mary resplandecía de dicha, y Christine se veía divina embarazada.

—Tenemos que hablar —pidió a Christine, preocupado, no quería marcharse sin arreglar con ella varios asuntos.

—Sé que te debo una explicación por esto. —Señalo su vientre abultado—. No quería hacerlo por medio de una fría carta —respondió al tiempo que se dirigían a la casa.

—Supongo que Vincent no lo sabe —comentó Andrew una vez que estuvieron sentados en la pequeña y acogedora sala.

—No —aceptó, no tenía caso negar lo evidente.

—Y no piensas decirle, ¿no es así?

—Sí lo haré, algún día. —Hizo una pausa, se puso de pie y se colocó junto a la ventana. Observó a los niños que, fuera, bailaban y jugaban con la alegría propia de la infancia—. Aún no estoy lista para enfrentarlo, pero te prometo que lo haré.

—¿Cuándo? ¿Cuándo mi sobrino esté saliendo de la facultad? O mejor aún, ¿en tu lecho de muerte? Christine, Vincent es su padre y tiene derecho a saberlo. —Andrew se puso en pie y se colocó junto a ella.

—Sé que tienes razón... Si él no se entera que tiene un hijo, se casará y tendrá otros más, seguirá con su vida, será feliz. —Lo miró, suplicante—. No se puede extrañar lo que no se conoce, lo que no sabes que tienes.

Andrew comprendió de inmediato la insinuación de Christine, pero su deber de caballero le decía que no podía permitirlo, tanto su sobrino como Vincent tenían derecho a conocer la verdad.

—Christine, no puedes ser tan egoísta. Estoy convencido que si hablas con él, Vincent, al saber que va a ser padre, hará lo correcto, así mi sobrino crecerá junto a sus padres, en una familia. Piénsalo, piensa en tu hijo, no solo en ti.

—Aún faltan unos meses para que nazca, así que te prometo que lo haré.

—Para qué esperar, yo puedo hablar con él, pedirle que venga... —comenzó Andrew.

—¡Ni se te ocurra! —lo interrumpió—. Ya te dije que lo haré cuando me sienta preparada, mientras tanto, quiero pasar mi embarazo lo más tranquila posible. No quiero arriesgarme a... —No pudo terminar la frase, el pensar en la pérdida de su primer bebé la hizo estremecerse. Sin poder contenerse, lloró.

—Está bien, no llores, respetaré tu decisión aunque no esté de acuerdo. Solo recuerda que Vincent te ama tanto como tú a él, solo necesitan dejar atrás el orgullo y los malos entendidos.

—¿Tú qué sabes? ¿Lo has visto? —preguntó, intrigada.

—Sí —respondió Andrew, sincero.

—¿Cómo está? ¿Te ha preguntado por mí? —Esperó la respuesta expectante.

—Él está bien en apariencia, y no, no me ha preguntado por ti —expresó con pesar.

—Lo ves, no le intereso, quizá ya me olvidó —comentó triste.

—Señor, es hora —dijo el mayordomo, entrando en la salita para anunciar que todo estaba listo para el viaje.

—Christine, ¿de verdad estarás bien? Podemos quedarnos unos días... —comenzó Andrew, preocupado por tener que dejarla. Ella lo interrumpió alzando la mano para que callara.

—No cabe duda que son el uno para el otro, son igual de tercos; ya les dije que estaré bien. —Se dirigió su amiga—. Mary, si este burro se porta mal, dale unos buenos jalones de orejas. —

La abrazó con cariño, después, lo hizo con Andrew—. Cuidense mucho, por favor, y no dejen de visitarme.

—Casi lo olvido —comentó Andrew, sacó un sobre de su chaqueta y lo puso en manos de Christine—. Antes de venir, un lacayo me entregó esto.

Un rayo de esperanza cruzó por la mirada azul metal, pero se desvaneció al ver el remitente. Esa carta no era de Vincent, sino de Clarissa.

Reconoció que a raíz del escándalo del teatro y los últimos acontecimientos, se había olvidado de ella y de su tío. La última vez que supo de ellos, su prima le informó que el conde seguía delicado de salud, pero al menos se encontraba estable y que por órdenes del médico permanecían en el condado de Orange.

Observó el carruaje hasta que lo perdió de vista. La pareja de recién casados partió con rumbo a su viaje de bodas y a su nueva vida, juntos.

Una vez dentro de la casa, rasgó el sobre y se dispuso a enterarse de lo que su prima tenía que decirle.

*Querida Christine,*

*No entiendo por qué has dejado de escribirme, no contestas mis cartas, ¿acaso no comprendes que me preocupo por ti? Aún más sabiendo lo que ha pasado.*

*Mi padre y yo acabamos de regresar a Londres porque Erick por fin regresa y nos prepararemos para recibirlo en una semana. Y lo primero que escucho es sobre el catastrófico escándalo que provocaste en el teatro.*

*Siendo honesta, me dolió enterarme por otras personas de lo que has pasado, ¿por qué no me lo dijiste todo? En tus cartas solo me hablaste de parte de tu historia. Sabes que yo siempre estaré para ti, más que primas, somos amigas, recuérdalo siempre.*

*Ni siquiera sé dónde localizarte, tuve que recurrir al recién instituido conde Andrew Williams para hacerte llegar mi carta. Él se negó a darme tu dirección, dice que lo consultará contigo.*

*¿Qué pasa, Christine? ¿Acaso ya no confías en mí? Espero, en esta ocasión, sí tener una respuesta tuya.*

*Tú prima que te quiere,*

*Clarissa Castelló*

Christine se sintió culpable por el abandono en el cual había tenido a sus parientes, lo que menos quería era importunar a Clarissa con su amargura, ya bastante tenía su prima con la enfermedad de su padre como para encima cargarla con más problemas. Por ese motivo decidió permanecer al margen y no contestó la carta.

Como lo prometió, Mary escribía a menudo, le expresaba lo feliz que era con Andrew, le contó sobre el viaje de bodas, así como que él se empeñó en comprarle todo un guardarropa y le concedía hasta el más mínimo capricho.

Christine estaba feliz por ellos y les pedía que no tardaran en darle a su bebé un primito.

Los días pasaban en tranquilidad y paz, su embarazo iba de maravilla y seguía dando clases a los niños en la escuela. Por las tardes, a las niñas les daba lecciones de protocolo y etiqueta para que se convirtieran en todas unas damitas. En el pueblo era muy querida y respetada.

El día del parto estaba cerca, y, como lo prometieron, Andrew y Mary regresaron para estar a tiempo.

Mary le trajo miles de regalos para el bebé y en una semana ya tenía montada en su habitación la cuna y todo lo necesario para cuando el infante llegara.

—¿Estás bien? —preguntó Mary, preocupada al ver a Christine doblarse.

—Creo que ya es hora —respondió, sintiendo como las contracciones ya eran insoportables. Esa mañana, desde que despertó, las sintió más frecuentes, pero no quiso alarmar a nadie hasta estar segura.

Por fortuna, Andrew mandó llamar al doctor Lewis, y este llegó desde el día anterior; siempre que visitaba a su hermano y a Christine, después de revisarla, aprovechaba para atender a las personas del pueblo en el dispensario que ella mandó construir. En ese momento, se encontraba allí cuando un nervioso Andrew fue por él.

—Tranquilo, muchacho, hasta parece que eres el padre —bromeó el doctor.

—Es mi sobrino, ¿recuerda? —se defendió con una amplia sonrisa en el rostro.

Cuando el doctor llegó, Mary había ayudado a Christine a recostarse en la cama, la señora Buttercup ya tenía las mantas y todo lo necesario listo para recibir al bebé.

Los gritos de Christine eran aterradores, y después de un par de horas, se escuchó el llanto de un bebé. Andrew y Mary permanecían en el pasillo por órdenes del doctor, que solo aceptó que se quedara la señora Buttercup, la cual abrió la puerta y les dijo:

—¡Es una preciosa niña!

Mary no esperó más y entró justo para ver como Christine se retorció de dolor.

—¿Doctor, es eso normal? Ya no debería dolerle —preguntó sin comprender.

—Christine, escúchame bien, hay otro bebé, tienes que ser fuerte y resistir, por favor, respira hondo, y cuando yo te diga, pujas de nuevo —ordenó el doctor.

Mary quedó impactada. « ¿Dos? ¿El doctor había dicho otro bebé? ».

El pequeño Vincent llegó al mundo con un fuerte chillido. En cuanto Christine lo vio, supo que no se podía llamar de otra manera; era idéntico a su padre. La niña, en cambio, era parecida a ella en facciones.

Mary cargaba fascinada al niño, y Andrew, a la niña, ambos la miraron con los ojos brillantes por la emoción.

—Es hermosa. —Andrew fue el primero en hablar—. ¿Qué nombre le darás? —preguntó sin quitar la vista de la pequeña que dormía en sus brazos.

—Mary Ann —respondió mirando con cariño a Mary—. No podría ser de otra manera.

Mary la miró conmovida, unas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Es un honor para mí el que la llames con mi nombre. —Se abrazaron emocionadas con cuidado de no aplastar al bebé que dormía en brazos de Mary.

—El honor será para mí si aceptan ser los padrinos —pidió.

Andrew la miró emocionado.

—¡El honor será nuestro!, verdad que sí, ahijada. —Frotó su nariz con la de la hermosa niña.

—De este pequeño ni te pregunto cómo lo llamaras, es obvio —indicó Mary admirando al bebé.

—Sí, lo sé, yo también, en cuanto lo vi supe que no podría llamarse de otra manera —respondió Christine mientras recibía a su pequeño en brazos, el bebé pedía ser alimentado.

—Será mejor que nos vayamos y dejemos este par de angelitos con su madre para que coman y descansen —dijo Andrew y entregó la niña a la señora Buttercup, que sería a partir de ahora la nana de los bebés.

El tiempo pasó casi sin sentirlo y los pequeños mellizos tenían ya seis meses. El pequeño Vincent seguía siendo idéntico a su padre. Decían que, en ocasiones, los bebés cambiaban, pero él no, el parecido con su papá era extraordinario, solo que él tenía los ojos del color de su madre, ese azul metal tan único.

La pequeña Mary Ann tenía el cabello oscuro como su padre, las facciones de su madre y los ojos como su papá, de un azul claro como el cielo en verano.

Andrew y Mary llegaron para el bautizo de los pequeños.

—¡Dios! Pero como han crecido —comentó Mary, sorprendida.

El gran día llegó y los orgullosos padrinos cargaban a los bebés. La fiesta se planeó en grande, igual que cuando se celebró la boda de Mary y Andrew meses atrás.

—¿Qué has pensado sobre lo que hablamos la última vez? —preguntó, directo, Andrew cuando el festejo terminó. Se encontraban bebiendo café en la salita.

—Te prometí que lo pensaría, y eso he estado haciendo, hablaré con él en cuanto los niños estén en condiciones de hacer el viaje —indicó, mirando con adoración al pequeño Vincent que dormía en sus brazos. La dulce Mary Ann descansaba en brazos de su consentidora madrina.

—Me parece bien, Vincent es un buen hombre y tiene derecho a saber —expresó Andrew, satisfecho, y bebió un sorbo de café.

—¿Qué sucede, Andrew? ¿Hay algo que no me hayas contado? —preguntó Christine, inquieta, conocía bien a su amigo y sabía que algo lo inquietaba.

—Algún día te enterarás y prefiero que sea por mí —señaló con semblante serio.

Christine creyó estar preparada para oír lo que creía que Andrew le diría. Un dolor intenso le traspasó el alma; por la seriedad de su amigo, seguro él diría que Vincent iba a casarse, si es que no lo había hecho ya.

—Habla de una vez, di lo que tengas que decir, no te guardes nada.

—Vincent y yo nos hemos estado viendo y me ha pedido ser parte de la naviera y del proyecto que tenemos en América —indicó, esperando desaprobación por parte de ella.

Christine soltó el aire que había estado conteniendo. «¡Dios! ¡Gracias!», pensó aliviada. ¿Por qué aún conservaba la esperanza de un futuro, juntos? Eso era de lo más absurdo, él había decidido marcharse y, al parecer, no tenía intención de volver.

—Puedes estar tranquila, he cumplido mi palabra y no le he dicho nada respecto a mis ahijados. De hecho, no hemos hablado de ti, no sé si sepa que tú también eres parte de este negocio, puesto que nunca me ha preguntado nada relacionado contigo.

—Eres muy amable al querer suavizar las cosas, pero la realidad es esta, Andrew: no le intereso y es tiempo de aceptarlo. En cuanto a lo del negocio, no tengo ningún inconveniente en aceptarlo como socio, es él quien tiene que decidir si le interesa asociarse conmigo —respondió, triste. A pesar de todo, la decepcionaba la falta de interés de Vincent hacia ella.

—En cuanto regrese, hablaré con él del asunto de la sociedad —comentó Andrew, satisfecho. Estaba convencido que si Christine y Vincent se veían una vez más, arreglarían sus diferencias, ahora que estaban sus hijos de por medio, los dos tenían que ser más responsables y menos egoístas. Esos inocentes angelitos se merecían un verdadero hogar, y él haría todo lo posible para que sus ahijados crecieran en una familia plena.

—Hay algo más que tienes que saber. —Hizo una pausa, y Christine supo que no eran buenas noticias—. Tu tío falleció el mes pasado, Mary y yo asistimos al funeral para darle a tu prima el pésame por tan lamentable pérdida, y la verdad es que Clarissa se veía muy mal. Las personas murmuraban sobre la ausencia de su marido, al parecer, las cosas no andan bien entre ellos, incluso se rumora que hay una tercera en discordia, una tal viuda Riopold.

—¿Qué? —No podía creer lo que Andrew decía.

Sin poder evitarlo, recordó el dolor que sintió cuando murió su padre y lo sola que se sintió al ser abandonada por las personas que se suponía que debían consolarla.

Un sentimiento de culpa la embargó, sin proponérselo, le había hecho a Clarissa lo mismo que le hicieron a ella, la dejó sola cuando más contaba.

—¿Sabes dónde se encuentra? —preguntó, consternada.

—Al parecer, después del funeral se refugió en su finca del condado de Orange.

—Iré a verla. —Se dirigió a Mary, que cargaba a la niña y escuchaba la conversación en silencio. ¿Podrían quedarse un par de días más para que yo pueda visitarla? No confiaría a nadie más la seguridad de mis niños.

—Iré contigo, Mary puede quedarse con la señora Buttercup —sugirió Andrew, adelantándose a su esposa.

—De ninguna manera, tu lugar está al lado de Mary. Pediré a la hija de la señora Buttercup que me acompañe, estoy segura que Anna lo hará encantada.

Nada más llegar al condado de Orange, Christine se encontró con la noticia que su prima se había marchado del país con los hermanos Sanders. Consternada por no poder verla, regresó sintiéndose una bruja por ser tan insensible al dolor de Clarissa, quizá si le hubiera contestado sus cartas, las cosas serían distintas.

«¿Hasta cuándo dejaré de dañar a las personas que amo?», se preguntó mientras regresaba a su hogar.

Andrew y Mary se sorprendieron al verla llegar antes de lo previsto. Les explicó lo ocurrido, y ellos la consolaron y trataron de hacerla sentir mejor.

El día de partir llegó y, como siempre, Mary se iba entristecida al dejar a sus ahijados.

Andrew hizo prometer a Christine que pronto iría a visitarlos y que hablaría con Vincent sobre sus hijos. Esperarían un par de semanas a que mejorara el clima, para que los niños pudieran viajar sin problema.

Pero el destino tenía otros planes...

Al llegar a Londres, Andrew le informó que Vincent se había marchado a los Estados Unidos un par de días antes que él y Mary regresaran del festejo del bautizo de los niños. Le dijo que por ese motivo no pudo hablar con él.

Vincent había partido sin enterarse de su paternidad y, según la carta que le había dejado a Andrew, regresaría en un tiempo aproximado a un año.

Christine se resignó a tener que posponer su encuentro con el padre de sus hijos hasta que él regresara de su viaje. Por un lado, experimentó alivio, por el otro, no podía evitar sentir la tristeza que embargaba su corazón al saberlo cada día más lejano a ella.

Pasó una semana más en Londres y volvió al pueblo, ahora ese era su hogar, allí se sentía querida. Ese era su sitio.

No contaba con que el destino seguiría moviendo los hilos alargando el ansiado encuentro, Vincent había mandado una carta a Andrew en la cual le informaba que se había establecido en las afueras de la ciudad de New Orleans y que no pensaba regresar a Inglaterra.

Andrew convenció a Christine para que viajaran a América y buscara un encuentro con Vincent, pero Mary quedó embarazada y como su gestación era de alto riesgo, tuvieron que posponer los planes.

Christine se trasladó a Londres y se quedó en casa de Andrew para cuidar de Mary hasta que naciera su hijo.

Un día llegó una misiva que venía de los Estados Unidos, Andrew supo enseguida que era de Vincent. En ella le comunicaba sobre los negocios, decía que estos iban de maravilla y lo invitaba a pasar una temporada en su casa.

Andrew pensó que ese era el pretexto ideal para reunir a sus amigos, le había tomado afecto a Vincent, y Christine era como su hermana, por lo que deseaba verlos criar juntos a sus hijos en una familia feliz. Por desgracia, el viaje tendría que esperar un poco.

Al responder la carta de Vincent, Andrew le informó sobre el estado delicado de su esposa, prometió que en cuanto pudiera viajar, iría a visitarlo y llevaría consigo una sorpresa.

El tiempo pasó volando, el bebé de Andrew nació fuerte y sano, por fortuna, Mary se recuperó del parto con rapidez.

Christine se preparaba para volver al pueblo, Andrew le hizo prometer que en cuanto el pequeño Andrew cumpliera la edad que recomendaba el doctor Lewis para viajar, irían a América a visitar a Vincent sin excusa ni pretexto.

Christine aceptó de mala gana, pensando en que ya tendría tiempo de idear algo para zafarse del viajecito; lo que menos esperaba es que la vida opinaba diferente y le deparaba otra cosa...

## CAPITULO XVIII

Un par de días después de regresar de Londres, Christine se encontraba jugando con sus pequeños en la arboleda atrás del templo del pueblo. Sus hijos ya tenían pasados los dos años, eran muy listos e inquietos. Llenaban su vida de tranquilidad, y ella los amaba con toda su alma.

—Niña Christine, en la sala aguarda una visita —dijo la señora Buttercup sin aliento, interrumpiendo el juego con los niños.

—¿Ha dicho quién es? —preguntó, acomodándose el vestido.

—La hermana Helen, del convento *il Cuore Immacolato di Maria* —respondió, recordando las palabras de la mujer.

Christine se extrañó de la visita, pero no se negó, en ocasiones anteriores, por intercesión del padre John, ayudó económicamente a dicho convento.

Se dirigió de prisa a su casa, dejando a sus hijos al cuidado de la señora Buttercup. Lo que jamás esperó fue que, al entrar a la sala, quién la esperaba era nada más ni menos que la misma Elizabeth Pembroke.

«¿Qué hace ella en su casa y con hábito de monja?», se preguntó atónita.

—Antes que decidas echarme de tu casa, por favor, escucha lo que tengo que decirte —suplicó.

Christine le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento y se sentó frente a ella.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó sin más.

—El conde Andrew Williams me dijo dónde localizarte —respondió, apenada—. Christine, sé que te hice mucho daño y una vez más te pido perdón por ello. Sé que esto no cambiará en nada lo que pasó, el peso de mis errores es algo con lo que cargaré hasta el día que muera. He cumplido mi deuda con la ley y la sociedad, pero aún no he cumplido contigo ni con mi primo.

—Si viniste aquí por eso, puedes irte tranquila, hace mucho que te perdoné —dijo sincera.

—No es solo por eso que he venido, hay otra razón. —Su semblante cambió a una mueca de verdadero pesar—. Después de salir del reformatorio, entré de interna al convento, ahí encontré la paz que mi alma tanto necesitaba, recibí el llamado de Dios y por primera vez en mi vida sé cuál es mi verdadera vocación. Creí que el pasado por fin había quedado atrás. —Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas—. La vida entera no me bastará para lamentarme por mis errores, y más aún porque las consecuencias siguen presentes. —Se puso en pie—. Vincent está muy mal, Christine, bebe mucho y la racha de autodestrucción que llevó tuvo consecuencias. Una noche, mientras regresaba de una de sus parrandas, cayó de su caballo hiriéndose de gravedad.

Christine se levantó como si un resorte la hubiera impulsado, palideció y sintió que el aire le faltaba.

—¿Murió? —Apenas pudo preguntar.

—No, al menos no cuando yo decidí venir a buscarte —intentó bromear—. El accidente fue hace varios meses, yo recibí la carta de su administrador informándome de lo ocurrido con mi primo. Pedí permiso a mis superiores para ir a su lado, aun a riesgo de llegar demasiado tarde. Cuando arribé en América, sus empleados me informaron que él estaba mejor y que, por fortuna, la gravedad de su situación había pasado, sin embargo... —Guardó silencio, angustiada—. Él... él está peor que nunca, no tiene interés por vivir y no pone de su parte por recuperarse, al contrario, se está dejando morir. Comprendes que no puedo permitir eso, ¿verdad, Christine? —Lloró con amargura.

Christine permanecía inmóvil, asimilando todo lo que Elizabeth acababa de contarle, cuando la pequeña Mary Ann entró en la salita y al verla, se abalanzó hacia ella.

—¡Mami!, ¡mami! Ya *egamos*...

Elizabeth pasó pasmada su mirada primero a la pequeña, y luego a Christine. Si esa niña la llamaba mamá eso significaba que ella tendría un marido...

—Por favor, dime que aún no es tarde para ustedes dos, Christine —suplicó.

En ese momento, el pequeño Vincent entró seguido de la señora Buttercup. Elizabeth por poco y se desmaya de la impresión. Se llevó las manos a la boca, impactada por el descubrimiento que acaba de hacer. Tenía frente a ella a sus sobrinos, ¡tenía dos sobrinos!

—¿*Quen es edlla*, mami? —preguntó el pequeño Vincent, mirando a la extraña con curiosidad.

Elizabeth no podía apartar la mirada de del niño, se acercó a él y le dijo cariñosa:

—Soy tu tía Elizabeth, tu papito es mi primo.

—¿*Conodces* a papito? ¿*Vene* contigo? —indagó, emocionado.

—No, él esta enfermito y los necesita mucho, a tu mami, a tu hermana y a ti —indicó, poniéndose en cuclillas para estar a su altura—. Me permites abrazarte.

El niño asintió, y Elizabeth lo abrazó con ternura. Lágrimas de felicidad salían de sus ojos mientras tenía al hijo de Vincent en sus brazos, entonces, cayó en cuenta de algo.

Cargó al pequeño.

—¿Qué no se supone que tú...? —No se atrevió a terminar la pregunta al comprender lo impropio de esta.

Christine cargaba a la pequeña Mary Ann, contemplaba la escena en silencio cuando Elizabeth formuló la pregunta a medias.

—¡Ellos son un milagro, Elizabeth! Al principio, yo tampoco podía creerlo.

—¡Dios! Gracias Padre bueno por este milagro de amor —oró agradecida, miró con atención a Mary Ann y le dijo:

—Eres hermosa, tienes los ojos igual que Vincent y el color de su pelo también.

—Yo *mi* llamo *Vincend* como papito —señaló el pequeño, orgulloso.

—Eres igualito a él —dijo juguetona, lo colocó en el suelo y pidió permiso a Christine para cargar a la niña, la abrazó con afecto mientras en silencio daba gracias al Creador por ese milagro que sabía que sería decisivo para el bienestar de Vincent.

—Niños, acompañen a la señora Buttercup a la cocina, les dará galletas, mientras, yo hablaré con su tía Elizabeth —pidió amorosa y plantó un beso a cada uno.

Los niños asintieron y llevados de la mano por la señora Buttercup, salieron rumbo a la cocina.

Cuando Christine calculó que ya no podían oírla dijo:

—Elizabeth, ¿qué pretendes? Habla claro, por favor.

—Christine, he venido a pedirte, más bien suplicarte, que viajes conmigo para ver a Vincent, él te necesita más que nunca.

—Él no me necesita, ha estado en contacto con Andrew y jamás ha mostrado el más mínimo interés en mí —le espetó, dolida.

—¡Por Dios, Christine! ¿Cómo puedes ser tan ciega? No cabe duda que son el uno para el otro, un par de orgullosos. ¿Por qué crees que él está así? —Christine no contestó, y Elizabeth siguió hablando—: Él te ama y por más que lo ha intentado, no ha podido olvidarte. Imagínate mi sorpresa cuando llegué a su casa y me encontré con que no quería vivir. La gente a su

servicio conoce de sobra tu nombre porque en sus borracheras no hace otra cosa que llamarte, y sé que el no tenerte lo está matando.

—Eso no puede ser verdad, si me amara y me necesitara como dices, habría hecho algo al respecto.

—Dime, Christine, ¿tú has hecho algo al respecto? No, ¿verdad? Entonces, no lo juzgues tan severa.

—¿Andrew lo sabe?

—Sí, pero lo supo por mí, imagínate su sorpresa cuando me aparecí en su casa y le supliqué que me dijera dónde encontrarte.

—Ese Andrew tiene un corazón de pollo —comentó, sonriendo.

—Mary es muy afortunada, el conde es un gran hombre —dijo Elizabeth, sincera.

—Lo sé y volviendo a lo de Vincent. —Se paseó nerviosa por la habitación—. ¿Has pensado que quizá mi visita resulte contraproducente?

—Christine, dime una cosa, ¿qué pasó contigo cuando te enteraste que estabas embarazada? —preguntó, atenta a las reacciones de su interlocutora.

—No entiendo tu pregunta...

—Yo te diré qué pasó. Volvieron a ti las ganas de vivir, de salir adelante y dejar el pasado atrás. La maternidad te cambió para siempre, Christine, lo veo en tus actos, en tus hijos, ellos son tu tabla de salvación o ¿acaso me equivoco?

—¡No! —reconoció

—Entonces, no le niegues a Vincent esa oportunidad de redención que Dios te dio. —se acercó, suplicante—. Por favor, Christine, viaja conmigo, y juntas ayudemos a mi primo, si Dios decide llevárselo, que al menos él no se marche de este mundo sin saber que su semilla dio frutos.

Christine soltó el aire con fuerza; las palabras de Elizabeth le llegaron hondo, ¿Y si Elizabeth tenía razón y estaba siendo una egoísta y orgullosa? Si Vincent no quería nada con ella, no significaba que no quisiera a sus hijos.

Andrew siempre le había dicho que él tenía derecho a saber que era padre y tomar por sí mismo una decisión al respecto.

—Está bien, iremos contigo y que sea lo que Dios quiera.

—Gracias, Christine —respondió Elizabeth, se abrazó a ella con lágrimas en los ojos—. Recemos para que toda esta pesadilla por fin termine.

Llegaron a Londres para pasar la noche, tomarían el barco al día siguiente. Christine no pudo dormir ni un minuto, la expectativa de no saber qué pasaría cuando Vincent y ella estuvieran frente a frente la llenaba de angustia.

En el transcurso del viaje, los lazos afectivos entre Elizabeth y sus sobrinos se estrecharon de manera increíble. Christine disfrutaba verlos jugar y reír encantados con su tía Liz. Sus niños estaban por cumplir los tres años y eran todos unos angelitos traviosos.

—Es increíble como la sangre llama, ¿no crees? —comentó Elizabeth mientras contemplaban a los pequeños dormir.

—Sí, te has ganado su cariño y confianza muy rápido.

—Sé que aún no confías en mí, pero te juro que la vida entera no me bastará para arrepentirme de haber interferido entre Vincent y tú. Si yo no hubiera...

—Eso ya no tiene remedio —la interrumpió—. No tiene caso lamentarse por lo pasado. Solo pide a Dios que no sea demasiado tarde para nosotros —expresó, triste.

—¿Todavía lo amas? —preguntó esperanzada.

—¡Con toda el alma! —respondió Christine sin vacilar.

Cuando por fin llegaron a tierra, las esperaba un carruaje de la plantación de Vincent. Los niños estaban cansados y se durmieron de inmediato.

Christine estaba maravillada ante la belleza nativa. América era hermosa, llena de valles y contrastes. Miraba encantada a través de la ventana del coche.

La plantación de Vincent era todo un descubrimiento, la majestuosa casa blanca de columnas al frente y grandes ventanas era impresionante. El estilo arquitectónico en nada se parecía a las construcciones europeas a las que ella estaba acostumbrada. Los alrededores eran fastuosos paisajes, todo era perfecto, se enamoró del lugar al instante.

Se imaginó cómo sería criar a sus hijos allí, y la idea le encantó. Solo había un pequeño inconveniente, quizá Vincent no la querría a su lado.

Tomó una gran bocanada de aire y entró en la espectacular mansión, los recibió una mujer de mediana edad y complexión robusta.

—¡Buenas tardes, Aleida! —saludó Elizabeth—. Ella es la señora Christine Dickens, y los pequeños son mis sobrinos —señaló orgullosa.

Aleida, por un momento, no dijo nada, miraba atónita a la causante de todos los pesares de su querido patrón. Ahora comprendía el por qué su amo estaba obsesionado con ella. Esa mujer era poseedora de una belleza extraordinaria, y qué decir de los niños, eran preciosos.

—Ni falta hace que lo diga, señorita Elizabeth, la niña tiene los ojos del patrón, y el niño es idéntico a él. Como decimos aquí «no niegan la cruz de su parroquia». —Sonrió a los niños y a Christine.

Christine no pudo evitar sentirse una intrusa. Elizabeth, como adivinando su sentir, le dijo:

—Aleida es el ama de llaves y quien se encarga de llevar la casa, su esposo es el mayordomo, el señor Julian. Ellos los ayudarán con lo que necesiten. Siéntete como en casa, Christine, estoy segura que contigo y los niños aquí, el cabezota de mi primo se recuperará como por arte de magia, ¡ya lo veras!

Después de instalarse, Elizabeth pidió a Christine y a los niños que la acompañaran a merendar.

—¿Vincent no va acompañarnos? —preguntó Christine, extrañada, desde que llegaron no lo había visto. Era como si no viviera allí.

Elizabeth no contestó, y su mirada se entristeció, por lo que fue Aleida quien le informó que el patrón estaba en su habitación, perdido en alcohol como siempre.

—Por favor, Christine, tienes que ir a verlo, habla con él, intenta hacerlo entrar en razón —suplicó—. Yo me llevaré a los niños a jugar al jardín, la tarde está estupenda y no podemos desaprovecharla.

Christine no estaba muy convencida de hacer lo correcto, llamó varias veces a la puerta que Aleida le indicó. Al no recibir respuesta, decidió entrar. Una vez en la habitación de Vincent, una sensación de angustia le invadió el alma. Todo estaba revuelto, las cortinas cerradas, en el piso había botellas vacías esparcidas por todas partes; era un espectáculo deprimente. Las penumbras reinaban en el lugar y se respiraba un olor fétido del alcohol derramado sobre la alfombra y, quizá, en los muebles.

Se acercó sigilosa a la cama donde él yacía. Sintió desfallecer, ese hombre en nada se parecía al Vincent que ella recordaba. Ahora comprendía la preocupación de Elizabeth.

Vincent estaba muy delgado, y su rostro se veía demacrado. Se sintió culpable por el abandono en el cual él se encontraba. Le acarició el cabello con una mano, y con la otra, el rostro. No pudo evitar que un par de lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—¿Cómo es que llegamos a esto, amor mío? —preguntó en voz alta, creyéndolo dormido—. No se te ocurra dejarme —le ordenó—. Si tú mueres, me llevas contigo, ¿entiendes? Sin ti, no puedo seguir.

Se acostó junto a él y colocó su cabeza en el pecho masculino. Recordó la última vez que hicieron el amor y que ella estuvo así, en sus brazos. Solo que en esta ocasión, él no estaba consciente de su cercanía. Sin poder contenerse más, lloró y lloró hasta quedarse dormida.

Vincent estaba aturdido por los efectos del alcohol, solo quería morir para reunirse con sus padres y su bebé. Añoraba descansar para siempre del dolor y sufrimiento.

De pronto, escuchó la voz de una mujer que le hablaba. «¿Cómo es que llegamos a esto, amor mío?», le preguntaba en un tono dulce que le resultaba familiar. «No se te ocurra dejarme», percibió la orden. «Si tu mueres, me llevas contigo, ¿entendiste? Sin ti, no puedo seguir». ¿Sería ella? ¿Acaso era Christine quien le hablaba? Después, solo escuchó llanto. ¿Por qué lloraba?

El estupor de la embriaguez no lo dejaba distinguir entre qué era real o no. Quería abrir los ojos para cerciorarse que no era una alucinación, parte de su delirio. Sin embargo, su cuerpo no respondió, después de un instante, cayó en un sueño profundo.

Elizabeth entró a la habitación de su primo, su corazón se estremeció al ver la escena que tenía frente a sus ojos: Christine dormía junto a Vincent, abrazada a él. No hubiera querido interrumpirlos, pero los niños tenían sueño, estaban muy inquietos y preguntaban por su madre.

El sol entró por la ventana acariciando con su cálida luz la habitación. Christine despertó desorientada, de pronto no recordó dónde se encontraba. En cuestión de segundos, asimiló los últimos acontecimientos. Se puso en pie dispuesta a comenzar un nuevo día.

Después de desayunar, Elizabeth se llevó a los niños junto con Aleida para recoger los huevos de los gallineros.

Aprovechando el momento, Christine entró una vez más en la habitación de Vincent, lo contempló en silencio unos minutos. Su aspecto estaba descuidado y tenía la barba crecida. Se negó a sentir pena por él. Estaba allí para ayudarlo, y eso haría.

Pidió a Julian que se encargara del aseo de Vincent, quería que estuviera lo más presentable y sobrio para cuando lo vieran sus hijos.

—Estaré en la biblioteca en lo que usted termina con él. —Salió sin más, aunque le hubiera encantado ver cómo se las arreglaba el hombre con el estado inconveniente de Vincent.

Esperaba en la biblioteca, en la cual estaba el despacho, creía estar preparada para el encuentro con Vincent.

En cuanto la puerta se abrió, los dos se quedaron petrificados por distintas razones: Vincent, porque ella era la última persona que esperaba ver en su casa, y Christine, por verlo postrado en una silla de ruedas.

## CAPITULO XIX

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Vincent, hosco, necesitaba asegurarse que Christine era real y no producto de su imaginación como ya le había pasado en otras ocasiones, en la cuales, gracias a los delirios producidos por el alcohol, la veía con la misma claridad que ahora.

Christine quedó desconcertada, aunque no esperaba que la recibiera con los brazos abiertos, tampoco esperó un trato tan hostil. Antes que pudiera decir nada, Elizabeth llegó hasta ellos como caída del cielo.

—Yo la traje, ¿algún problema por ello? —se enfrentó a su primo, molesta por sus malos modos.

—No te preocupes, Vincent, si no soy bienvenida, ahora mismo me marchó —indicó sin revelar su sentir.

—¡No! —Vincent fue tajante, y eso le dio esperanzas a Christine—. Disculpa si no fui cortés, tu presencia me tomó por sorpresa. Aunque sigo sin entender qué haces aquí. —Comenzó a girar las ruedas para dirigirse a la mesita de los licores.

—Christine está aquí para ayudarte con tu recuperación —comentó Elizabeth esperanzada.

Vincent detuvo su avance y fulminó a las dos mujeres con la mirada, sus ojos centellaron por la rabia que lo embargó cuando se dirigió a Christine.

—¿Vienes a calmar tu conciencia haciendo una obra de caridad con el pobre paralítico? ¡No necesito tu lástima! Así que puedes regresar por dónde viniste —gritó.

—No estoy aquí por lástima, yo ni siquiera sabía que tú...

—¡Dilo!, ¡no te detengas! —ordenó, exasperado, ante el silencio de ella—. ¡Que lo digas, maldita sea! Di que no esperabas encontrar a este despojo humano. —Se señaló.

—Christine no estaba al tanto de tu condición física, yo no se lo mencioné —aclaró Elizabeth.

—Sí, tu querida prima olvidó contarme ese detalle. —La ironía tiñó sus palabras. Lo miró con pesar, el Vincent aguerrido que ella conoció ahora era solo amargura y resentimientos. Reflexionó que lo mejor era portarse inflexible, si le demostraba amor y ternura, él terminaría por creer que en verdad le tenía lástima—. Si tan desagradable te es mi presencia, me marchó, y asunto arreglado —concluyó.

—Qué fácil, ¿no? Me dejas otra vez como si fuera un objeto que ya no sirve.

—¡Yo no te dejé! Fuiste tú el que decidió seguir sin mí y se marchó sin mirar atrás.

Se gritaban el uno al otro como si su vida dependiera de ello, descargando así los sentimientos contenidos.

Elizabeth sintió que la situación se le escapaba de las manos, si no ponía remedio cuanto antes, ese par terminaría por sacarse los ojos.

—¡Basta los dos! —ordenó con voz firme—. No importa quién dejó a quién, lo importante ahora es que están juntos y así lo estarán aunque no quieran por al menos tres semanas. —Los dos la miraron, expectantes—. El mal temporal mantiene cerrado el puerto y la amenaza de huracanes está latente, así que, por el momento, los viajes están suspendidos —explicó, pidiendo a Dios que ese par se tragara su discurso, el cual no era del todo mentira.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Lo que oyen. El próximo barco a Inglaterra zarpará dentro de tres semanas, mientras tanto, les sugiero que pacten una tregua y lleven la fiesta en paz por el bien de su...

—Elizabeth tiene razón —la interrumpió Christine, miró a Elizabeth, suplicante, y esta entendió que por el momento ella no quería hablar de sus hijos.

Elizabeth se preguntó por qué Christine ocultaba la verdad, a su forma de ver las cosas, Vincent tenía derecho a saberlo. La cuestionó con la mirada, y Christine solo le respondió con un callado «Por favor, ahora no es el momento».

—Julian, sírveme un trago —ordenó Vincent de forma arrogante, necesitaba con urgencia el licor para tranquilizar sus nervios. Estaba sumido en sus pensamientos que no se percató del intercambio de miradas entre las mujeres.

—Nada de alcohol —dijo Elizabeth, tajante.

—¡Tú no eres quién para prohibirme nada! —La fulminó con la mirada.

—Te equivocas, primo, evitaré a toda costa que sigas destruyéndote y no descansaré hasta que vuelvas a ser el mismo de antes.

Vincent soltó una carcajada amarga.

—Por si no lo has notado, prima, estoy postrado en una maldita silla. ¡Jamás volveré a ser como antes! —ironizó—. Ya no sirvo para nada, por eso prefiero morir. —Girando las ruedas, avanzó hasta la licorera, pero antes que la tomara, Elizabeth se la apartó.

—Ya te dije que no más alcohol, tienes que estar sobrio y recuperarte, no seas egoísta, piensa en que hay personas que te necesitan y dependen de ti —lo dijo pensando en sus sobrinos, esas inocentes criaturas que no tenían culpa de nada.

Vincent maldijo y soltó improperios al por mayor, Christine sintió su corazón encogerse de tristeza. No encontró palabras para decirle, para calmar ese dolor que la cristalina mirada azul cielo mostraba, por lo que optó por permanecer en silencio.

—¿Por qué no me dejaste decirle de mis sobrinos? —cuestionó Elizabeth a Christine una vez que estuvieron solas.

—Aún no es el momento, no quiero exponerlos a los arranques de furia de Vincent. El síndrome de la abstinencia es muy cruel, ya lo pasé con Andrew, y sé de qué te hablo. Es mejor esperar hasta que él esté más tranquilo. Primero necesita asimilar mi presencia y ya después buscaré el momento oportuno para hablarle de nuestros hijos.

—Comprendo tus motivos, pero estoy segura que si él supiera...

—Por favor, Elizabeth, no te pido que estés de acuerdo, solo que me apoyes en mi decisión.

Elizabeth asintió aun sin estar muy convencida de hacer lo correcto. Ambas informaron al personal que por el momento no era conveniente que Vincent supiera de la presencia de los niños.

Aleida, al igual que Elizabeth, trató de persuadirla, pero Christine no desistió, les prometió a ambas mujeres que hablaría con Vincent de sus hijos cuando lo considerara prudente.

Los días posteriores fueron un verdadero infierno, el síndrome de abstinencia, tal y como vaticinó Christine, fue terrible. Por fortuna, ella sabía de lo que se trataba y cómo enfrentarlo.

El doctor Lewis las había instruido a Mary y a ella en cómo lidiar con los ataques de pánico que sufrían los adictos. Por lo que no se dejó amedrentar ante los arranques de ira, las groserías e insultos que Vincent soltaba cuando le negaban el alcohol.

Christine no perdió la paciencia a pesar de que, en varias ocasiones, Vincent le aventó con furia la charola con los alimentos y se negó a comer si no le daban un vaso con whisky. Estaba de pésimo humor, gritaba maldiciones e improperios que asustarían a cualquiera, pero ella estaba decidida a ayudarlo. Antes de regresar a Inglaterra, se aseguraría que él quedara en paz.

Ordenó que se aseara a diario la habitación, aunque él se opusiera. Estaba decidida a terminar con los malos hábitos que él había adquirido por su adicción.

Después de una semana, el humor de Vincent había mejorado un poco. El padre Thomas le pidió ayuda a Elizabeth para atender un brote de influenza que estaba atacando a un pueblo de las cercanías, por lo cual ella no se pudo negar.

Antes de partir, Elizabeth dio instrucciones a Christine sobre el cuidado de Vincent y le mostró como darle los masajes en las piernas, mismos que el doctor indicó que se hicieran a diario.

Eran pasadas de las diez de la mañana cuando Christine entró en la habitación de Vincent, corrió las cortinas para que entrara un poco de luz, aunque el clima no ayudaba de mucho. Los últimos días, las lluvias parecían interminables, las cuales, a ratos, se convertían en tormentas.

Se acercó a la cama, Vincent parecía dormir, lo contempló en silencio. Aún demacrado, le parecía el hombre más hermoso sobre la faz de la tierra. Decidió no despertarlo y regresar más tarde, estaba por darse la vuelta para marcharse cuando él le habló:

—No te vayas, no estaba dormido, solo meditaba, pues, como comprenderás, no tengo mucho por hacer —sus palabras destilaron amargura.

—He venido a darte tu masaje de rehabilitación —comentó, apenada.

La primera vez que Christine tocó sus piernas, Vincent sintió un pequeño cosquilleo, fue tan fugaz que pensó que había sido cosa de su imaginación, pero entre más posaba ella sus manos en sus engarrotados músculos, más sensaciones le provocaba.

«¡Dios! ¡Estoy sintiendo!», se dijo, emocionado. La sensibilidad poco a poco fue haciéndose más evidente, sus piernas parecían despertar de su letargo.

Christine, con sus manos, no solo le estimulaba los músculos de las piernas, sino más allá. Su hombría comenzó a sufrir las consecuencias de aquel masaje, que no pretendía ser erótico, hasta estar completamente urgido de ella. Emitió un gruñido de frustración, pero ella estaba tan inmersa en su tarea, que ni cuenta se daba del poder que poseía al solo toque.

Avergonzado, se colocó las manos al frente para disimular su evidente excitación.

Christine le daba masajes en las piernas dos veces al día de acuerdo a las instrucciones que le dejó Elizabeth. Y sin que se dieran cuenta, pasó otra semana más.

Vincent cada vez tenía más sensibilidad, inclusive la noche anterior había logrado mover los dedos del pie izquierdo. Estaba tan feliz, que hubiese querido gritarlo al mundo, pero luego decidió guardárselo para sí. No quería hacerse falsas ilusiones, por lo que decidió que esperaría a la opinión del médico.

Los días pasaban en una aparente calma, el trato de Vincent hacia Christine poco a poco fue menos hostil, ella le llevaba los alimentos, le hacía compañía mientras comía y estaba pendiente de todo lo relacionado con él y su bienestar.

Por las tardes, leía un rato para él, llevaba el té y se quedaba a charlar. Mantenían largas conversaciones, en las cuales se ponían al tanto de sus vidas. Ella le contó sobre el pueblo, el padre John, las clases a los niños, claro que omitiendo todo lo relacionado a sus hijos.

Vincent le habló del trabajo en la plantación y prometió que en cuanto mejorara el clima la llevaría a recorrerla.

Desde que Christine comenzó a ocuparse de él, había algo que lo preocupaba y no dejaba de rondarle por la cabeza. Ella pasaba gran parte del tiempo a su lado, pero, aun así, se ausentaba por largos periodos. Se preguntaba qué hacía cuando no estaba con él.

La notaba extraña y reservada, entonces reparó en que un aire de misterio se extendía incluso al personal de servicio, parecía como si todos supieran qué estaba sucediendo menos él, y eso lo molestaba.

Estaba decidido a resolver el enigma. Averiguaría qué le ocultaban, así tuviera que salir arrastrándose.

La movilidad poco a poco fue regresando a sus piernas, pero seguía sin delatarse. Una mañana, Christine estuvo a punto de descubrir su secreto al derramarle por accidente caldo de gallina caliente sobre su muslo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no evidenciar

que no solo sentía, sino que le dolió. Aun contra su voluntad, hizo una mueca que no pasó desapercibida para ella.

—Te ha quemado, ¿lo sentiste? —Su rostro mostró esperanza.

—No, fue un reflejo involuntario, aún no me acostumbro a no sentir nada de la cintura para abajo, solo reaccioné por instinto, nada más. —La miró serio y reuniendo todo su poder de concentración para no mover su pierna, que deseaba danzar ante el dolor.

Christine retiró la sábana y comenzó a refrescar la zona afectada con agua fría.

—Lo siento, he sido una tonta —se disculpó—. Por un momento tuve la esperanza de...

—Ya ves que no —la interrumpió, conteniendo el impulso de echarse a temblar por el contacto del agua fría. «¡Dios! Esas sí que eran pruebas de vida», pensó mientras luchaba por contener las reacciones naturales de su cuerpo.

—Lo siento, no quise ser tan torpe. Tu pierna alcanzó a lastimarse, será mejor que vaya en busca de Aleida, ella tiene un ungüento maravilloso para las quemaduras y picaduras de mosquitos. —Salió sin darle lugar a protestar.

En cuanto Vincent estuvo solo, ahogó su grito en la almohada. «¡Maldición! ¡Cómo duele!», se dijo, no se explicaba cómo fue que logró fingir ante Christine.

En cuanto ella regresó, se puso manos a la obra y comenzó a frotar el ungüento en la parte afectada del muslo de Vincent. Él tuvo que retirarle la mano, porque su hombría estaba empezando a sufrir las consecuencias de aquel toque mágico, del cual él conocía los beneficios que otorgaba al tocar su piel.

—Ya fue suficiente —dijo con brusquedad—. Creo que ya has hecho bastante, gracias —comentó al ver el semblante de asombro de ella.

—Iré a dar instrucciones a Aleida para la comida y la cena —comentó, resentida, aunque trataba de ser paciente, los malos modos de Vincent la sacaban de quicio.

—¡No! No te vayas aún, quédate. Me disculpo por ser tan poco caballeroso, me imagino que para ti debe ser muy difícil estar aquí cumpliendo con algo que consideras un compromiso.

—No es así, estoy aquí porque quiero estar y no por compromiso u obligación. Aunque te confieso que tú no me lo pones nada fácil.

Vincent le tomó las manos y las besó con adoración, haciendo que el corazón de Christine saltara como miles de saltamontes en un día de verano. Era el primer gesto de afecto que él mostraba hacia ella desde que llegó.

—Discúlpame si me he comportado como un incivilizado, sé que no tengo justificación, pero quiero que sepas que el tenerte aquí en mi casa es el mejor de los regalos. Gracias por brindarme el privilegio de tu presencia. —La miró a los ojos mientras hablaba, y Christine vio sinceridad en la profunda mirada color cielo en verano.

—No tienes nada que agradecer, lo hago de corazón. —Siguiendo un impulso, le acarició el rostro con ternura.

—¿Me harías compañía en lo que termino con mis alimentos? —pidió con una espléndida sonrisa.

Christine respiró hondo para calmar la ola de excitación que se apoderó de ella ante esa sonrisa seductora que conocía muy bien y que tenía poderes catastróficos sobre su persona.

—Por supuesto, será un placer...

Conversaron un momento más hasta que Vincent se quedó dormido, entonces, Christine aprovechó para preguntar a Aleida sobre los niños.

Aleida había bajado la guardia con ella, ya no se portaba apática como en un principio, incluso la trataba como la señora de la casa, le consultaba sobre el almuerzo y la cena, los

alimentos de Vincent... Estaba encantada con los niños, esos angelitos se habían ganado el amor de todos de manera casi instantánea.

En ese momento, los angelitos en cuestión, entraron en compañía de Antonia, la hija de Aleida y Julian, que a raíz de su llegada se había convertido en su niñera. Los pequeños eran como un huracán, hicieron que la calma reinante en la cocina saliera huyendo.

Gustosa, Aleida les dio de merendar, se sentía como si fuese la abuela de ese par de traviesos y estaba más que feliz de poder complacerlos con unos deliciosos postres.

Después de causar caos por un buen rato, Antonia se los llevó, pues era hora de la siesta.

Una vez a solas, Aleida le dijo.

—Ahora entiendo por qué el patrón no ha podido olvidarla, aparte de bella, es usted buena persona.

—Gracias, Aleida, es muy amable. Solo espero que Vincent tome para bien lo de los niños. Cuando ya no esté aquí, tengo miedo que él recaiga o se ponga mal, está tan cambiado y lo de su dependencia al alcohol me preocupa mucho. —Tragó saliva ahogando el llanto que amenazaba con salir.

—El patrón es fuerte y se repondrá. Todos rezamos mucho por su salud, no pierda la fe y verá como Dios nos hace el milagro —expresó Aleida, pensando en otro tipo de milagro; el que su patrón espabilara y no dejara escapar la oportunidad de ser feliz al lado de la mujer que amaba y junto a sus hijos—. ¿Cuándo hablará con él?

—Esperaré a mañana, creo que ya es tiempo de que Vincent sepa mi secreto, tiene derecho a conocer la verdad...

Vincent despertó y sintió el vacío de la ausencia de Christine, ya tenía gran movilidad en sus piernas, pero aún no lograba ponerse en pie, por lo que subió a su silla de ruedas dispuesto a ir en su búsqueda y saber qué hacía cuando no estaba con él.

Pidió a Julian y a otro mozo que lo ayudaran a trasladarse a la planta baja, una vez allí, preguntó al mayordomo si sabía dónde estaba Christine, y este le respondió que en la cocina, por lo que sin perder tiempo, se encaminó hacia allá.

¿De qué hablaba Christine? ¿Niños? ¿Cuáles niños? De pronto, recordó que ella le había hablado de los niños del pueblo donde vivía, a los cuales daba clases. Seguramente se refería a ellos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al comprender a lo que Christine se refería; pretendía dejarlo, regresaría a Inglaterra con esos infantes que tanto quería y que llenaban su vida de alegría.

La sola idea de perderla por tercera vez lo llenó de angustia, no podía permitir que se marchara. Tenía que encontrar la manera de conseguir que se quedara a su lado de manera permanente, pero ¿cómo?

Se dirigió a su despacho para pensar, necesitaba poner en claro sus ideas y encontrar el modo de impedir la partida de Christine.

«Dios nos hace el milagro», Christine pensaba en las palabras de Aleida mientras se dirigía a la habitación de Vincent dispuesta a pasar la tarde con él.

Al no recibir respuesta, abrió la puerta; se sorprendió al ver que él no estaba, pues casi nunca salía de su habitación, por lo que se preocupó de que quisiera embriagarse, lo que menos quería era una recaída. Para su tranquilidad, lo encontró en el despacho trabajando.

Vincent, en un principio, no tenía intención de nada más que pensar, estuvo a punto de tomar un trago, pero decidió que no. No quería decepcionar a Christine ni traicionar su confianza, lo que menos necesitaba era darle armas que ella pudiera utilizar en su contra.

Al ver sobre su escritorio el montón de papeles de asuntos pendientes acumulados por su descuido, se sintió avergonzado. Comenzó por revisar la correspondencia y, sin percatarse, se le fue el tiempo.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, preciosa, siéntate —ofreció, atento—. Perdona que no me ponga de pie para recibirte. —Sonrió, bromista.

—Me alegra verte de tan buen humor. —Le devolvió la sonrisa.

—Ya era tiempo de que me ocupara de mis asuntos. Aunque Lucas lleva muy bien la administración, hay cosas que requieren de mi atención y he de reconocer que los he tenido muy descuidados.

—Qué bueno que estés tomando las riendas de tu vida, esa ola de autodestrucción no podía conducirte a nada bueno.

—Lo sé y todo esto te lo debo a ti, preciosa. No sé qué haría sin ti. —Fue sincero, le tomó una mano y se la besó—. Ya que estás aquí, ¿te gustaría echarme una mano? Sé que eres muy buena con el manejo de las cuentas, al menos eso dice Andrew —comentó.

—Será un placer, ¿en qué quieres que te ayude?...

Pasaron el resto de la tarde trabajando, no solo eran compatibles en la cama, sino que se complementaban en todos los sentidos.

Vincent se sentía frustrado ante la sola idea de que ella pudiera dejarlo una vez más. Se recordó que tenía que encontrar el modo para lograr se quedara a su lado para siempre.

Ya de noche y en su habitación, Vincent no podía dormir, daba vueltas y vueltas a la conversación que escuchó entre Aleida y Christine. Estaba convencido que, al día siguiente, ella hablaría con él para decirle que se iba.

Sintió la necesidad de verla, de estar con ella. Intentó ponerse en pie, pero no pudo, sus piernas aún no podían sostenerlo del todo.

Recordó que Christine había admitido tener un secreto, y él estaba decidido a descubrir qué estaba pasando. Así tuviera que salir arrastrándose de la habitación, lo haría.

Intentó ponerse en pie unas cuantas veces más, y el resultado era el mismo, se tambaleaba y tenía que volver a la cama. No se dio por vencido, pensó en que tenía toda la noche para probar, así que siguió hasta que lo consiguió.

Ayudándose de la pared y de los muebles, salió de la habitación, las piernas aún estaban muy débiles, pero no le importaba, solo quería respuestas.

Abrió de una por una la puerta de las habitaciones, la de al lado de la suya era la de Elizabeth, eso lo sabía, pero, aun así, la inspeccionó. Se sorprendió al ver que no estaba vacía, ella dormía en su cama. Se preguntó a qué hora llegaría, pues él ni siquiera se dio cuenta de ello.

Siguió con su búsqueda, solo le faltaba la habitación del fondo, por lo que, decidido, abrió la puerta, sintiendo su corazón latir desbocado por la expectación.

La habitación estaba oscura, tambaleándose y con dificultad, llegó hasta la cama y casi se muere de la impresión.

Christine, su Christine, dormía, pero no estaba sola, junto a ella descansaban dos niños pequeños.

Vincent sintió un sudor frío en el cuerpo, se sentó a la orilla de la cama para no desplomarse al suelo. Su cerebro trataba de hilar toda la información recibida.

Los contempló en silencio, y las lágrimas salieron sin poder evitarlo. No hacían falta palabras ni explicaciones, no se podía negar lo evidente: él era el padre de los hijos de Christine. Decidió que lo único importante era que, por ahora, Christine estaba en su casa, con sus dos hijos.

«¡Mis hijos! ¡Dios, esto es un milagro!», reflexionó conmovido, allí tenía el motivo por el cual ella se quedaría a su lado.

Lloró conmovido como si fuera un niño; nunca antes se había sentido tan feliz como en este momento en que descubrió el regalo que Dios le hacía. ¡Era padre! ¡Padre de dos hermosos niños! Suyos y de Christine.

Su cuerpo protestó, por el esfuerzo realizado, con un mareo. Sus piernas aún estaban muy débiles, por lo que se acostó en la otra orilla y los contempló por horas. No se cansaba de verlos.

Christine y sus hijos estaban en casa con él, por fin su alma encontró paz. Entonces, capto que ella llevaba varias semanas allí y jamás le había mencionado nada de los niños. Se preguntó por qué. ¿Tendría que ver su comportamiento irracional hacia todos? Quizá esa era la razón, lo más probable era que no quisiera arriesgar a los niños a un arranque de furia de su parte.

El pánico se apoderó de él ante una idea. Si Christine estaba allí para ayudarlo a recuperarse y se enteraba que ya podía caminar, se iría de su lado llevándose a sus hijos con ella. ¡No!, no podía permitirlo, si para evitarlo tenía que fingir seguir inválido, lo haría.

Decidido, regresó a su habitación. Una vez allí, se sintió tan solo, su cama le pareció enorme y vacía. Deseó estar como Christine, durmiendo al lado de sus hijos.

«¿Por qué privarse?», le dijo su voz interior. No estaba dispuesto a estar un minuto más separado de la mujer que amaba y de sus recién descubiertos hijos. Decidido, se subió a su silla y se dirigió rumbo a esa habitación que alojaba lo que más amaba.

El sol entró por la ventana anunciando con su cálida luz el comienzo de un nuevo día. Como si el clima comprendiera que ese sería un día especial, cesó las lluvias.

El pequeño Vincent fue el primero en abrir los ojos y se sentó en la cama. Se sorprendió al ver a un extraño junto a ellos, estaba por gritar cuando descubrió a su versión en adulto y comprendió que podría ser su padre.

Cuando llegaron a ese lugar, su mamá le había contado que su papá estaba enfermo y que por eso no lo podían ver, pero el día anterior les había dicho que ya estaba mejor y que pronto lo verían.

Vincent, al sentirse observado, abrió los ojos solo para descubrir a su réplica en versión niño mirándolo con admiración y cariño.

—¡Papito, *pod fin!* —gritó emocionado y se echó encima de él.

Vincent lo recibió, incrédulo, después, lo abrazó con fuerza. No podía creerlo. ¡Tenía en sus brazos a su hijo! ¡Su hijo y de Christine! Lo besó en varias ocasiones por todo el rostro, el pequeño se sentía feliz en brazos de su padre.

Christine abrió los ojos ante el alboroto, se sentó en la cama, conmovida por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Los dos hombres de su vida, abrazados y emocionados por su encuentro.

Vincent alzó la vista y, por un instante, se miraron a los ojos. No hicieron falta palabras ni explicaciones.

—Mary Ann, mira quién está aquí —le dijo Christine a la pequeña, tocándola con suavidad para que despertara.

La pequeña abrió sus ojitos y gritó emocionada:

—¡Es papito! —Se abrazó a él de inmediato.

Vincent tenía entre sus brazos a los dos niños que se negaban a soltarlo y lo llenaban de besos.

—Hijos, tengan cuidado, su papito aún esta delicado —comentó Christine, amorosa, y le dedicó a Vincent una cálida sonrisa.

—Déjalos, ellos son mi mejor medicina —pidió emocionado, el saberse padre le llenaba el alma de fuerza y, sobre todo, fe.

Elizabeth escuchó el alboroto y se dirigió a la habitación de Christine y los niños; jamás se imaginó encontrar a Vincent sentado en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera y abrazando a sus hijos. Se quedó en la puerta, emocionada.

—Veo que ya conociste a estos angelitos traviesos. —Se acercó a él—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Feliz —respondió—. ¿Por qué me lo ocultaste, Christine?

—¿Papi podemos *ida a pasead* a caballo? —preguntó el pequeño Vincent, impidiendo que Christine contestara.

—En cuanto estés bien desayunado, te prometo que te llevaré a conocer todo, campeón —aseguró a su hijo.

—Sí, hurra... —respondió el niño, impaciente.

—Yo *tabienquiedoid* —apuntó Mary Ann, ceñuda, al sentirse ignorada.

—Ya habrá tiempo para eso, mis amores, por lo pronto, debemos dejar a papito para que descanse —les dijo amorosa.

Aleida llegó en ese momento para llamarlos a desayunar y se sorprendió al ver a su patrón en la habitación.

—Veo que ya conoció a este par de traviesos angelitos. Me alegra verlo tan recuperado y de buen ánimo, patrón —comentó emocionada.

—Gracias —respondió, agradecido, por las muestras de cariño.

—Este hombre tiene más vidas que un gato y es más fuerte que un roble —bromeó Elizabeth.

—Aleida, puede adelantarse con mis hijos. —¡Sus hijos!, aún le resultaba increíble incluso decirlo—. Necesito hablar con Christine.

—Por supuesto, señor. Vengan, pequeños, les preparé un desayuno que les encantará.

Los niños se despidieron de su padre con un beso y se fueron felices con Aleida.

En cuanto se marcharon sin más, Vincent preguntó:

—¿Pensabas irte sin decírmelo?

Antes que pudiera decir nada, Elizabeth se adelantó.

—Cuando sufriste el accidente, Lucas, tu administrador, me mandó una carta en la cual me informaba de tu accidente y tu estado de gravedad. De inmediato pedí permiso para venir a cuidarte y estar contigo. —Un nudo en la garganta la hizo callar por un instante—. Tenía tanto miedo de llegar tarde, jamás me lo perdonaría si tú... —Sollozó.

—Tranquila, gracias a Dios, estoy bien —quiso tranquilizarla.

—Sí, pero estuviste a punto de morir —le reiteró—. Y yo no podría permitir que mi estupidez por ayudar a Margot siguiera causando daño, por eso decidí buscar a Christine. ¿Te imaginas la sorpresa que me llevé cuando descubrí que tenía dos sobrinos?

—Por fortuna, no pasó y aún estoy en el mundo de los vivos. Tendrán que soportarme mucho tiempo más. —Miró a Christine con una expresión que ella no supo cómo descifrar—. No pensabas decírmelo, ¿verdad? Si hubiera muerto en ese accidente jamás me habría enterado que soy padre, ¿no es así? —le dijo con reproche.

Elizabeth decidió dejarlos solos para que hablaran.

Una vez a solas, Christine se apresuró a decir:

—Las cosas no son así, Vincent.

—¿No? Entonces, explícame por qué mis hijos tienes tres años en promedio. ¿O acaso me equivoco? —calculó.

—Yo pensaba decírtelo. —Hizo una pausa y tomó una gran bocanada de aire—. Cuando descubrí que estaba embarazada, pasaba por una depresión muy fuerte, el enterarme de mi próxima maternidad me cambió la vida. En un principio, no podía creerlo, el doctor me aseguró que sería imposible volver a concebir y, sin embargo, ahí estaba el milagro más grande que Dios nos hace; la vida misma crecía en mí. Andrew insistía en que tenía que decirte...

—El muy bribón nunca me dijo nada —la interrumpió, molesto.

—Yo se lo pedí. Entiéndeme, Vincent, no sabía cómo reaccionarías al saber que serías padre. Tú y yo terminamos mal, nos lastimamos mucho. Yo te hice mucho daño y es comprensible que no quisieras saber de mí en lo que te resta de vida. La experiencia pasada me marcó, me aterraba la idea de perder al bebé, y lo único que quería era pasar el resto del embarazo lo más tranquila posible. —Se sentó junto a él, mirándolo de frente—. Imagínate mi sorpresa cuando recibí no uno, sino dos bebés. Estaba feliz, entonces Andrew me hizo prometerle que hablaría contigo...

—Me hubieras escrito y yo hubiera ido de inmediato... —le reclamó.

—¿De verdad te hubiera gustado enterarte por una fría carta? Yo quería hacerlo en persona, así que esperé el tiempo que el doctor me señaló para que los pequeños pudieran viajar, pero cuando llegué a Londres me encontré con la sorpresa que te habías venido para América. Decidí esperar tu regreso, pero no contaba con que tú no tenías pensado regresar, ¿no es así?

—Tienes razón, no pensaba regresar, al menos no a corto plazo. Pero eso no cambia las cosas, Christine, me hubieran enviado una carta o qué se yo. —La miró, resentido—. ¡Yo tenía derecho a saber! ¿Qué hubiera pasado si muero en el accidente? Me negaste el derecho de estar en su nacimiento, de verlos dar sus primeros pasos, ¿tanto me odias, Christine?

—¡No te odio! —le aclaró—. Sé bien que me equivoqué, sigo haciéndote daño sin querer. Te juro que nunca fue mi intención privarte de tus hijos, es solo que mi alma aún no estaba lista para enfrentarte de nuevo. Solo espero que algún día puedas perdonarme. —Intentó ponerse en pie para marcharse, pero él se lo impidió.

—Entonces, si no fue tu intención privarme, ¿por qué tardaste tanto en venir?

—Porque tenía miedo —admitió.

—¿Qué?

—Cuando Elizabeth llegó a buscarme, ella era la última persona que esperaba ver. Me contó lo que te pasó, y yo no podía creer que en verdad estuviera pasando. Es curioso, pero días antes de que tu prima llegara a pedirme que viniera aquí, yo te había enviado esto. —Sacó de entre sus ropas un sobre cerrado, lo había tomado de entre los papeles que Vincent tenía amontonados en su escritorio el día que trabajaron juntos, al parecer, él no sabía de su existencia. No pensaba dárselo, pero consideró que las circunstancias lo ameritaban y por eso recapacitó.

Vincent lo tomó, incrédulo, y sin esperar más, lo abrió.

*Querido Vincent,*

*Espero que te encuentres bien. Sé que de la última persona que deseas tener noticias es de mí, pero pasó algo que tienes derecho a saber.*

*Créeme, hubiera preferido decírtelo en persona, pero no me fue posible, cuando llegué a Londres, tú ya no estabas. Esperé por varios meses tu regreso, y entonces Andrew me contó que en tu última carta le hiciste saber que no tienes intenciones de regresar en*

*corto plazo, así que me veo forzada a recurrir a este medio para darte esta noticia que cambiará tu vida para siempre.*

*Aquella noche que pasamos juntos dio frutos; mi vientre, que había sido condenado a estar vacío, recibió de Dios el regalo más grande; el milagro de la vida.*

*Así es Vincent, me regalaste tu semilla, y germinó en mí por partida doble. Un pedacito de ti siempre vivirá cerca de mí.*

*Tienes dos hijos fruto de aquella noche en la cual nos amamos como nunca.*

*Sé que no quieres saber nada de mí y lo comprendo, solo quiero que sepas que nunca te negaré el derecho de estar con ellos; puedes verlos cuando quieras. Las puertas de mi hogar y de mi corazón siempre estarán abiertas para ti.*

*Espero que puedas perdonarme, sino por mí, al menos por el bienestar de los niños. Te propongo una tregua; procuremos una relación cordial basada en el mutuo respeto.*

*La niña se llama Mary Ann, tiene tu cabello y tus ojos; el niño, Vincent, y es idéntico a ti, son como dos gotas de agua, a excepción que él tiene los ojos iguales a los míos.*

*Ellos son prueba viviente del amor que una vez nos unió, el recuerdo constante del único hombre que he amado y al cual amaré hasta el día que me muera.*

*Siempre tuya,*

*Christine Dickens*

Vincent la miró, conmovido, ella le había escrito aun sin saber de su accidente. Recordó la conversación que escuchó en la cocina y por fin le encontró sentido. Christine hablaba de sus hijos, no de los niños del pueblo.

—¿Qué es lo que esperas de mí? —le preguntó sin más, aturdido.

—Entiendo que el hecho de que tengamos dos hijos no cambia en nada el daño que te hice, y no espero que correspondas a mis sentimientos. —Se puso en pie, avergonzada, no era fácil admitir frente a él la verdad—. Como te pedí en la carta, espero una relación cordial basada sino en el mutuo afecto, al menos sí en el respeto.

—Dime, Christine, ¿cómo será eso posible si yo me quedo aquí y tú en Inglaterra? Los niños no son un paquete que se pueda enviar de un lado a otro.

—Tienes razón, Vincent, como ya te dije, no tengo inconveniente en que convivas con ellos, lo único que te pido es que, por favor, no me separes de mis hijos, te juro que sin mis niños, yo me muero. —Se sentó nuevamente frente a él y mirándolo preocupada, le preguntó—. ¿Qué harás al respecto?

—Puedes estar tranquila, jamás te los quitaría, lo que sí, y espero que estés de acuerdo, es que de inmediato iniciaré los trámites para reconocerlos como hijos míos, quiero que lleven mi apellido y sean tratados como lo que son, unos Pembroke.

—Nada me haría más feliz, ellos tienen derecho a su padre, a tener una identidad y una vida lo más plena posible —le respondió; sentimientos contradictorios se adueñaron de ella, por un lado, le alegraba el que Vincent aceptara sin problema a sus hijos, y por otro... «¿Qué esperabas, tonta? ¿Qué te propusiera matrimonio? ¿Qué te diga que él también te ama?», se dijo.

—Entonces, pediré que inicien con el papeleo cuanto antes —expresó, satisfecho—. Y en cuanto a lo de la convivencia. —Hizo una pausa y la miró con intensidad—. ¿Tendrías algún inconveniente en quedarte tiempo indefinido en América?

Christine lo miró, pensativa.

—¿En verdad quieres tenerme cerca?

—¿Qué otra solución encuentras? —preguntó, temeroso de que ella decidiera irse. Ahora que tenía a su familia reunida y junto a él, no estaba dispuesto a que eso cambiara, pero su orgullo le impedía decirle que la amaba, y mucho menos rogarle que se quedara.

—Podrías regresar tú a Inglaterra, a fin de cuentas, ese ha sido tu hogar —sugirió, decepcionada, ya no tenía dudas, Vincent había dejado de quererla. Sintió como su esperanza de una vida, juntos, se desvanecía.

—Este es ahora mi hogar, Christine, amo estas tierras y me parece que este es el sitio más adecuado para criar a mis hijos. ¿Acaso no te gusta este lugar? ¿No te agrada mi casa?

Christine estuvo a punto de decirle que se había enamorado nada más llegar y que conforme pasaron los días, se convenció que ese era su sitio y nada le gustaría más que quedarse para siempre; guardándose la verdad para sí, le respondió:

—Me gusta mucho, Vincent, es un lugar precioso, perfecto para criar niños, y tu casa es magnífica.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Christine? —preguntó con intención, quería acorralarla.

—El problema somos nosotros, Vincent, ¿estás seguro de querer convivir conmigo? En caso de quedarme, ¿en calidad de qué me quedaría yo aquí? ¿Cuál sería mi lugar?

—En calidad de esposa y madre de mis hijos —le respondió, satisfecho, desde el principio ese había sido su objetivo y sin que ella se diera cuenta, guió la conversación para que tomara el rumbo que él deseaba. Christine sería su esposa y, por qué no, también su mujer. Ante ese solo pensamiento, su cuerpo reaccionó y se llenó de deseo por esa mujer que lo volvía loco de amor y pasión desbocada.

—¿Estás seguro? —indagó, incrédula.

—Sí, ¿tú lo estás, Christine? —rezó internamente porque ella no lo rechazase.

—Sí, nada me haría más feliz que quedarme en este magnífico lugar y criar juntos a nuestros hijos en un hogar lleno de armonía, ser una familia completa.

Él sonrió satisfecho.

—Entonces, nos casaremos a la brevedad posible. Sé que no es la boda que siempre soñaste...

—El sueño de un bonito vestido y una gran fiesta ya no es importante para mí, las circunstancias han cambiado y, ahora, lo más importante es mi familia; así que estará perfecto como tú decidas —se apresuró a decir y, sin pensar, lo abrazó, emocionada. Al percatarse de lo arrojado de su atrevimiento, se apartó, apenada.

Vincent la rodeó con sus brazos y mirándola de frente, inclinó el rostro para besarla. Ambos pretendían un beso tierno, dulce, pero, como siempre que sus labios se juntaban, prendió en ellos la pasión incontenible, se entregaron en ese beso todo lo que no se atrevían a confesar en palabras.

Christine sonrió y se apartó, recuperando la cordura.

—Será mejor que te traiga el desayuno. —Se puso de pie y le dio un fugaz beso en los labios.

Vincent respiró complacido, por fin su vida era como siempre deseó. Christine nunca lo había engañado y a pesar de todo, estaba a su lado, tenían unos hijos maravillosos. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

## CAPITULO XX

Vincent se recuperaba con rapidez, Christine se desvivía por atenderlo y cuidarlo lo mejor posible. Se llevaban de maravilla y junto con sus hijos disfrutaban de todo aquello que la vida les arrebató en el pasado, excepto la intimidad como pareja.

Elizabeth tuvo que ausentarse un tiempo para ir de voluntaria en otra comunidad, donde un nuevo brote de influenza estaba azotando con dureza, en especial a los niños.

Vincent se estaba cansando de permanecer pasivo; Christine era una mujer irresistiblemente sensual y lo volvía loco. Le costaba un universo contenerse, nada más verla, su cuerpo pedía de inmediato ese algo que solo ella tenía, eso tan esencial para él que solo ella podía darle.

Ya se había recuperado casi en totalidad; quien lo viese y no supiera del accidente y sus consecuencias, jamás se imaginaría que estuvo a punto de morir y postrado a una silla de ruedas. Volvía a ser el mismo hombre fuerte y gallardo de siempre.

Se miraba en el espejo, satisfecho, cuando un suave golpe en su puerta le disparó el pulso y su corazón latió desbocado; era Christine, hasta en eso la reconocía. Se sentó de inmediato en la silla, aún no encontraba cómo decirle que ya podía caminar. Temía la reacción de ella al saberse engañada y que pensara que había estado manipulándola, lo cual no era del todo mentira.

Ella llevaba una charola con su desayuno, como todos los días, y se sorprendió al verlo tan arreglado, se quedó mirándolo unos segundos, extasiada. ¡Dios! ¡Cómo le gustaba ese hombre!

—Eres muy amable. Christine, pero la verdad es que ya estoy harto de estar sin hacer nada y he decidido retomar mi vida y actividades.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso.

—Bajaré a desayunar en familia, como Dios manda. —Le sonrió—. Ya estoy bien, deja de tratarme como a un niño.

—¿Estás seguro? ¿En verdad te sientes bien? —le preguntó, preocupada.

—Por supuesto, anda, acompáñame. ¿Los niños ya desayunaron?

—En eso están —le respondió, sonriente, y tomó la mano que Vincent le ofrecía.

Estaban todos reunidos en la mesa como lo que eran, una familia. Vincent se sentía feliz, aprovechó que estaban presentes Aleida y Julián para anunciar:

—Quiero informarles que el próximo sábado, Christine y yo nos casaremos. Me gustaría preparar un brindis y una cena íntima, solo para nosotros y unos cuantos invitados.

Christine lo miró sorprendida. «¡El sábado sería por fin su esposa!», pensó, emocionada.

—¿No dices nada, preciosa? —preguntó él con esa sonrisa de medio lado tan seductora que lograba poner a Christine de cabeza.

—No tengo nada que decir, estoy muy complacida y te prometo que todo será perfecto —expresó con una sonrisa que no dejaba dudas de que era feliz.

—Conociéndola, no lo dudo, señora, tiene usted un gusto exquisito —respondió Aleida, contenta. En ese tiempo, les había tomado cariño sincero a Christine y a los niños—. Déjenme felicitarlos por su próximo enlace.

—Gracias —expresó Christine y correspondió el abrazo de la mujer que se había convertido en su cómplice y amiga.

—¡Mis papitos se van a *casad!* —dijo Mary Ann, feliz, y de pronto el comedor se llenó de alboroto, abrazos y buenos deseos...

El gran día llegó, y Christine estaba muy nerviosa; no podía evitar recordar la vez anterior que se iba a casar con él. Se llenó de temor, se miró al espejo y tomó una gran bocanada de aire.

El vestido de novia era precioso, pero en ese momento a ella le pareció como si pesara una tonelada; sintió como si llevara puesto sobre sí el pasado que tanto deseaba dejar atrás.

Se lo quitó de inmediato, no podía soportar ni verlo, la suave tela parecía quemarle la piel. No podía evitar el recordar aquel fatídico día. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas, la angustia la invadió.

Por más que lo intentaba, el pasado siempre regresaba, y de alguna manera siempre estaba presente, torturándola.

—¡Dios! ¿Es que acaso nunca podré dejar atrás todo esto que me daña? —preguntó en voz alta. Se paseó por la habitación solo con la ropa interior; entonces, reparó en el crucifijo—. ¡Dios mío! ¡Ayúdame a olvidar! A dejar todo atrás y ser feliz con el hombre que amo.

Escuchó la voz de Julián que la llamaba desde el otro lado de la puerta:

—Es hora, señora —le dijo.

—Es hora —repitió para infundirse valor.

«¿Y si solo escapo con mis hijos?», pensó.

¡No, por supuesto que no! Ella no era una cobarde, era una sobreviviente y amaba a Vincent más que a su propia vida, se merecían estar juntos. Además, estaban los niños, ellos no tenían culpa de nada.

Entre la doncella y Aleida le habían hecho un peinado precioso y muy sensual, como a ella le gustaba, eso era algo que no había cambiado, seguía sin importarle el qué dirían. Esa reflexión fue la que la hizo decidirse. Las cosas se harían, pero a su manera.

Vincent esperaba nervioso en el atrio del templo, Christine tenía poco más de veinte minutos de retraso, y eso lo ponía bastante mal.

«Ya debería estar aquí», pensó. Girando las ruedas de su silla se acercó a Aleida, que cuidaba a los niños, y la cuestionó:

—¿Se supone que ya la dejaron lista? ¿Entonces? ¿Por qué no ha llegado? —Estaba comenzando a impacientarse, él también tenía muy presente aquel fatídico día y le pesaba sobre los hombros como piedra.

—Sí, patrón, se supone que Julian y ella saldrían después que nosotros —contestó, nerviosa, Aleida, pues ella se empeñó en que era de mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia, y aunque Christine le aseguró que no era supersticiosa, aceptó complacerla y no bajar hasta que ellos se hubiesen marchado, pero de eso había pasado casi media hora.

Vincent temió que ella se arrepintiera, y esa sola idea le causó malestar hasta físico; Reconoció que, en el frustrado intento anterior, se portó como un canalla, jamás se perdonaría por todo lo que su comportamiento desencadenó, como la muerte de su suegro y su bebé.

El carruaje apareció en la distancia, y Vincent respiró aliviado; ahí venía la causa de sus más grandes pesares, y también, sus más grandes alegrías.

El sacerdote le ordenó entrar y colocarse en su lugar junto al altar. La música comenzó a sonar, y en el pasillo apareció Christine; se volvió para mirarla y se quedó sin aliento al ver que ella no llevaba el vestido de novia.

Palideció, por un momento creyó que ella se retractaría, pero, entonces, Christine le mostró la más hermosa de las sonrisas; le recordó aquel día en que la sorprendió en el jardín el día de su presentación. Como entonces, le pareció la criatura más hermosa, divina, celestial...

Christine caminaba hacia el mirándolo extasiada; Vincent, con su frac negro, estaba devastador. ¡Dios! Él era el hombre más atractivo que jamás había conocido y por fin sería su esposo.

Cuando llegó junto a él, dijo:

—Tendrás que disculpar mi tardanza, pero como comprenderás, no podía casarme vestida de novia; lo intenté, pero no pude...

—*Shh*, está bien; este vestido está perfecto y te sienta de maravilla —comentó, mirándola con una cálida combinación de amor y entendimiento, después besó con adoración sus manos.

—Gracias por comprender. —Lo miró con tanto amor que Vincent se estremeció.

El vestido que Christine escogió era de un bonito color azul pálido y le sentaba muy bien, estaba radiante y muy bella.

La ceremonia fue muy emotiva y mirándose a los ojos, ambos dijeron sus votos, convencidos que ahora sí nada los separaría...

—¿Qué tienes? De pronto, te quedaste muy pensativa —preguntó Vincent, sacándola de sus pensamientos; iban en el carruaje de regreso a la finca donde les aguardaba una deliciosa cena.

—Pensaba en mi padre, en Andrew y Mary, en Clarissa... Me habría encantado que estuvieran aquí —le respondió con los ojos vidriosos. Se estaba conteniendo para no llorar.

—En verdad, siento mucho lo de tu padre, y en cuanto a Andrew, hace tiempo le envié una carta pidiéndole que venga a pasar una temporada con nosotros. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto, gracias. —Se abrazó a él, emocionada; de pronto, cayó en cuenta de su impulso, se sonrojó, apenada.

Vincent no perdió oportunidad de besarla. Como siempre, la chispa prendió e hizo estallar los fuegos artificiales; él la besaba con exigencia, saboreando del dulce néctar divino que solo ella poseía.

Christine le correspondía de igual manera y en un instante estaban totalmente entregados el uno con el otro. Cuando ella sintió la mano de Vincent acariciar sus muslos y dirigirse a su escondido capullo, le comentó:

—Tenemos que tranquilizarnos y esperar, recuerda que en casa nos esperan nuestros invitados, que, aunque pocos, cuentan con nosotros.

Vincent tenía la cabeza en el hueco del cuello femenino y la besaba con pasión; al escuchar sus palabras, levantó el rostro, y mirándola con todo ese deseo insatisfecho, le dijo:

—Odio cuando tienes razón.

Christine le acunó el rostro con sus delicadas manos, lo besó con todo el amor que tenía para darle.

—Ya tendremos tiempo, amor mío —prometió.

Vincent sonrió complacido, al escuchar de labios de Christine ese «amor mío», le llenaba el alma de gozo. Amaba a esa mujer desde el primer instante en que la vio, y el saberse correspondido lo hacía muy feliz. La abrazó emocionado y, sin decir nada, continuaron el viaje así, uno en brazos del otro, sin palabras, solo disfrutando el momento.

La velada estuvo de lo más amena y agradable; la cena, exquisita, y los pocos invitados estuvieron encantados.

Vincent solo deseaba el momento de estar a solas con su esposa. «¡Su esposa! ¡Por fin Christine era suya, y nada ni nadie los separaría!».

Christine se miraba al espejo de cuerpo completo mientras cepillaba su cabello. El festejo había terminado y estaba agotada. Sus hijos dormían en la habitación que Vincent había dispuesto para ellos. Ahora sí se sentía en su hogar, en paz.

Vincent dejó que Lucas, que hacía las veces de su ayuda de cámara, lo acomodara en la cama como hacían todas las noches. Se sintió culpable por continuar con la charada de que no podía caminar, pero al ver a Christine dirigirse a la cama con paso calmado pero terriblemente sensual, todo pensamiento que no fuera ella abandonó su cabeza.

Una vez a su lado, él comenzó por besarle el cuello y, con lentitud, fue marcando un camino de besos hacia los senos que ya esperaban por él coronados en rosa pálido.

Christine se colocó a horcajadas sobre él, Vincent tuvo que recordarse una y otra vez que no debía mover las piernas, pero con esa diosa contoneándose con mortal ritmo, que lo llevaba en viaje directo al paraíso del éxtasis, le resultaba toda una misión imposible. Deseaba poder actuar sin impedimentos y tomar el mando de la situación, pero mientras no le confesará la verdad, no podía hacerlo, tenía que conformarse con el modo pasivo que suponía su condición.

La culpa por engañarla impidió que disfrutara al cien del momento, entonces, se percató que Christine dejó de moverse y que lo miraba pensativa.

—¿Estás bien? Quizá he sido un poco ruda y desconsiderada...

—¡No!, no lo digas ni en broma. Es mi culpa, yo... —estuvo a punto de decirle la verdad, pero ella silenció sus labios con un delicado dedo.

—*Shh*, no digas nada, para mí, esto no es solo carnal, Vincent. —Lo miró a los ojos sin ocultar todo el amor que sentía por él, y eso solo lo hizo sentir más culpable aún—. Deja que nuestras almas se unan junto con nuestros cuerpos. Ámame, Vincent —pidió.

En esta ocasión, ambos se entregaron sin miedos ni reservas; dejaron que sus almas se comunicaran con ese lenguaje único y especial que solo ellos dos eran capaces de entender.

Su unión fue más allá del placer carnal, los llevó a un paraíso donde por primera vez se sintieron en verdad libres.

Dejaron que el amor los guiara, ese sublime sentimiento que, contra toda explicación y lógica, había logrado sobrevivir, fue capaz de vencer la mentira, las tragedias y la maldad en su estado más puro.

Se habían hecho mucho daño, pero, a pesar de todo, se amaban y complementaban el uno al otro.

Mientras sus cuerpos se entregaban con todo el deseo que eran capaces de sentir, sus corazones sanaban de todas las heridas que les dejó el pasado. Ahora comprendían que cuando Dios los creó, lo hizo pensando en el otro.

Agotados y satisfechos, descansaban uno en brazos del otro. Antes de quedarse dormida, Christine le acunó el rostro con sus manos para obligarlo a mirarla, y así le confesó su más absoluta verdad:

—Te amo.

Vincent sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo; jamás imaginó el efecto que ese par de palabras, que podrían parecer un *cliché*, provocarían en él. Había añorado su amor por tanto tiempo que ahora que lo tenía, le parecía un sueño hecho realidad. Por fin su alma estaba libre de dudas; Christine le pertenecía en cuerpo y alma. Su más grande deseo estaba realizado, tenía a su lado a la mujer más indescifrable y maravillosa, y producto de ese amor tan inmenso que se tenían, nacieron sus hijos, que complementaban su dicha.

«¿Qué más se le podía pedir a la vida?», pensó antes de quedarse dormido con el alma llena de gozo.

Christine, ajena a toda la emoción y alegría que Vincent experimentaba, se entristeció al comprobar que él ya no la amaba.

Reflexionó que, en el pasado, él nunca se avergonzó de admitir en voz alta sus sentimientos. Comprendió que si en ese momento de total sinceridad, en el que ella le abrió su corazón por primera vez, él solo permaneció en silencio, era porque no le quería mentir por quedar bien, y aunque le dolió, agradeció que no lo hiciera.

Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Pensó en todo lo que habían tenido que pasar y sintió vergüenza de la forma tan denigrante que lo trató la última vez que estuvieron juntos en la intimidad. Era lógico que después de eso, Vincent no quisiera verla nunca más y, sin embargo, ahí estaban; casados y juntos a pesar de todo.

Sí, el placer carnal que experimentaban en la intimidad era lo único que obtendría de él, trataría de ser feliz con eso. Si no podía aspirar a que Vincent volviera a amarla, entonces se conformaría con lograr su afecto, y con ese pensamiento se quedó dormida. Con lágrimas en el rostro y una sonrisa en los labios.

## CAPITULO XXI

El tiempo pasaba y todo era paz y armonía entre ellos, los días eran maravillosos y las noches gloriosas, pero Christine seguía sin escuchar esas palabras que su alma tanto necesitaba y añoraba.

Ese día en particular, fue a la ciudad con Aleida para comprar víveres y preparar todo para la llegada de Andrew y su familia. Según Vincent, los invitados llegarían en una semana.

Estaba tan animada por su próxima visita, que traía a la pobre mujer de tienda en tienda, hasta terminar rendidas y llenas de bolsas.

Christine llegó a casa cansada, solo le apetecía tomar un largo baño y descansar en brazos de su marido. Subió a su habitación de prisa y casi para llegar se detuvo impactada al escuchar la voz de una mujer proveniente de su habitación. Se tranquilizó al reconocerla, era Elizabeth, que por fin estaba en casa.

Estaba por entrar cuando escuchó que ella le reclamaba, molesta, a Vincent por algo; puso total atención para saber el motivo de la discusión.

—No te costaba nada esperar y hacer las cosas como Dios manda. Andrew, que está por llegar; yo, que me di prisa en venir porque quería estar presente en tan añorado evento y me encuentro con que el señor ya lo hizo sin importarle nada más —reclamó, enfadada.

—¿Y qué querías que hiciera, Elizabeth? Ella pensaba regresar a Inglaterra y llevarse a mis hijos —se defendió, fastidiado.

—¿Solo fue por eso? ¡Por favor, Vincent! Ella jamás te haría eso, y lo sabes —le recriminó—. Deja de fingir demencia y admite que ese no fue el motivo de tu urgencia —expresó, más enojada aún, pues sabía de sobra los motivos de su querido primo para casarse de inmediato.

Vincent comprendió a lo que Elizabeth se refería, sabía que su prima esperaba que admitiera en voz alta que amaba a Christine, pero no podía hacerlo.

Desde aquella vez en que ella lo despreció de manera cruel, su orgullo mantenía sellados sus labios, impidiendo que esas palabras salieran a la luz. Le costaba mucho aceptar frente a los demás que seguía enamorado de ella como un loco y que no podía esperar para hacerla su mujer.

—Piensa lo que te dé la gana, no me importa. La cuestión es que por el motivo que sea, me casé y así me aseguré que mis hijos no crecerán sin su padre —alegó, tratando de sonar convincente.

Christine sintió sus palabras como si una daga le atravesara el corazón, sabía que no la amaba, pero escucharlo admitir que se casó con ella solo para evitar que se llevara a sus hijos la devastó.

Sintiendo un gran dolor, volvió a ella de golpe todo aquello que creyó olvidado; su alma estaba cansada del dolor, estaba harta de sufrir.

—No tienes por qué soportar más el martirio de tenerme cerca, ahora mismo me voy —dijo desde la puerta, y después, se marchó.

—¡Espera, Christine! Ahora eres mi esposa y tendrás que quedarte a mi lado aunque no quieras. —Vincent la siguió en su silla de ruedas.

Christine se detuvo al pie de las escaleras.

—Sí, soy tu esposa, pero este matrimonio es una farsa, y yo no estoy dispuesta a seguir así. Regresaré a Inglaterra con Andrew. —Antes de que comenzara el descenso, Vincent la detuvo y forcejearon.

En un intento por soltarse, Christine se precipitó hacia atrás con fuerza y rodó por las escaleras ante un conmocionado Vincent, que sin pensar, se puso de pie y trató de detenerla, pero no pudo evitar la fatal caída. Contempló con horror como ella permanecía inmóvil en el piso mientras su cabeza sangraba.

—Christine, mi vida, ¡por favor, despierta! No me dejes. Amor, no me dejes. ¡Dios! ¡No me la quites! Dame la oportunidad de enmendar mis errores, danos la oportunidad de estar juntos —suplicó con lágrimas en los ojos, tomó a su esposa en brazos y la llevó a la habitación más cercana, después, ordenó que fueran en busca del doctor Thomas, y regresó al lado de ella.

Contempló la palidez del rostro de su amada Christine, y el temor a perderla lo aterró. Elizabeth estaba tan aturdida por lo del accidente que no había captado que su primo estaba en pie y caminaba de manera perfecta, como si nunca hubiese estado postrado. Cuando se recuperó de la impresión, sí que lo comprendió.

—¿Qué haces de pie? ¡Por Dios, Vincent, estás de pie! —gritaba emocionada, pero al ver el semblante de él, que no mostraba la más mínima sorpresa, la alegría se transformó en furia—. ¿Desde cuándo has estado engañándonos?

—No hace mucho —aceptó, apenado—. En cuanto Christine comenzó a darme los masajes, empecé a recuperar la sensibilidad.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué fingir?

—Porque tenía miedo que Christine me dejara, por eso era mi urgencia por casarme con ella, después no encontré el momento adecuado para decirle la verdad.

—¿Hasta cuándo van a terminar los malos entendidos entre ustedes?

—¿De qué estás hablando?

—Si tú no te hubieras empeñado en querer convencerme que solo te casaste con ella por obligación, nada de esto habría pasado. ¿Ves lo que has provocado por cabezota y orgulloso? —le reclamó, irritada.

—¿Cómo es eso posible? Ella sabe que la amo —aceptó al fin.

—¿Se lo has dicho?, supongo que no, ¿verdad?

Vincent permaneció en silencio.

—Creí que le había quedado claro en mis actos.

—Vincent. ¡Por Dios! Los hombres siempre dan por hecho las cosas; las mujeres necesitamos oír esas palabras que a ustedes tanto les cuesta pronunciar.

—¡Pero se lo he demostrado con hechos! Eso cuenta más que un par de palabras —se defendió.

—Sé que la amas, para todos nosotros es evidente, pero ¿te has puesto a pensar que quizá Christine siente que aún no la has perdonado? ¿Han hablado al respecto? ¿Te has sincerado con ella? ¿Ella ha sido sincera contigo?

Vincent comprendió que Elizabeth tenía razón.

—No, no hemos hablado de lo que pasó la última vez que estuvimos juntos en Inglaterra, y no, no me he sincerado con ella. —Recordó el día que Christine le dijo un profundo y sincero «te amo». Se sintió un estúpido por su comportamiento tan cobarde. ¿Cuántas veces más tendría que equivocarse con ella?

—Ella sí lo hizo —reconoció, apenado—. Es más valiente que yo.

—Dile cuánto la amas, y por el amor de Dios, ¡ya déjense de malos entendidos! ¡Hablen antes de actuar!

En ese momento entró Aleida y tiró la jofaina que llevaba en las manos, derramando su contenido al verlo de pie.

—Sí, lo sé, y no es un milagro repentino. Por lo que más quieras, no digas nada, no ahora — pidió suplicante.

Christine se encontraba en una verde pradera, inmensa y hermosa, de pronto, vio a su padre acercarse a ella con la misma sonrisa que solía dedicarle cuando aún era pequeña.

—Mi niña hermosa, es tiempo de dejar atrás lo pasado y seguir adelante con tu vida. —le dijo mientras le extendía los brazos.

Christine se dejó ir a él, llorando como si fuera una niña, y se fundió en ese abrazo que tanto había anhelado.

—Padre, en verdad siento tanto que te hayas ido pensando que yo...

—No, mi hermosa niña, yo no me fui culpándote, me fui preocupado por dejarte, por no poder defenderte de lo que venía —le aclaró.

—¿En verdad?

—Sí. Mi mayor preocupación eres tú, mi niña, sé todo lo que has pasado, los errores que cometiste, y no sabes cómo me pesa no haber podido estar contigo. Mi alma no estaba en completa paz, pero Dios es tan bueno y misericordioso que me permitió venir a verte. —La besó en la cabeza.

—Jamás creí esas calumnias de ti, mi niña. Escucha bien, hija, te amo, esa es la más absoluta verdad, lo demás no importa.

Christine sintió su amor.

—Aún no es tu tiempo, mi linda princesita, aprovecha esta nueva oportunidad que Dios te da y vive tu vida a plenitud, disfruta de los regalos que el Todo Poderoso, en su infinita bondad, te ha hecho. Arregla las cosas con tu madre, ella también ha sufrido mucho por sus equivocaciones y está más sola que nunca. Es tiempo de liberar tu alma, mi niña preciosa.

—Si regreso, ¿ya no te veré más...? —preguntó, angustiada.

—Siempre estaré contigo, y cuando llegue el momento, estaremos juntos. —Le dio un largo abrazo y después la besó en la mejilla.

Christine lo vio alejarse, sintiéndose libre de rencores, culpas y todo aquello que la ataba al pasado.

Cuando el médico llegó, también se sorprendió al ver a Vincent de pie. Después de recuperarse de la impresión, examinó a conciencia a Christine.

Para tranquilidad de todos, solo se trataba de un golpe superficial. El médico les dio instrucciones sobre su cuidado y les pidió que estuvieran atentos a sus reacciones, ya que las lesiones en la cabeza solían ser muy traicioneras. Si Christine no despertaba en un lapso de doce horas, tenían que llamarlo una vez más.

Vincent golpeó su cabeza contra la pared.

—Todo esto es mi culpa —indicó, angustiado.

—Tranquilo, primo, Christine estará bien, es una guerrera, una sobreviviente, ¿recuerdas? —le dijo Elizabeth tratando de infundirle valor.

Una vez a solas con su esposa, Vincent se acostó junto a ella y la acomodó en sus brazos, le besó con ternura la cabeza llena de vendajes y comenzó a hablarle:

—Sabes, amor, cuando te vi por primera vez, me pareciste la chiquilla más adorable que jamás conociera. Me sorprendieron tanto tus ojos, nunca había visto unos así de hermosos, y

ese tono de azul que tienes es único. Desde ese instante, con tus ocurrencias y dulzura me robaste el corazón. —Le acariciaba el brazo con ternura.

»Cuando dejamos de vernos, me encantaba recibir tus cartas, siempre tenía presente a mi chiquilla de los ojos bonitos. Puedes imaginar mi sorpresa al verte caminar por el jardín, a la luz de la luna, en la noche de tu presentación. Sabía que ya no eras una niña pero no tenía idea de lo que eso significaría para mí.

»Esa noche, llegué tarde a tu casa y entonces te vi. Quedé impactado, por un momento dudé que lo que mis ojos me mostraban fuese real. Me pareciste la criatura más hermosa y perfecta sobre la tierra, divina, una aparición celestial, y permanecí ahí, mirándote extasiado. Entonces, verte ya no me fue suficiente, tenía que hablarte, tocarte para cerciorarme que eras real y no solo una ilusión creada por mi imaginación.

»En el momento en que me miraste, reconocí en ti esos ojos que tanto me gustaban, pero ahora no pertenecían a una chiquilla, sino a una mujer; a la más misteriosa e inquietante que jamás conocí.

»Me reprendiste, y no pude evitar provocarte, hacerte rabiar fue algo más fuerte que yo, me fascinó —reconoció con una sonrisa—. El que fingieras no conocerme fue una excelente jugada, pero yo no estaba dispuesto a perder, por eso quería castigarte por mentirosa, pero el castigado fui yo, porque en cuanto probé tus labios, quedé prendado de ti.

»Desde ese instante me robaste la cordura y el corazón. ¿Sabes? Lo de Philip fue muy difícil, moría de rabia y celos. En verdad creí que te casarías con él, ¿puedes imaginarte lo que sentí? Te había perdido antes de tenerte. Por fortuna, Philip decidió hablar conmigo, y ese malentendido pudo aclararse. Gracias a eso comprendí que te quería solo para mí y para toda la vida.

»Aceptaste mi loca propuesta de matrimonio y creí que me volvería loco de emoción. Cuando hicimos el amor por primera vez y me entregaste tu pureza, fui el hombre más feliz de la tierra, a pesar de tu inocencia e inexperiencia, fuiste muy apasionada y provocaste en mí algo para lo que no estaba preparado; el amor, el verdadero, el que es para toda la vida.

»¿Puedes creerlo? Yo, el incasable, el experto cazador, el arrogante duque Pembroke, perdido y enamorado hasta los huesos.

»Cuando Margot, ayudada por la ilusa de mi prima, hizo todo ese montaje para que yo creyera lo que por desgracia creí, cometí el más grave error de mi vida, fui cruel e injusto contigo, pero debes entender que estaba destrozado. Por primera vez en mi vida le aposté al amor y me habían traicionado. Solo quería que tú sintieras un poco del dolor que me causaste, jamás imaginé que mi impertinencia llegaría tan lejos.

»La muerte de tu padre me pesó y me pesará en la conciencia mientras viva, y eso es algo con lo que tendré que vivir. Me presenté en su funeral, y tu madre me aseguró que no era mi culpa y quise creerle, eso me hacía sentir menos criminal. Me fijé que no asististe, y tu madre me dijo que estabas enferma de los nervios; me preocupé por ti, porque a pesar de lo que me hicieron creer, yo te amaba. Mi corazón siempre supo que eras inocente.

»Tiempo después, supe que te habías ido del país con un hombre algo mayor y creí que te fuiste con tu amante, lo cual me hundió en el más profundo y negro de los abismos; mi vida dejó de tener sentido, quería odiarte por todo el daño que me habías causado; era el hazmerreír de Londres y solo quería morir. —Tragó saliva al recordar tan difícil época.

»Me hundí en la bebida y comencé a apostar sin importarme nada ni pensar en las consecuencias. Cuando conocí a lady Artemisa, mis ojos no te reconocieron, pero mi corazón sí, aun sin saber que eras tú, me gustaba su compañía, junto a ella encontraba un poco de paz, y por eso la buscaba.

»El encontrarte en casa de los condes Kingston fue un gancho al hígado, estabas más hermosa que nunca, y no estaba preparado para volver a verte, para todo lo que sentí nada más estar frente a ti, me sentí abrumado y llenó de rabia; todo resurgió como de golpe, seguía amándote como un loco y una vez más, no pude resistirme a tu hechizo. Me atrajiste a ti como un imán al metal. La nueva Christine era todo un descubrimiento, la madurez adquirida, tu porte, todo en ti me resultaban fascinante. Desbordabas sensualidad, y me volviste loco de deseo, me odié a mí mismo por seguir enamorado de ti.

»Ideaste un plan deliberado y cruel para lastimarme y, ¿sabes? Lo conseguiste; yo caí en tus redes como un tonto. Después de la forma como nos amamos, de cómo nos estregamos, pensé que podríamos aún ser felices juntos, pero tú me hiciste ver de una forma muy cruel lo equivocado que estaba. Pisoteaste mi orgullo y me heriste en lo más hondo; juré olvidarte, me propuse odiarte y no perdonarte nunca.

»Cuando pasó lo del teatro y la verdad salió a la luz, me sentí tan culpable. Christine, mi Christine, había muerto y solo quedaba esa mujer que se presumía sin escrúpulos ni alma, pero a pesar de todo, mi corazón te veía cómo eres en realidad, detrás de esa máscara de frialdad, había una persona herida que solo quería justicia. Al conocer tu verdad, te admiré, me sentí orgulloso de ti, mas no de tu proceder, aún me dolía la crueldad con la que me trataste, y necesitaba tiempo.

»Tarde entendí que estabas equivocada respecto a mí, me creías culpable, y por eso actuaste como lo hiciste, pero eso no podía cambiar el pasado, el daño estaba hecho. Sé que lo más adecuado era que habláramos, pero era tanto mi amor por ti que temí flaquear, por eso me alejé.

»Te comprendía más de lo que te imaginas, pero no podía permitir que me convirtieras en tu títere. Dejarte ir ha sido la decisión más difícil que he tenido que tomar, pero era necesario, estaba seguro que cuando estuvieras lista para hablar, me lo harías saber, pero el tiempo pasaba y no dabas señales de tener interés en volver a mí, en aclarar las cosas.

»Te extrañaba tanto, entré en una ola de autodestrucción masiva. Bebía en exceso y en más de una ocasión estuve a punto de exigirle a Andrew que me dijera dónde encontrarte, pero mi orgullo me detenía, no quería flaquear, y por eso decidí marcharme y vine a este país; tenía que poner distancia y mantenerme lejos de ti; olvidarte, pero como bien me dijiste esa noche: «Jamás podrás olvidarme, he dejado mi huella en ti». Y así fue. Tus caricias se quedaron en mi piel, tu aroma estaba grabado en mi memoria, y tu recuerdo, a pesar de mis esfuerzos, seguía presente en mí.

»La noche de mi accidente me sentía perdido, fuera de lugar, mi alma no encontraba paz, y le rogué a Dios que acabara con mi inútil existencia. No quería sentir más. Mientras caía de Tornado, mi vida pasó frente a mis ojos y comprendí que desperdicié tiempo valioso.

»Mi último pensamiento fuiste tú, mi único y verdadero amor, deseé de todo corazón que fueras feliz. Tu rostro dulce y angelical, tu suave voz diciendo mi nombre, fue mi último pensamiento y esperé tranquilo la muerte que nunca llegó. Al despertar, estaba paralizado de la cintura hacia abajo, era un despojo humano.

Vincent hablaba con tanta pasión y sentimiento que ni siquiera se percató que desde hacía tiempo Christine estaba consciente y lo escuchaba atenta.

—¡Dios! ¿Tanto me amas? ¿Cómo es eso posible después de lo que te hice? —le preguntó. No pudo evitar el raudal de lágrimas que salían de sus ojos. ¿Cómo pudo ser tan ciega? ¿Cuánto dolor provocó una mentira? Lo miró a los ojos, avergonzada de su conducta.

—Perdóname, amor mío, no tenía ni idea de todo lo que has pasado, estaba tan enfocada en mi dolor que jamás reparé en que tú eras parte de la misma historia.

Vincent la abrazó, emocionado.

—¡Gracias, Dios! —exclamó—. ¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo? ¿Quieres que llame al médico? —preguntó.

—Solo a ti —le dijo amorosa.

—No sabes cuánto lo siento; soy un estúpido y un orgulloso. —Le acunó el rostro con sus manos—. Todo este lío fue mi culpa, por no querer reconocer que estoy loco por ti.

—No, todo este lío se dio porque no hablamos, somos un par de orgullosos, y si queremos que este matrimonio funcione, tenemos que conversar y dejar de dar por hecho las cosas.

—Es curioso, Elizabeth dijo algo parecido —sonrió.

Se hizo un momento de silencio en el cual ambos se miraron a los ojos con intensidad.

—Te amo, Christine —confesó Vincent, sintiéndose liberado.

Esas palabras le curaban el alma como no podía hacerlo ninguna medicina.

—No sabes cuánto necesitaba oírlo de tus labios. ¿Eso significa que por fin me has perdonado?

—¿Después de lo que acabo de contarte, aún tienes dudas?

—No, por fin puedo decir que mi alma está en paz.

Se besaron entregados el uno con el otro, con la promesa de una mejor comunicación y respeto mutuo.

—¿Sabes, amor?, en una ocasión, Andrew me dijo algo que es la más absoluta verdad —expresó ella, mirándolo con adoración.

—¿Ah, sí?, ¿y qué supone que te dijo el granuja de Andrew?, me va a escuchar cuando llegue... —bromeó.

—«Es un milagro que a pesar de todo, su amor haya sobrevivido y aún esté presente en ustedes».

—¿Eso te dijo?

—Sí, en el baile en casa de los condes Kingston.

—Andrew es un hombre sabio —reconoció.

—Sí, es un gran hombre y el mejor de los hermanos, ya quiero que llegue... Cambiando de tema, mientras estaba inconsciente, me pasó algo muy extraño...

Vincent la escuchaba atento, y Christine relató el encuentro con su padre, le habló de la petición de reconciliarse con su madre.

—Se supone que sería una sorpresa, aunque dadas las circunstancias, creo que es mejor que lo sepas... Tu madre viene con Andrew —le soltó sin más.

—¿De verdad?

—Sí, Andrew va a matarme por no guardar el secreto, ambos convenimos que no es bueno que guardaras más rencor en tu corazón, así que podrás cumplir el encargo de tu padre.

Christine lo besó, emocionada.

—Eres extraordinario...

Vincent se apropió de sus labios y de nueva cuenta se dejaron llevar por el amor, sabiendo que ahora sí su vida sería plena.

Juntos habían vencido a la mentira, a la tragedia, a la adversidad y a la maldad en estado puro. Su amor era fuerte como pocos, había tenido que sortear difíciles pruebas y salió vencedor.

*Querida Clarissa,*

*Me disculpo por no contestar tus cartas, las cuales no he recibido; supongo que aguardan por mí en la mansión Dickens. Solo quiero que sepas que soy inmensamente feliz en América.*

*Vincent es un marido extraordinario, me llena de mimos y atenciones. Mis hijos son felices a lado de sus padres, él los consiente en todo, pero es firme cuando tiene que serlo.*

*Mi madre es una abuela dulce y bonachona que no sabe decir que no a un par de traviosos angelitos.*

*Estoy bien, no te preocupes más por mí, prometo que en cuanto pueda, iré a visitarlos.*

*Tu prima que te extraña,*

*Christine.*

*Señor Fantasma,*

*Quiero agradecer todo lo que hizo por mí, gracias a su sentido de justicia es que ahora soy inmensamente feliz al lado del hombre que amo.*

*Deseo que encuentre la paz que anhela su alma y a esa persona especial capaz de rescatarlo de sí mismo.*

*Las sombras no siempre son el mejor lugar para vivir.*

*Con eterno agradecimiento, su sincera amiga,*

*Christine Marie Dickens Castelló.*

## Agradecimientos

Aventuras entre aparadores con punto naranja,  
risas envueltas en suave rosa Kitty,  
acompañadas con sushi de fresa  
que se comparte con el café de la tarde.

Gracias Marcela Gutiérrez por tu amistad,  
por apoyarme en mis proyectos,  
por creer mí y nunca perder la fe.

Muestras mi mundo a través de tu lente,  
das sentido a lo escrito con una imagen precisa.

Rayas, sangre, corazón roto...

Hablamos el mismo idioma.

Cinthya de Anda, gracias por ser mi amiga,  
mi cómplice y confiar ciegamente en mi obra.